

ÍNDICE

CAPÍTULO VI. A través del pacífico, 2	6
CAPÍTULO VII. Hacia la isla de los mares del sur	29
CAPÍTULO VIII. Entre polinesios	45
APÉNDICE	60
DESCUBRIMIENTOS Y EXPLORACIONES	61

Agradecimientos:

A Alexis Leyva Machado (Kcho) por la cesión de derechos para la ilustración de esta obra

Al Instituto Superior de Diseño Industrial por los perfiles de las colecciones realizadas por sus alumnos:
Alain Valladares Ulloa/ David Alfonso Suárez/ Osmany Lorenzo Santana/
Eduardo Sarmiento Portero/ Idania del Río González/ Alberto Barrios Gómez/
Jorge Méndez Calás/ Evelin Ruiz Crego

Tomado de la edición de Gente Nueva, 1975

Colección al cuidado de Esteban Llorach Ramos y Elizabeth Díaz
Edición: Mytil Font/ Dirección artística: Adriana Vázquez Pérez/
Ilustración: Alexis Leyva Machado (Kcho)/
Composición: Pilar Sa Leal

© Thor Heyerdahl, 1975

© Alexis Leyva Machado (Kcho), 2001

© Sobre la presente edición, Instituto Cubano del Libro,
Editorial de Ediciones Especiales, 2002

Edición realizada para el medio educativo y cultural sin ánimo
de lucro, al amparo de la licencia No. 007/2001, otorgada
por el CENDA. Prohibida la reproducción total o parcial de esta edición.
Prohibida su circulación fuera de la República de Cuba

Biblioteca Familiar Infantil-Juvenil

Instituto Cubano del Libro, Editorial de Ediciones Especiales,
Palacio del Segundo Cabo, O`Reilly No. 4, La Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba

ISBN: 959-7108-32-1

Impreso en el Combinado de Periódicos Granma

capitán Robert Falcon Scott entre 1901 y 1904 con la nave *Discovery*, llevando a cabo un importante trabajo científico.

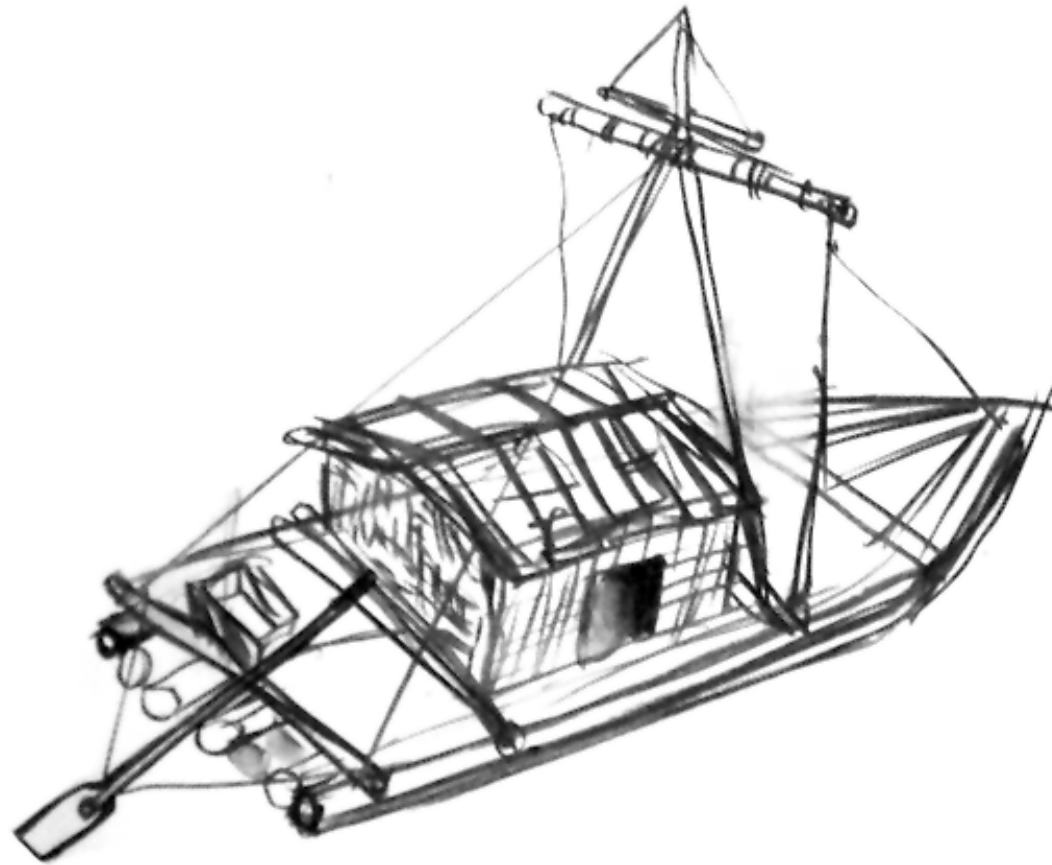
La exploración antártica culminó en la famosa carrera que tuvo lugar entre 1911-1912. Cuando la expedición de Scott llegó al polo sur, encontró la bandera noruega y un mensaje de su rival, el explorador Amundsen, que había llegado cinco semanas antes. Amundsen consiguió su propósito gracias a un meticuloso plan de viaje, en el que utilizó perros esquimales para los trineos. El plan consistía en sacrificar algunos de los animales cada cierto tiempo y de esta forma poder alimentar a los animales supervivientes.

Durante la segunda mitad del siglo XX hemos sido testigos de una sorprendente aceleración en los descubrimientos y exploraciones. Los espacios en blanco de los mapas han desaparecido gracias a las imágenes por satélite, que pueden captar cada pequeño detalle y digitalizarlo para así trazar mapas por ordenador o computadora. Pero hoy, el interés radica sobre todo en los prodigios

biológicos y físicos. Los descubrimientos que se producen en todos los campos científicos, cada vez con más frecuencia, están cambiando nuestra comprensión del mundo que nos rodea y de la fascinante flora y fauna que lo componen.

Aunque el 70% de la superficie del planeta está cubierta por océanos, hasta que Jacques Yves Cousteau contribuyó a la invención de la botella de oxígeno, en 1943, no fue posible una exploración más fácil del mundo submarino.

Por lo que se refiere a los desiertos, Wilfred Thesiger continuó la tradición de los famosos exploradores que habían recorrido el desierto de Arabia Saudí y la depresión de Danakil en Etiopía. En la actualidad, equipos de científicos anónimos trabajan en expediciones en las que tienen que soportar el calor asfixiante del desierto con el propósito de estudiar la dinámica de las dunas, la formación geológica de las regiones desérticas, la paleontología y la arqueología de las primitivas civilizaciones, además de los ciclos vitales de las criaturas del desierto.



Esta canasta de inmersión no sólo era útil, sino que enseguida se convirtió en una entretenidísima diversión para los tripulantes. Nos dio, por lo pronto, una oportunidad magnífica para estudiar el acuario que teníamos en el piso inferior.

Cuando el mar estaba en calma, rodando en ondas suaves, nos metíamos en la canasta uno por uno y nos sumergíamos por el tiempo que pudiéramos contener la respiración. La luz sufría allí abajo una curiosa mudanza, exenta de sombras. En cuanto nuestros ojos estaban debajo de la superficie, la luz no parecía tener una dirección determinada, como en nuestro mundo sobre el agua. La refracción venía tanto de arriba como de abajo; el sol ya no brillaba en un lugar determinado, sino que estaba presente en todas partes. Si mirábamos hacia arriba, al fondo de la balsa, todo estaba brillantemente iluminado, y se veían los nueve grandes troncos y los cabos que los sujetaban bañados por una luz mágica, con los destellos de las verdes algas centelleando por todos los lados y a lo largo de la espaldilla. Los peces pilotos nadaban en perfecta formación, como cebras pisciformes, y los grandes dorados daban vueltas alrededor con rápidos movimientos, siempre alerta y vigilantes en busca de presa. Aquí y allá daba la luz contra la madera rojiza de las orzas, que se proyectaban hacia abajo saliendo de una grieta; en ellas habían sentado sus reales algunas colonias de blancas y pacíficas lapas que movían rítmicamente sus amarillentas branquias rayadas, en busca de oxígeno y alimentos. Si algo se les acercaba demasiado, cerraban rápidamente sus conchas, bordeadas de color amarillo rojizo, y trancaban la puerta hasta que sentían que había pasado el peligro.

La luz allí abajo era maravillosamente clara y calmante, para los que en cubierta estábamos bajo la constante caricia del sol tropical. Hasta cuando mirábamos hacia las profundidades sin fondo del mar, donde hay una noche eterna, aquella negrura parecía tornarse en un azul claro y brillante por la reflexión de los rayos solares. Con gran sorpresa, vimos peces muy a lo hondo en aquella claridad azul y limpia, cuando sólo estábamos justamente debajo de la superficie. Podían haber sido bonitos y otras especies diferentes que no podíamos clasificar por la profundidad a que nadaban. Algunas veces estaban reunidos en inmensos bancos y nos preguntábamos si toda la corriente estaría tapizada de peces o si los que veíamos se habrían reunido inten-

cionadamente para hacerle compañía a la «Kon-Tiki» por unos cuantos días.

Lo que más nos divertía era bajar en la canasta cuando los grandes atunes de aletas doradas nos hacían una visita. A veces venían junto a la balsa en grandes grupos, pero más a menudo aparecían solamente dos o tres juntos y nadaban a nuestro alrededor en tranquilos círculos durante dos o tres días, a no ser que tuviéramos la oportunidad de atraerlos hasta nuestros anzuelos. Vistos desde la balsa, su apariencia era la de grandes y pesados peces oscuros sin ningún adorno distintivo, pero si nos acercábamos a ellos en su propio elemento, cambiaban espontáneamente tanto de color como de forma. El cambio era tan sorprendente, que muchas veces teníamos que subir a la superficie y mirarlos otra vez desde arriba para cerciorarnos de si era o no el mismo pez que habíamos estado mirando dentro del agua. Estos grandes sujetos no nos prestaban nunca la menor atención y continuaban imperturbablemente sus majestuosas maniobras; allá abajo adquirían una maravillosa elegancia de forma, como no la vimos jamás en ningún otro pez, y su color tomaba reflejos metálicos con jaspes de un pálido violeta. Poderosos torpedos de brillante plata y acero, de proporciones perfectas y formas perfiladas, sólo tenían que mover levemente una o dos de sus aletas para deslizar sus setenta o cien kilogramos con la gracia y elegancia más consumadas.

A medida que entrábamos en un más íntimo contacto con el mar y sus pobladores, se nos iba volviendo menos extraño y nos sentíamos más como en nuestra casa. Aprendimos a respetar a los pueblos primitivos que vivían en estrecho contacto con el Pacífico y que, por consiguiente, lo conocían desde un punto de vista diferente del nuestro. Cierto que nosotros hemos calculado su contenido en sal y dado nombres latinos a atunes y delfines, cosa que nuestros antepasados no habían hecho. Pero, con todo, es casi seguro que la idea que los pueblos primitivos se formaban del mar era mucho más verdadera que la nuestra.

No había muchos puntos de referencia aquí en el mar; olas y peces, el Sol y las estrellas iban y venían. Se daba por supuesto que no había tierra de ninguna clase en las 4 200 millas que separan el Perú de las islas del Pacífico. Nos quedamos, pues, grandemente sorprendidos cuando llegamos a los 100° Oeste y descubrimos que había un arrecife señalado en la

carta náutica del Pacífico, justamente frente a nosotros en el rumbo que íbamos siguiendo. Estaba marcado con un pequeño círculo y, como la carta había sido publicada el mismo año, buscamos la referencia en el Derrotero de América del Sur. Leímos entonces: «Se ha informado en 1906, y después en 1926, que existen arrecifes a 600 millas al sudoeste de las islas Galápagos, en la latitud 6° 42' S y longitud 99° 43' O. En 1927 pasó un vapor a una milla al oeste de esta posición, pero no vio señales de rompientes, y en 1934 pasó otro a una milla al sur y tampoco vio ninguna señal de arrecifes. La motonave "Cowrie" en 1935 no encontró fondo a 160 brazas en esta posición.»

De acuerdo con la carta, este sitio estaba todavía considerado como dudoso para la navegación a vapor, pero como para un buque de gran calado un bajío representa un riesgo mucho mayor que para una balsa, decidimos dirigirnos directamente hacia el punto marcado en la carta y ver lo que encontrábamos. El arrecife estaba señalado un poco más al norte del rumbo que creíamos estar siguiendo, de manera que metimos la espadilla a estribor, y orientamos la vela cuadra de tal forma que la proa apuntara más o menos al Norte, y así cogíamos la mar y el viento de estribor. Sucedió entonces que recibimos un poco más de Pacífico en nuestros sacos de dormir de lo que estábamos acostumbrados, debido a que el tiempo comenzó de pronto a refrescar considerablemente. Eso sí, vimos con gran satisfacción que la «Kon-Tiki» podía ser maniobrada con seguridad y firmeza a un gran ángulo con el viento, siempre que éste viniera por nuestra aleta. De no ser así, la vela giraba y empezaba de nuevo la endemoniada tarea de recobrar el gobierno de la balsa.

Durante dos días y dos noches gobernamos con rumbo Noroeste, pero la marejada aumentó tanto que perdimos la dirección, pues los vientos alisios comenzaron a fluctuar entre el Este y Sudeste, mas siempre éramos llevados como un corcho, arriba y abajo, con todas las olas rompiendo sobre nosotros. Manteníamos constante vigilancia desde el palo, y cuando rodábamos encima de las crestas, el horizonte se agrandaba considerablemente. Las crestas de las olas llegaban a dos metros de altura sobre el nivel del techo de la caseta, y si venían dos muy juntas, se levantaban aún más alto al empujarse una a otra y lanzaban al aire una silbante torre de agua que podía caer en las más inesperadas direcciones.

Cuando llegó la noche, cerramos la puerta de la caseta con cajas de provisiones, pero de todas maneras resultó un descanso muy húmedo. Habíamos apenas conciliado el sueño cuando sentimos el primer choque en el mamparo de la caseta, y mientras mil chorros de agua penetraban como una fuente a través del enrejado, un torrente de espuma rodaba sobre las provisiones y sobre nosotros.

—Llama al farolero —oí que decía una voz soñolienta, a la vez que nos encogíamos para dejar al agua más espacio para escurrirse a través del enrejado del piso. El farolero no vino y aquella noche nos dimos una serie de duchas sin movernos de la cama. Durante la guardia de Herman subió a bordo involuntariamente un dorado.

Al día siguiente el mar estaba menos perturbado, debido a que el alisio había decidido soplar del Este durante un tiempo. Nos relevábamos uno tras otro en el puesto de vigía del mástil, pues esperábamos poder alcanzar, avanzada la tarde, el punto que queríamos. Aquel día notamos más vida que de costumbre en el mar; quizá fue solamente porque pusimos mayor atención que de ordinario.

Poco antes de mediodía, vimos un gran pez espada aproximándose a poca profundidad; las dos agudas aletas que salían fuera del agua estaban a dos metros de distancia una de otra y la espada parecía casi tan larga como el cuerpo. El pez espada viró cerca del timonel y desapareció entre las crestas de las olas. Mientras tomábamos un almuerzo bastante salado y húmedo a mediodía, vimos en lo alto de una ola la cabeza, las aletas extendidas y el caparazón de una gran tortuga de mar que pasó justamente ante nuestras narices. Cuando detrás de esa ola vinieron otras dos, la tortuga desapareció tan de repente como había aparecido. Esta vez observamos también las brillantes panzas blancoverdosas de los dorados, girando en el agua debajo del acorazado reptil. El área era excepcionalmente rica en diminutos peces voladores de unos tres centímetros de largo, que volaban en grandes grupos y a menudo caían a bordo. También notamos solitarias gaviotas, y éramos visitados regularmente por fragatas, que evolucionaban sobre nosotros con sus colas ahorquilladas, como golondrinas gigantes. Como se considera generalmente que estas aves son indicio de que hay tierra cercana, a bordo creció el optimismo.

«Quizá haya un arrecife o un banco de arena», pensábamos algunos.

Y el más optimista decía:

DESCUBRIMIENTOS Y EXPLORACIONES

LOS PRIMEROS EXPLORADORES Y CONQUISTADORES EUROPEOS¹

Hasta el siglo XIX

Los grandes descubrimientos tienen su comienzo en el Renacimiento con el estudio de las obras de los geógrafos griegos y latinos. En 1492 Cristóbal Colón hace su primer viaje al mar de las Antillas. Los portugueses navegan a lo largo de la costa atlántica africana hasta bordear el cabo de Buena Esperanza en busca de una ruta marítima para el comercio de especias con la India. Vasco de Gama regresa en 1499 de la India con pimienta, jengibre, canela y clavos.

Pedro Álvarez Cabral, con 13 barcos y 1200 hombres sale de Lisboa en 1500 hacia Brasil.

Hernán Cortés en México, Francisco Pizarro en Perú buscaron oro y plata en América. Fernando de Magallanes circunnavega el mundo, tras bordear el extremo meridional de América de Sur.

Jacques Cartier, el primero de los exploradores franceses de América del Norte, se desacredita por no obtener riquezas de sus viajes.

Samuel de Quebec funda Quebec en la ribera del río San Lorenzo (trabajando para la Compañía Holandesa de las Indias Orientales).

A fines del XVIII la competencia con la Compañía del Noroeste da lugar a numerosas exploraciones de las vías fluviales de Canadá. Alexander Mackenzie navega hacia el Ártico por un río que hoy lleva su nombre (1791). La Salle desciende el Mississippi hasta su desembocadura en el golfo de México y funda en 1862 la Luisiana.

En el XVII motivos más nobles guían a los exploradores, muchos de ellos viajan por placer, otros por propagar la fe (el jesuita Francisco Javier.) Los franciscanos llegan a Mongolia, y Matteo Ricci llega ante el emperador chino.

James Cook regresa de su viaje de circunnavegar para satisfacer su curiosidad científica (1771) con mapas trazados de Nueva Zelanda y de la costa este de Australia, y es-

pecies botánicas y zoológicas desconocidas. Luego hace un segundo viaje por la masa de hielo antártica, no superado en su época.

En el siglo XIX, tras la muerte de Cook se crea la African Association (luego Real Sociedad Geográfica): Mungo Park muere al explorar el curso del río Níger. En 1830 los hermanos John y Richard Lander confirman que el río es navegable con fines comerciales.

La Asociación contra la Esclavitud patrocina en 1849 a Heinrich Barth para atravesar el Sahara, desde Trípoli hasta el lago Chad y descender por el Níger (una de las fuentes de mayor riqueza documental sobre la geografía de la región).

En 1856 el lago Tanganica es explorado por Richard Buston y John Hanning Speke. Al regresar Speke descubre el lago Victoria (una fuente del Nilo).

Samuel Baker y su esposa Florence descubren el lago Alberto y las cataratas Meerchison.

Davis Livingstone, en África de Sur, cruza el desierto de Kalahari y cartografía un área extensa desde Angola hasta la desembocadura del Zambeze en Mozambique.

En 1874 Henry Morton Stanley demuestra que el lago Tanganica no está unido al Nilo y desciende por el río Congo hasta el mar (999 días, mueren 242 hombres de la tripulación).

Más de cuarenta expediciones inglesas desde 1818 buscaron el paso del noroeste, entre ellos James Clark Ross, a través del archipiélago canadiense hasta 1845.

El científico alemán Ludwig Leichhardt explora las tierras del norte de Australia y muere en 1858 en su intento de cruzar el territorio del norte australiano.

La medición trigonométrica de la India probablemente fue la más importante empresa geográfica que tuvo lugar durante el siglo XIX.

Siglo XX

Con respecto a la Antártida, entre los esfuerzos realizados por diferentes países europeos a principios del siglo XX destaca la que probablemente fue la más famosa de todas las expediciones a la zona, la dirigida por el

¹ Síntesis extraída de: «Descubrimientos y exploraciones» Enciclopedia Microsoft® Encarta® 2000. © 1993-1999 Microsoft Corporation. (N. de la E.)

APÉNDICE

Mi teoría de la emigración, como tal, no quedó demostrada con el éxito de la «Kon-Tiki». Lo que sí probamos es que las embarcaciones de balsa sudamericanas poseen cualidades que hasta ahora habían sido desconocidas por los hombres de ciencia modernos, y que las islas del Pacífico están situadas muy al alcance de las embarcaciones prehistóricas del Perú. Los pueblos primitivos fueron capaces de hacer travesías inmensas por

el mar abierto. En el caso de las migraciones oceánicas, el factor determinante no es la distancia, sino el hecho de que el viento y las corrientes tengan o no el mismo curso general día y noche, durante todo el año. Los vientos alisios y la corriente ecuatorial van hacia Occidente a causa de la rotación de la Tierra, y ésta no ha cambiado nunca desde que existe el hombre.

—Supongamos que encontramos una isleta, con su manto de verde hierba (no sería imposible, con la poca gente que ha pasado por aquí); entonces habremos descubierto una nueva tierra: ¡la isla Kon-Tiki!

Desde las doce en adelante, Erik se volvió cada vez más diligente, encaramándose sobre la caja de la cocina y pestañeando a través de su sextante. A las 6:20 de la tarde nos dio la posición: latitud 6° 42' S; longitud 99° 42' O. Estábamos, pues, a una milla marina al este del arrecife señalando en la carta. Se arrió la verga de bambú y se enrolló la vela en la cubierta. El viento era justamente del Este y nos llevaría lentamente al lugar. Cuando el Sol descendió en el mar, salió la Luna llena y brilló en todo su esplendor, alumbrando la superficie del mar, que ondulaba en negro y plata de un lado a otro del horizonte. La visibilidad desde el mástil era buena. Vimos crestas blancas por todas partes en líneas largas, pero ninguna rompiente regular que nos indicara la presencia de un arrecife o un banco. Nadie quería entrar en la caseta y todos estábamos mirando ansiosamente; en lo alto del mástil había dos o tres hombres a la vez.

Al pasar por el centro del área marcada, hacíamos continuos sondeos. Habíamos amarrado todos los escandallos que teníamos a bordo al extremo de un cabo de seda de 54 hilos y más de 500 brazas de longitud, de manera que aun cuando el plomo quedara a un ángulo muy oblicuo por la deriva de la balsa, siempre se sumergiría por lo menos a unas cuatrocientas brazas. No tocamos fondo ni al este, ni al centro, ni al oeste del lugar. Dimos, pues, una última mirada de inspección sobre la superficie del mar y cuando nos hubimos asegurado bien de que podíamos llamar a ésta zona «explorada» y libre de bajos de toda clase, volvimos a izar nuestra vela y guarnir la espadilla en su sitio de costumbre, de manera que el viento viniera otra vez por nuestra aleta de babor.

Y así seguimos avante, con la balsa en su libre derrota natural. Las olas iban y venían como antes, metiéndose entre las juntas de los troncos de popa. Ahora podíamos comer y dormir en seco, aun cuando las ondulaciones del mar a nuestro alrededor crecieron en furia por varios días, mientras los alisios vacilaban entre el Este y el Sudeste.

En este pequeño viaje de navegación hacia el apócrifo arrecife aprendimos mucho sobre la efectividad de las orzas de deriva actuando como quilla, y cuando más adelante

Herman y Knut descendieron debajo de la balsa juntos y recuperaron la quinta orza, aprendimos aún más sobre estas curiosas tablas; algo que nadie ha entendido desde que los indios mismos abandonaron este olvidado deporte. Si las tablas hacían de quilla y permitían a la balsa avanzar en ángulo con el viento, a esto se llamaba simplemente navegar. Ahora bien, cuando los antiguos españoles declararon que los indios en cierta medida «gobernaban» sus balsas en el mar con «unos tablones que metían por entre las rendijas de los maderos», esto sonó a cosa incomprensible, y lo era tanto para nosotros como para todos los que han querido ahondar el problema. En efecto, como los tablones eran simplemente encajados entre las hendiduras, no podían ser movidos a las bandas como un timón.

Un día descubrimos el secreto de la siguiente manera: el viento era constante y el mar había calmado nuevamente, de manera que la «Kon-Tiki» había estado siguiendo un rumbo uniforme durante un par de días, sin necesidad de actuar en la espadilla, que estaba fija sobre sus amarras. Metimos el tablón recuperado en una hendidura de popa, y en un segundo la «Kon-Tiki» alteró su rumbo varios grados de Oeste a Noroeste, y siguió tranquilamente y sin variación en su nueva derrota. Si cobrábamos el tablón otra vez, la balsa volvía a su primitivo rumbo, pero si lo sacábamos a medias, la balsa hacía sólo la mitad de su giro. Con izar o arriar los tablones, podíamos efectuar cambios de rumbo y mantenerlo estable sin necesidad de tocar la espadilla.

Tal era, pues, el ingenioso sistema de los incas. Habían ideado un simple sistema de balanza, en el cual la presión del viento en la vela hacía del mástil el pivote o fiel; los dos brazos eran la balsa a proa del mástil y la balsa a popa de éste. Si la superficie total de las orzas de popa era mayor, la proa giraba con el viento; pero si era mayor la superficie de las orzas de proa, era la popa la que giraba con el viento. Los tablones más próximos al mástil tenían, por supuesto, un efecto menor, por la relación entre el brazo de la palanca y la fuerza. Si el viento venía exactamente de popa, las orzas dejaban de ser efectivas y entonces era imposible mantener la balsa a un rumbo fijo sin maniobrar continuamente la espadilla. Si la balsa permanecía así orientada, resultaba demasiado grande para cabalgar libremente sobre una ola. Y como la puerta de la caseta y el sitio donde hacíamos nuestras

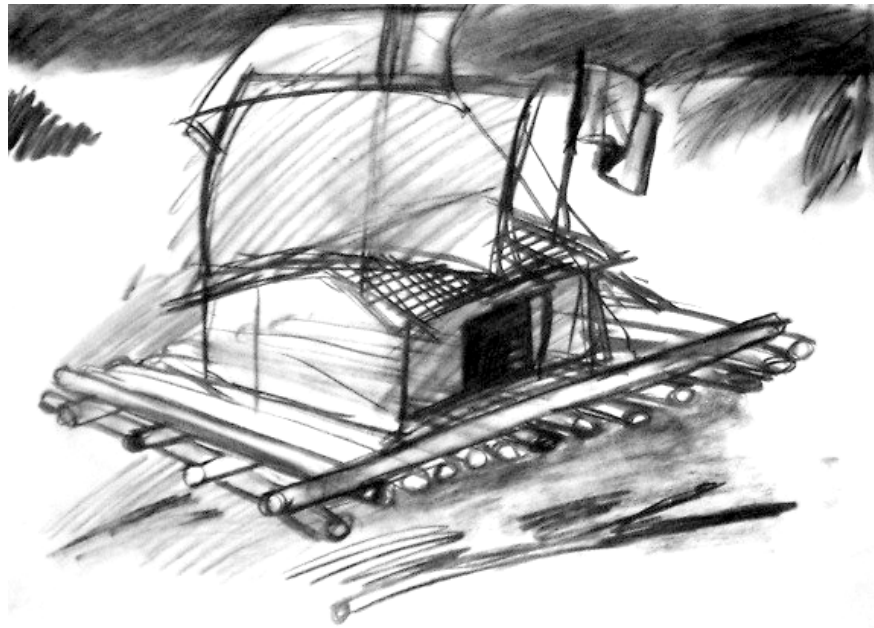
comidas estaban a estribor, siempre recibíamos la mar a bordo por la aleta de babor.

Podíamos ciertamente haber proseguido nuestro viaje haciendo que el hombre de guardia permaneciera izando y arriando una de las orzas, en lugar de cobrar uno u otro de los varones (cabos) de la espadilla, pero nos habíamos acostumbrado ya tanto a ésta, que preferimos hacer un rumbo general con las orzas y efectuar las correcciones con la espadilla.

Lo que faltaba del viaje era tan invisible a nuestros ojos como el bajo o arrecife que solamente existía en la carta. Estábamos en el cuadragésimoquinto día de permanencia en el mar; habíamos avanzado desde el grado 78 de longitud al 108, y esto significaba que nos hallábamos justamente a la mitad de la distancia entre Sudamérica y la primera isla

de enfrente. Había, pues, más de dos mil millas marinas entre nosotros y el Perú hacia el Este, y la misma distancia hasta la Polinesia por el Oeste. La tierra más cercana en cualquier dirección eran las islas Galápagos al Estenordeste y la isla de Pascua al Sur, ambas a más de quinientas millas de distancia en el océano infinito. No habíamos visto un barco ni lo vimos luego, pues íbamos fuera de todas las derrotas seguidas por el tráfico ordinario del Pacífico.

Pero en realidad no sentíamos lo enorme de estas distancias, porque el horizonte se deslizaba con nosotros sin que pudiéramos notarlo al movernos, y nuestro pequeño mundo flotante era siempre el mismo. Un círculo lanzado contra la bóveda del cielo, teniendo la balsa como centro, mientras las mismas estrellas rodaban sobre nosotros noche tras noche.



batiendo el agua verde, mientras desatracábamos de costado.

Al poco rato fueron desapareciendo los techos rojos bajo las palmeras y después las palmeras mismas se esfumaron en el azul de las montañas, que también se hundieron poco a poco como sombras en el Pacífico.

Afuera, las olas rompían en el mar azul. Ya no podíamos bajar hasta ellas. Nubes blancas volaban hacia el Oeste a merced de

los vientos alisios; ya no seguíamos su trayectoria. Ahora estábamos desafiando a la naturaleza. Íbamos de regreso al siglo veinte, que había quedado tan lejos tan lejos.

Pero nosotros seis en cubierta, de pie junto a nuestros nueve troncos queridos, sentíamos gratitud por haber salido todos con vida. Y en la laguna de Tahití flotaban, solitarias, seis guirnaldas de flores blancas, yendo y viniendo con las suaves olas de la playa.



éstas se hundieron en el mar, perdíamos ciento veintisiete. En nuestro interior seguíamos oyendo la extraña y cautivante música.

«...y compartan sus recuerdos con nosotros, para que podamos estar siempre juntos, aun después de su partida a tierras lejanas... Buenos días.»

Cuatro días después, surgió Tahití en el horizonte. No como una sarta de perlas con penachos de palmeras, sino en forma de dentadas montañas azules levantándose hasta el cielo, con las cumbres ceñidas de jirones de nubes.

A medida que nos aproximábamos, las montañas azules fueron mostrando sus verdes laderas. Verde sobre verde, la lujuriente vegetación tropical parecía rodar por sobre las rojizas colinas y acantilados, hasta sumergirse en el fondo de los barrancos y los valles que corren hacia el mar. Cuando la costa se fue acercando, vimos esbeltas palmeras que llenaban todos los valles y bordeaban toda la costa, tras las playas de dorada arena.

Tahití es el producto de un trabajo volcánico de actividad hoy extinguida, y los pólipos de coral han construido un baluarte alrededor, para protegerla de la erosión del mar.

Una mañana muy temprano, enfilamos la abertura del arrecife y entramos en la bahía de Papeete; delante de nosotros se levantaban agudas torres de iglesias y techos rojos medio escondidos entre el follaje de árboles gigantes y copas de palmeras. Papeete es la capital de Tahití; la única ciudad de la Oceanía francesa. Es una ciudad de placer; la sede del gobierno y el centro de todo el tráfico del Pacífico oriental.

Cuando entramos en la bahía, la población de Papeete estaba esperándonos, agolpada como una muralla viva de alegres colores. Las noticias se habían esparcido como el viento y todos querían ver la *pae-pae* que había venido desde América.

La «Kon-Tiki» recibió el sitio de honor frente a la explanada que está a lo largo de la playa; nos dio la bienvenida el alcalde de Papeete, y una niña polinesia nos obsequió con una enorme rueda hecha de flores silvestres tahitianas, en nombre de la sociedad polinesia. Enseguida se adelantaron unas muchachas y nos pusieron collares de olorosas flores blancas como símbolo de bienvenida a Tahití, la perla de los Mares del Sur.

Había en particular una cara que yo buscaba entre la multitud: la de mi viejo padre adoptivo en Tahití, el jefe Teriieroo, cabeza de los diecisiete jefes nativos de la isla. No faltaba. Alto y corpulento, tan vivo y lleno de espí-

ritu como en los viejos días, emergió de entre la multitud llamándome «¡Terai-mateata!» y sonriéndose con toda la cara. Había envejecido, pero conservaba la misma figura impresionante y llena de autoridad.

—Has tardado en venir —dijo sonriendo—, pero llegas con buenas noticias. Tu *pae-pae* ha traído en verdad el *terai-mateata* (cielo azul) a Tahití, pues ahora sabemos de dónde llegaron nuestros padres.

Hubo una recepción en el palacio del gobernador, una fiesta en la municipalidad y nos llovieron invitaciones de todos los rincones de aquella hospitalaria isla.

Como en los viejos tiempos, Teriieroo nos dio una gran fiesta en su casa del valle del Papeno, que yo conocía tan bien, y como Tahití no era Raroia, se impusieron allí nuevos nombres tahitianos, menos a mí que ya lo tenía, en una nueva ceremonia.

Fueron aquéllos unos días de abandono bajo el sol y las nubes fugitivas. Nos bañábamos en la laguna, subíamos a las montañas y bailábamos *hula* sobre la hierba, a la sombra de las palmeras. Pasaron los días, después las semanas. Parecía como si fueran a pasar meses antes de que llegara un vapor que nos llevara a la tierra donde nuestros deberes nos reclamaban.

Por fin llegó un mensaje de Noruega que decía que Lars Christensen había ordenado al vapor de cuatro mil toneladas «Thor I» que fuera de Samoa a Tahití para recoger a los expedicionarios y llevarlos a América.

Una mañana temprano, el vapor noruego se deslizó dentro de la bahía y la «Kon-Tiki» fue halada por un remolcador de la armada francesa hasta el costado de su gran compatriota, el cual estiró un largo brazo de acero y levantó hasta la cubierta a su pequeño congénere. Sonó la sirena con pitazos estridentes, haciendo repetir su eco en las montañas de la isla. Gente blanca y morena se apretujaba en los muelles de Papeete y llenaba el barco de obsequios de despedida y coronas de flores. Nosotros permanecemos en la borda, estirando el cuello como jirafas, para que nuestras barbillas pudieran asomar sobre las cada vez más numerosas guirnalda.

—Si quieres regresar a Tahití —gritó el jefe Teriieroo cuando la sirena sonaba por última vez—, debes tirar una guirnalda sobre la laguna en el momento en que zarpe el vapor.

Se largaron las amarras, comenzó a rugir la máquina y la hélice inició sus remolinos

CAPÍTULO VI

A TRAVÉS DEL PACÍFICO, 2

Cuando el mar no estaba muy movido, salíamos en el pequeño bote de caucho para tomar fotografías. Nunca olvidaré la primera vez que, viendo el mar tan tranquilo, dos hombres sintieron ganas de remar y echaron al agua aquel diminuto botecillo inflado como un globo. Apenas se habían alejado de la balsa, cuando soltaron los remos y ambos estallaron en grandes carcajadas. Y mientras las ondulaciones del mar los subían y bajaban haciéndolos desaparecer y reaparecer sucesivamente, se reían tan escandalosamente cada vez que nos veían, que sus voces resonaban en el desolado Pacífico. Los que estábamos en la balsa nos miramos unos a otros con cierta confusión, no viendo nada cómico, fuera de nuestras barbas hirsutas; pero como los dos del bote ya debían haberse acostumbrado a verlas, empezó a apuntar en nosotros la sospecha de si se habrían vuelto locos de repente. Tal vez una insolación. Convulsos por la risa, aquellos dos hombres apenas podían volver a trepar a bordo de la «Kon-Tiki», y cuando subieron, nos rogaron, con lágrimas que les corrían por las barbas, que saliéramos en el bote y viéramos con nuestros propios ojos.

Dos de nosotros saltamos dentro del movedizo artefacto de goma, y fuimos cogidos por una ola que nos levantó y nos arrojó a distancia. Inmediatamente, nos dejamos caer de espaldas sobre el bote, desternillándonos de risa. Tuvimos que regresar a la balsa a toda prisa para calmar a los otros dos que todavía no habían estado fuera y que seguramente pensaban que esto ya era un caso de locura colectiva. Éramos nosotros mismos y nuestra orgullosa embarcación, vista por primera vez a distancia, lo que nos producía aquella impresión de algo absurdo e irremediable. Aún no habíamos tenido oportunidad de contemplar nuestra propia facha en alta mar. Los troncos de madera desaparecían detrás de las menores olas, y todo lo que se veía era, a lo sumo, la caseta con su ancha puerta abierta y su techo erizado de hojas, flotando abandonada en el inmenso mar. Era exactamente como el granero de una vieja granja noruega que hubiera ido a extrañarse en el mar y derivara al empuje de las

olas; un destartado granero, lleno de atezados y barbudos piratas. Si alguien nos hubiera venido al alcance remando en una bañera no nos hubiera excitado mayor hilaridad. Hasta las olas de mediano tamaño parecían subir hasta la mitad de la caseta y querer entrar, sin que nada las pudiera detener, por la puerta abierta de par en par, donde estaban aquellos sujetos barbudos y boquiabiertos. Pero, inmediatamente, la desvencijada embarcación volvía a subir a la superficie, con los vagabundos echados allí tan secos, peludos e intactos como antes. Si llegaba una ola grande, entonces desaparecían la caseta, la vela y todo el mástil detrás de la montaña de agua; pero al momento siguiente allí volvía a surgir la cabaña con todos sus vagabundos. Vista desde afuera, la situación parecía peligrosísima y no nos podíamos explicar cómo las cosas habían ido tan bien a bordo de la grotesca embarcación.

Cuando pocos días después salimos a remar para hartarnos otra vez de risa a costa nuestra, por poco sufrimos un desastre. El viento y el mar estaban más alborotados de lo que habíamos supuesto y la «Kon-Tiki» se abrió camino mucho más rápidamente de lo que creíamos. Cuando nos dimos cuenta de que nuestras vidas estaban en juego, los que íbamos en el botecito empezamos a remar desesperadamente, en un angustioso intento de alcanzar la inmanioerable balsa, que no podía parar, ni esperar, ni dar la vuelta y regresar. Aun cuando los muchachos a bordo de la «Kon-Tiki» arriaron la vela, el viento clavó sus garras en la caseta de bambú con tanta fuerza, que la balsa seguía hacia el Oeste tan rápidamente como alcanzábamos a remar detrás de ella en el movedizo botecillo con sus remos de juguete. Sólo un pensamiento había en la cabeza de cada hombre: ¡no separarnos! Aquellos minutos que pasaron, lentos como siglos, fueron horribles; nuestro desesperado remar nos llevó por fin hasta la fugitiva balsa y trepamos a bordo, donde otra vez estuvimos todos juntos en el hogar común.

Desde aquel día quedó estrictamente prohibido salir en el bote de caucho sin llevar antes un largo cabo amarrado a la popa de la

balsa, de manera que los que quedaban a bordo pudieran cobrar de él en caso necesario. No volvimos a alejarnos mucho de la balsa desde aquel día, excepto cuando el viento era débil y el Pacífico se curvaba en suaves ondulaciones. Pero sólo encontramos estas condiciones cuando la balsa estaba a la mitad del camino a la Polinesia y el todopoderoso océano se arqueaba alrededor del globo hacia todos los rumbos de la rosa. Entonces podíamos abandonar con seguridad la «Kon-Tiki» y remar en el espacio azul entre el cielo y el mar.

Cuando desde el bote veíamos la silueta de nuestra embarcación volverse más y más pequeña en la distancia y encogerse nuestra gran vela hasta quedar como un vago cuadrado negro en el horizonte, descendía a veces hasta nosotros una profunda sensación de soledad. El mar se esfumaba a lo lejos, confundiendo en la distancia su azul con el del cielo, dándonos la impresión de que estábamos suspendidos en el espacio infinito. Todo nuestro mundo era azul y estaba vacío, sin más punto fijo que el Sol tropical dorado y caliente, tostando desde arriba nuestras espaldas. Luego, la vela de la lejana balsa solitaria nos atraía como un norte magnético en el horizonte. Remábamos de regreso y subíamos a bordo con la dulce ansiedad del retorno al hogar, a nuestro propio mundo, nuestro firme y seguro suelo. Dentro de la caseta había sombra acogedora y se aspiraba el perfume del bambú y de las marchitas hojas de plátano. Desde allí, a través del mamparo abierto, nos era servida en grandes dosis la soleada y azul pureza del exterior. Y así vivíamos acostumbrados por un tiempo a ese ambiente, hasta que nos volvía a tentar la clara inmensidad de afuera y salíamos nuevamente.

Era notable el efecto psicológico que ejercía en nuestra mente la endeble caseta de bambú. Medía dos metros y medio por cuatro y medio, y para disminuir la presión del viento y del mar la habíamos construido con el techo muy bajo, de manera que no podíamos estar de pie en el interior. La armazón de los mamparos y del techo era de fuertes cañas de bambú, amarradas y aseguradas sólidamente, y las paredes de cañas partidas y entretejidas. Las barras verdes y amarillas, con franjas de follaje colgando del techo, eran un reposo para nuestros ojos, como nunca lo hubiera sido la blancura de un camarote, y a pesar de que el mamparo de estribor estaba abierto en un tercio de su longitud y de que techo y mamparos

dejaban pasar rayos de sol y de luna, este primitivo cubil nos daba una sensación de seguridad mayor que la que hubieran podido darnos, en las mismas circunstancias, los blancos mamparos de acero y las cerradas escotillas de los grandes vapores.

Tratamos de encontrar una explicación a este hecho curioso y llegamos a la siguiente conclusión: nuestra conciencia estaba absolutamente inusualmente asociada a una choza de bambú, cubierta de hojas de plátano, con un viaje marítimo. No había una armonía natural entre el rodar imponente del océano y la cabañita tejida de bambú que danzaba sobre el mar. Por consiguiente, o bien la cabañita parecía enteramente fuera de lugar entre las olas, o éstas eran del todo incongruentes alrededor de la cabañita. Mientras permanecíamos a bordo, la cabaña de bambú y su sabor a selva era plena realidad, y la agitación del mar parecía más bien ilusoria. Pero desde el botecito de caucho, las olas y la cabañita cambiaban sus papeles.

El hecho de que los troncos de balsa cabalgaran siempre sobre el mar como una gaviota y dejaran que el agua escapara por los intersticios a popa si una ola rompía a bordo, nos daba una inmovible confianza en la parte seca del centro de la balsa, donde estaba la caseta. Cuanto más se prolongaba el viaje, más seguros nos sentíamos en nuestra tranquila guarida, y mirábamos pasar las enormes olas con sus grandes crestas blancas ante nuestra puerta, como si se tratara de una película impresionante, pero sin ningún peligro para nosotros. Aun cuando la pared abierta estuviera sin protección alguna, sólo a metro y medio del borde de la balsa y a no más de cincuenta centímetros sobre la superficie del agua, una vez que nos metíamos dentro nos sentíamos como a muchas millas lejos del océano, en una vivienda en la selva, a resguardo de los peligros del mar. Allí podíamos echarnos de espaldas y mirar el curioso techo, que se retorció como las ramas al impulso del viento, y gozar del selvático olor a madera verde, cañas y hojas marchitas.

Algunas veces salíamos también en el botecito de goma para vernos de noche. Se levantaban por todas partes olas negras como montañas de carbón y una centelleante miríada de estrellas tropicales arrancaba un desmayado reflejo del plancton en el agua. El mundo era simple: estrellas en la oscuridad. Que fuera el año 1947 antes o después de nuestra era, pronto careció de significado alguno. Vivíamos y nos sentíamos vivir con

El «Maoae» era la goleta coprera que hacía el tráfico interinsular. Se dirigía a Raroia en busca de copra. Tenía a bordo capitán y tripulación polinesios, los cuales conocían los arrecifes al revés y al derecho. Mas las corrientes eran traicioneras en la oscuridad. Por fortuna, la goleta había quedado a sotavento y el tiempo estaba en calma. Pero la escora del «Maoae» se acentuaba cada vez más y la tripulación bajó al bote. Se amarraron fuertes cabos a la perilla de los mástiles y llevaron los extremos en el bote a tierra, donde los indígenas los aseguraron en troncos de palmera para impedir que la goleta zozobrar. La tripulación, llevando otros cabos, se estacionó frente a la abertura del arrecife en su bote, con la esperanza de poder tirar del «Maoae» cuando el reflujo de la marea saliera de la laguna. La gente de la aldea salió con todas sus canoas y se dispusieron a salvar la carga. Había a bordo noventa toneladas de valiosa copra. Toda la carga fue transportada a la costa en sacos y puesta en tierra seca.

Cuando subió la marea, el «Maoae» seguía encallado, balanceándose y golpeando contra los corales hasta que se le abrió una vía de agua. Al romper el día, estaba escorado en una posición aún más peligrosa sobre el arrecife. La tripulación no podía hacer nada; era inútil tratar de remolcar la pesada goleta de ciento cincuenta toneladas fuera del arrecife con la ayuda de su propio bote y las canoas. Si continuaba en esa posición, dándose golpes, se haría pedazos, y si el tiempo cambiaba, sería atraída por la succión y se perdería totalmente al ser arrojado por las olas contra las rocas de coral.

El «Maoae» no tenía radio, pero nosotros sí. Sería imposible que viniera un buque de salvamento desde Tahití antes de que la goleta se convirtiera en un montón de escombros. Pero, por segunda vez en este mes, el arrecife de Raroia iba a perder su presa.

En las horas del mediodía, el «Tamara» fue avistado en el horizonte hacia Occidente. Había sido enviado a Raroia para recogerlos, y los que estaban a bordo no dejaron de sentirse sorprendidos cuando vieron, en lugar de una balsa, los dos mástiles de una gran goleta descansando y dándose golpes contra el arrecife, perdida sin remedio.

A bordo del «Tamara» venía el administrador francés de los grupos de Tuamotú y Tubuai, Monsieur Frédéric Ahnne, a quien el gobernador había enviado con la goleta desde Tahití para darnos la bienvenida; estaba también a bordo un operador de cine francés y un

radiotelegrafista de la misma nacionalidad. El capitán y la tripulación eran polinesios. El mismo M. Ahnne había nacido en Tahití de padres franceses y era un espléndido marino. Tomó el mando del buque con el consentimiento del capitán tahitiano, quien estaba encantado de quedar libre de responsabilidad en aquellas aguas peligrosas. Mientras el «Tamara» estaba esquivando miríadas de bancos y arrecifes sumergidos, se tendieron grandes cables entre las dos goletas y M. Ahnne principió sus hábiles y peligrosas evoluciones, a pesar de que la marea amenazaba con arrastrar a los dos buques contra el mismo banco de coral.

Con la pleamar, el «Maoae» salió del arrecife y el «Tamara» lo remolcó hacia aguas más profundas. Pero el agua estaba entrando en el casco del primero, y tuvo que ser llevado a toda prisa al agua poco profunda de la laguna. Durante tres días, el «Maoae» quedó frente a la aldea, casi a punto de zozobrar, con todas las bombas trabajando día y noche. Los mejores pescadores de perlas entre nuestros amigos taparon las principales vías de agua con planchas de zinc y clavos, para que el «Maoae» pudiera ser escoltado por el «Tamara» hasta el astillero de Tahití, con las bombas trabajando continuamente.

Cuando el «Maoae» se encontró en condiciones de ser escoltado, M. Ahnne maniobró el «Tamara» entre los bajos de coral en la laguna y se dirigió a la isla de Kon-Tiki. Tomó allí la balsa a remolque y puso proa de nuevo hacia el mar abierto, con el «Maoae» siguiéndole lo bastante de cerca para que pudiera ser salvada la tripulación si en alta mar las vías de agua ganaban la partida.

Nuestra despedida de Raroia fue más que triste. Cuantos estaban en condiciones de andar o arrastrarse permanecieron en el desembarcadero tocando y cantando nuestras canciones favoritas, mientras el bote del «Tamara» nos llevaba a bordo.

Tupuhoe destacaba su enorme humanidad en el centro, con el pequeño Haumata de la mano. El niño lloraba y gruesos lagrimones corrían por las mejillas del poderoso jefe. No había nadie con los ojos secos en el embarcadero, pero siguieron con sus cantos y música por mucho tiempo, hasta que el bramido de las rompientes apagó todo otro sonido.

Aquella gente fiel que estaba cantando en el desembarcadero perdía seis amigos. Nosotros, que permanecíamos mudos en la baranda del «Tamara» hasta que el desembarcadero quedó tapado por las palmeras y

acercaba el corpulento Tupuhoe, lenta y solemnemente, con su pesado y nudoso bastón en la mano. Tenía plena conciencia de la solemnidad del momento, y los ojos de todos estaban fijos en él, a medida que se iba acercando con expresión pensativa.

Tomó su puesto frente a nosotros. No había duda, él era jefe de nacimiento, orador brillante y actor consumado.

Se volvió hacia los jefes cantores, músicos y bailarines, señalándolos sucesivamente con su nudoso bastón y dándoles órdenes breves en tono bajo y medido. Luego se volvió hacia nosotros, y de pronto abrió desmesuradamente sus grandes ojos hasta que el blanco de éstos brilló como los dientes en su cara expresiva y morena. Levantó su nudoso bastón y soltó un ininterrumpido torrente de palabras: recitaba antiguos ritos que nadie sino los más viejos entendían, porque los decía en un dialecto ya olvidado.

Luego nos dijo, usando a Teka como intérprete, que el nombre del primer rey que se estableció en la isla era Tikarua, y que éste había reinado sobre el atolón de norte a sur, de este a oeste y hacia arriba, hasta el cielo, por sobre las cabezas de los hombres.

Mientras todo el coro interpretaba la vieja balada del rey Tikarua, Tupuhoe puso su manaza sobre mi pecho y, volviéndose a la audiencia, dijo que me estaba bautizando con el nombre de Varoa Tikarua, o sea, el espíritu de Tikarua. Cuando murió la canción, les tocó su turno a Bengt y a Herman; recibieron la oscura manaza en sus pechos y se les bautizó respectivamente con los nombres de Topakino y Tupuhoe-Itetahua. Estos eran los nombres de dos héroes de los viejos tiempos, que habían luchado con un salvaje monstruo marino, al cual mataron a la entrada del arrecife de Raroia.

El hombre del tambor dio unos fortísimos redobles, y dos hombres vigorosos vestidos con taparrabo y empuñando una larga lanza en cada mano, avanzaron y principiaron una rápida marcha a paso ligero, con las rodillas levantadas hasta el pecho, las lanzas apuntando hacia arriba y volviendo la cabeza a uno y otro lado. A un nuevo toque del tambor, pegaron un salto en el aire y empezaron con ritmo perfecto una batalla ceremonial en el más puro estilo de ballet. La danza fue breve y rápida, y representaba la lucha de los héroes con el monstruo marino. Después, Torstein fue bautizado con canto y ceremonia; se le llamó Maroake, en honor de un antiguo rey de la aldea, y enseguida Erik y Knut recibieron los

nombres de Tane-Matarau y Tefaunui, en honor de dos navegantes y héroes del pasado. El largo y monótono recital que acompañó sus nombres fue dicho a tremenda velocidad y en un flujo continuo de palabras, cuya rapidez increíble estaba destinada, a la vez, a impresionar y divertir a la concurrencia.

La ceremonia había terminado. Volvía a haber jefes blancos y barbudos entre los polinesios de Raroia. Dos filas de bailarines, hombres y mujeres, avanzaron vestidos con faldas de paja tejida y con ondulantes coronas de corteza en sus cabezas. Vinieron bailando hasta nosotros y nos transfirieron sus coronas. Nos pusieron enseguida susurrantes faldas de paja en la cintura, y siguió la fiesta.

Una noche, los operadores de radio, coronados de flores, se pusieron en contacto con el aficionado de Rarotonga; que nos retransmitía un despacho de Tahití. Era un cordial mensaje de bienvenida del gobernador de las colonias francesas del Pacífico.

Siguiendo instrucciones de París, había enviado la goleta «Tamara» para llevarnos a Tahití, ya que así no tendríamos que esperar la incierta llegada del barco cocotero. Tahití era el punto central de las colonias francesas y la única isla que tenía contacto con el mundo en general. Teníamos que ir a Tahití para tomar el vapor del servicio regular y volver a nuestro mundo.

Las festividades continuaban en Raroia. Una noche se escucharon gritos extraños allá fuera, en el mar, y algunos vigías bajaron de la copa de las palmeras e informaron que había un buque a la entrada de la laguna. Corrimos entre las palmeras hacia el lado de sotavento de la isla y miramos en dirección opuesta a aquella en que habíamos venido. Las rompientes eran mucho menores en este lado, protegido por todo el atolón y el arrecife.

Justamente en el lado exterior de la laguna vimos las luces de un barco. Era una noche clara y estrellada, y pudimos ver el ancho perfil de una goleta de dos palos. ¿Sería éste el buque del gobernador que venía por nosotros? ¿Por qué no entraba?

Los nativos empezaron a ponerse intranquilos. Finalmente, también nosotros nos dimos cuenta de lo que pasaba. El buque escorbaba fuertemente y amenazaba con dar vuelta de campana; había encallado en un invisible banco de coral oculto a flor de agua.

Torstein tomó una linterna y lanzó la señal:

—¿Qué barco?

—*Maoae* —contestó.

vigilante intensidad. Nos dábamos cuenta de que para los hombres anteriores a la época de la técnica, la vida había sido también plena e intensa; en realidad, más llena y más rica en muchos aspectos que la vida del hombre moderno. En cierta forma, el tiempo y la evolución habían cesado de existir; todo lo que hoy era real e importante, lo había sido antes y seguiría siéndolo después. Estábamos sumergidos en la absoluta medida común de la historia, oscuridad sin fin e ininterrumpida bajo un enjambre de estrellas.

Frente a nosotros, en la noche, la «Kon-Tiki» se levantaba sobre las olas y volvía a caer tras las negras masas de agua que se interponían como montañas entre ella y nosotros. La luz de la Luna creaba una atmósfera fantástica alrededor de la balsa: largos y brillantes troncos orlados de algas, el perfil cuadrado y negrísimo de una vela vikinga, una endeble choza de bambú con la luz amarillenta de un farol de parafina en su mamparo posterior: el conjunto evocaba una ilustración de cuento de hadas, más que una cruda realidad. De vez en cuando, la balsa desaparecía completamente detrás de las negras olas; luego surgía otra vez y destacaba su nítida silueta contra las estrellas mientras un agua centelleante chorreaba de los troncos.

Cuando mirábamos en éxtasis la atmósfera que rodeaba la balsa solitaria, podíamos ver también con los ojos de la mente una flotilla completa de balsas iguales, desparramadas en formación en abanico más allá del horizonte para aumentar la posibilidad de encontrar tierra, en la época en que los primeros hombres se abrieron camino a través de este mar, poco antes de que llegaran los españoles. El inca Túpac Yupanqui, que había puesto bajo su férula tanto el Perú como el Ecuador, salió a alta mar con una escuadra de balsas y muchos miles de hombres, para buscar islas que los rumores decían existir allá en el Pacífico. Encontró dos islas, que algunos creen fueron las Galápagos, y, después de ocho meses de ausencia, él y sus numerosos remeros consiguieron regresar al Ecuador. Kon-Tiki y sus adeptos habían salido ciertamente en una formación igual varios cientos de años antes que ellos, pero habiendo descubierto las islas de la Polinesia, no tenían motivo para emprender el trabajoso regreso.

Al saltar de nuevo a bordo de la balsa, nos sentábamos con frecuencia en círculo alrededor del farol, en cubierta, y se hablaba de los antiguos marineros del Perú que habían pasado las mismas experiencias mil quinien-

tos años antes que nosotros. El farol proyectaba sobre la vela sombras enormes de hombres barbudos, y pensábamos en los hombres blancos con barbas que podíamos seguir, en la mitología y la arquitectura, desde México a la América Central, y desde allí al área noroeste de Sudamérica, hasta el Perú. Aquí desaparecía esta misteriosa civilización, como por el golpe de una vara mágica, antes de la llegada de los incas, y reaparecía con la misma brusquedad en las solitarias islas del Oeste a las que nos estábamos aproximando. ¿Eran acaso los errantes maestros hombres de otra temprana civilización que en tiempos lejanos habían llegado a través del Atlántico, por el mismo sencillo procedimiento, empujados por las corrientes oceánicas y los vientos alisios desde el área de las islas Canarias hasta el golfo de México? Ésta era, en verdad, una distancia más corta que la que estábamos cubriendo, y nosotros ya habíamos dejado de creer en el mar como un factor de aislamiento.

Muchos investigadores han sostenido con razones de peso que las grandes civilizaciones indias, desde los aztecas en México hasta los incas en el Perú, fueron inspiradas por súbitos impulsos llegados del Este, de allende los mares, mientras los indios americanos, en general, serían pueblos de pescadores y cazadores asiáticos que, en el curso de veinte mil años o más, se escurrieron desde Siberia hasta América. Choca ciertamente que no existan huellas de un desarrollo gradual entre las avanzadas civilizaciones que se extendieron un tiempo desde México hasta el Perú. Cuanto más profundamente excavan los arqueólogos, más elevada es la cultura que encuentran, hasta que llegan a un punto en el cual se ve claramente que las viejas civilizaciones han surgido sin cimiento alguno en medio de culturas primitivas.

Y las civilizaciones se han levantado allí donde llegan las corrientes del Atlántico, en medio de las regiones desiertas y selváticas de Centroamérica y Sudamérica, en lugar de hacerlo en las áreas más templadas, donde, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, existen condiciones más favorables para su desarrollo.

Lo mismo encontramos en las islas de los Mares del Sur. La isla más cercana al Perú, la de Pascua, es la que puede exhibir huellas más profundas de civilización, aun cuando la insignificante islita es seca y estéril y también, de todas las del Pacífico, la más alejada de Asia.

Cuando completamos la mitad de nuestro viaje, habíamos navegado justamente la distancia que hay del Perú a la isla de Pascua, y teníamos esta isla legendaria exactamente al sur de nosotros. Habíamos zarpado en un punto cualquiera de la costa central del Perú, tratando de reproducir el curso medio de una balsa que se hace a la mar. De haberlo hecho mucho más al Sur, más cerca de la arruinada ciudad de Kon-Tiki, el Tiahuanaco, habríamos tenido el mismo viento, pero una corriente mucho más débil, y ambos nos hubieran empujado en dirección a la isla de Pascua.

Cuando pasamos los 110° Oeste, estábamos dentro del área oceánica de la Polinesia, puesto que la isla de Pascua, que forma parte de ella, quedaba más cerca del Perú de lo que estábamos nosotros. Habíamos llegado, pues, a la altura de la primera avanzada de las islas del Mar del Sur, el centro de la más vieja civilización isleña. Y cuando al atardecer, nuestro resplandeciente guía, el Sol, bajaba del cielo y desaparecía allende el mar por Occidente, con todo su espectro de colores, los suaves alisios infundían vida a las historias sobre el extraño misterio de la isla de Pascua. Mientras en la noche el cielo estrellado abolía todo concepto de tiempo, reaparecían en la vela las barbudas cabezas de gigantes.

Muy lejos hacia el Sur, en la isla de Pascua, estaban erectas otras cabezas aún más gigantescas talladas en piedra, con facciones de hombre blanco y mandíbulas barbadas, meditando sobre los secretos de los siglos.

Así estaban ellas cuando los primeros europeos descubrieron las islas en 1722, y así habían estado antes, veintidós generaciones polinesias atrás, cuando, según las tradiciones indígenas, los habitantes actuales desembarcaron de sus grandes canoas y exterminaron a todos los adultos de la misteriosa civilización que encontraron en la isla. Desde entonces, las colosales cabezas de piedra de la isla de Pascua se han convertido en uno de los más elocuentes símbolos de los insolubles problemas de la antigüedad. Aquí y allá, en las laderas sin árboles de la isla, las enormes figuras se levantaban hacia el cielo; colosos de piedra espléndidamente tallados en figura humana y erigidos en un solo bloque, alto como un edificio corriente de tres o cuatro pisos. ¿Cómo han podido esos hombres antiguos tallar, transportar y erigir semejantes colosos? Como si el problema no fuera bastante difícil, habían logrado además colocar en equilibrio sobre algunas de las cabezas, a doce metros

del suelo, inmensos bloques de piedra roja que les servían de adorno, como pelucas colosales. ¿Qué significaba todo ello? ¿Qué conocimientos mecánicos tenían los desaparecidos arquitectos, que habían dominado problemas difíciles aun para los ingenieros del presente?

Si combinamos todas las piezas, quizá, al fin y al cabo, no sea tan insoluble el misterio de la isla de Pascua, visto contra el telón de fondo de los navegantes en balsas procedentes del Perú. La vieja civilización ha dejado en esta isla huellas que la acción del tiempo no ha sido capaz de destruir.

La isla de Pascua es la cumbre de un antiguo volcán extinto. Caminos pavimentados, construidos por los antiguos habitantes civilizados, conducen a bien preservados sitios de desembarco en la playa, y muestran que el nivel del agua alrededor de la isla era entonces exactamente el mismo que ahora. Esta isla no es, pues, el resto de un continente hundido, sino una isleta desolada, tan pequeña y solitaria hoy como cuando fue el centro cultural del Pacífico.

En el centro de esta isla, en forma de cuña, está uno de los cráteres de su apagado volcán, y en el fondo de este cráter están los sorprendentes talleres y canteras de estos artistas y arquitectos. Están exactamente tal como los dejaron los viejos artistas, cientos de años atrás, cuando acudieron apresuradamente a la extremidad oriental de la isla donde, según la tradición, se trabó la batalla en la cual los invasores aniquilaron hasta el último de los isleños adultos. Y la súbita interrupción del trabajo de los artistas da una idea bien clara de lo que era un día ordinario de labor en las canteras de la isla de Pascua.

Las hachas de piedra de los escultores, duras como el pedernal, yacen tiradas en los lugares mismos de trabajo, y muestran que este pueblo civilizado era tan ignorante del uso del hierro como lo eran los escultores de Kon-Tiki cuando fueron arrojados del Perú, dejando detrás de ellos gigantescas estatuas de piedra similares a éstas en la meseta de los Andes. En ambos lugares pueden encontrarse las canteras donde el legendario pueblo de hombres blancos y barbudos cortaba bloques de diez o más metros de largo con primitivas herramientas de piedra aún más duras. Y en ambos sitios, los gigantescos bloques, de muchas toneladas de peso, eran transportados a varios kilómetros de distancia por terreno quebrado, hasta los lugares donde debían ser erigidos, ya como figuras humanas, ya para formar terrazas y murallas ciclópeas.

dar unos pasos, tuvo que soltarse los pantalones para asegurarse la corona de flores, que amenazaba caérsele; pero inmediatamente, con la guirnalda de soslayo, tenía que acudir de nuevo a los pantalones, que se le caían por su propio peso. La voluminosa dama que ejecutaba frente a él los pasos de *hula*, causaba tanta risa como Erik, y las lágrimas nos corrían por las barbas. Pronto todos los que estaban en el ruedo se detuvieron para contemplar el espectáculo; salvadas de cargadas retumbaban, bajo las palmeras al ver al «*hula Erik*» y a aquel peso pesado femenino ondulado por la pista. Al fin tuvieron que parar, porque tanto los cantores como los músicos tenían bastante trabajo con tenerse las ijadas.

La fiesta duró hasta bien avanzada la mañana, hora en que se nos concedió una breve pausa de descanso. Entonces tuvimos que estrechar otra vez la mano a cada uno de los ciento veintisiete habitantes de la isla. Durante el tiempo que permanecimos en ella, hicimos lo mismo con toda la población cada mañana y cada noche.

Habían traído seis camas de las otras cabañas, y las colocaron a lo largo de la pared en la casa comunal, y allí dormimos en fila, como los siete enanitos del cuento, con perfumadas guirnalda de flores que colgaban sobre nuestras cabezas.

Al día siguiente, el muchacho de seis años que tenía un absceso en la cabeza parecía haberse agravado; su temperatura subió a 41 grados y el absceso era del tamaño del puño y palpitaba dolorosamente.

Teka me dijo que habían perdido un buen número de niños en esta forma y que si nosotros no podíamos hacer algo por él, moriría probablemente en unos pocos días. Teníamos frascos de penicilina en tabletas del tipo nuevo, pero no sabíamos qué dosis podía resistir un niño, y si el pequeño moría por nuestro tratamiento, eso podría acarrearlos a todos serias consecuencias.

Knut y Torstein montaron nuevamente su radio y levantaron la antena entre las más altas palmeras. Cuando llegó la noche se puso en contacto con nuestros invisibles amigos Hal y Frank, que estaban en su casa de Los Ángeles. Frank llamó a un médico por teléfono y le dijo todos los síntomas y la lista de los medios con que contábamos en nuestro botiquín. Frank nos dio la respuesta del doctor y aquella noche fuimos a la pequeña cabaña donde estaba el enfermito, Haumata, deliran-

do por la fiebre y con la mitad del poblado sollozando y metiendo ruido junto a él.

Herman y Knut hacían de médicos, mientras nosotros teníamos más que suficiente con mantener a la gente afuera. La madre se puso histérica cuando nos vio con un afilado cuchillo y que pedimos agua hervida. Se le afeitó el cabello alrededor del absceso y éste fue abierto. El pus saltó casi hasta el techo y varios indígenas penetraron furiosos en la cabaña y tuvimos que echarlos afuera. Fue un momento grave. Durante dos días y sus noches, en que la fiebre estaba al máximo, el pequeño recibió tratamiento cada cuatro horas y se mantuvo el absceso abierto. Cada noche consultábamos al doctor de Los Ángeles. Un día, la temperatura del chico bajó súbitamente, el pus fue sustituido por plasma y comenzó a cicatrizar. A poco ya estaba el muchacho pidiéndonos que le enseñáramos fotografías del extraño mundo de los blancos, donde había automóviles, vacas y casas de varios pisos.

Una semana después, Haumata con una venda, en la cabeza, que pronto pudo quitarse, estaba jugando en la playa con los otros niños.

Resuelto felizmente este caso, surgieron dolencias por doquier. Los dolores de muelas y trastornos gastrointestinales estaban a la orden del día, y viejos y jóvenes tenían forúnculos en alguna parte. Nosotros enviábamos los pacientes a los doctores Knut y Herman, quienes ordenaban dietas y terminaron por vaciar nuestro botiquín de píldoras, tabletas y pomadas. Algunos fueron curados y ninguno se puso peor, y cuando el botiquín estuvo vacío prescribimos a las mujeres histéricas una dieta de avena y chocolate que surtía efectos maravillosos en ellas.

No habían pasado muchos días de nuestra estancia en la isla, cuando las festividades culminaron en una importante ceremonia. Íbamos a ser adoptados como ciudadanos de Raroia y a recibir nombres polinesios; yo no iba a llamarme Terai Mateata; así me podían llamar en Tahití, pero no aquí entre ellos.

Se colocaron seis banquitos para nosotros en el centro de la plaza y toda la población se congregó desde primera hora, para tener buenos sitios en el círculo. Teká se sentó solemnemente entre ellos; él era el jefe, pero no cuando se celebraban viejas ceremonias locales; en estos casos, Tupuhoe tomaba el mando.

Todos estaban sentados esperando, silenciosos y profundamente serios, mientras se

sombras llenas de gracia. El sordo palmoreo de las manos en el suelo, el canto y el estridente tambor fueron acelerando su compás, y la danza se fue también haciendo más y más salvaje, mientras los espectadores aullaban y aplaudían en ritmo perfecto.

Ésta era la vida tal como se conocía en los viejos días de los Mares del Sur. Titilaban las estrellas y ondulaban las palmeras. La noche era suave y apacible y estaba llena del perfume de las flores y canto de los grillos. Tupuhoe sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—¿*Maitai*? —me preguntó.

—Sí, *Maitai* —le contesté.

—¿*Maitai*? —les preguntó a los otros.

—*Maitai* —le contestaron todos con entusiasmo y su respuesta era realmente sincera.

—*Maitai* —dijo Tupuhoe señalándose a sí mismo; también él se divertía.

Aun el mismo Teka pensaba que era una fiesta magnífica y nos dijo que era la primera vez que hombres blancos habían asistido a sus danzas en Raroia.

El redoble del tambor iba en aceleración creciente a la vez que el palmoreo, el canto y el baile. De pronto, una de las bailarinas cesó de dar vueltas alrededor del círculo y se detuvo en un mismo lugar, ondulando las caderas a un ritmo terrible, con los brazos extendidos hacia Herman. Éste se sonrió como un tonto, detrás de sus barbas; no sabía cómo tomarlo.

—Anda, muchacho, no la desaires —le susurré—. Tú eres un buen bailarín.

Y con infinito contento de la multitud, Herman saltó a la pista y medio agachado trató de seguir los difíciles movimientos y ondulaciones de la *hula*. El júbilo era sin límites. Enseguida, Bengt y Torstein saltaron a la pista, esforzándose, hasta chorrearles el sudor por la cara, en seguir el compás, que entre tanto fue subiendo a un ritmo frenético, y quedaron sólo el tambor, batiendo en un trémolo prolongado, y las tres verdaderas bailarinas *hula*; temblando como hojas de álamo, hasta que al final se desplomaron y los redobles terminaron bruscamente.

La noche era nuestra; el entusiasmo no tenía límites.

El siguiente número del programa fue la danza de los pájaros, una de las más antiguas ceremonias de Raroia. Hombres y mujeres, en dos filas, saltaban hacia adelante en una danza rítmica, imitando bandadas de pájaros guiados por un jefe. El danzarín que iba a la cabeza tenía el título de jefe de los pájaros y hacía curiosos movimientos, sin mezclarse con los otros bailarines. Terminada la danza,

Tupuhoe explicó que había sido ejecutada en honor de la balsa y que sería repetida, pero que el director del baile debía ser yo.

Como a mí me había parecido que el principal cometido del director del baile era lanzar aullidos salvajes, dar saltos, mover las caderas y curvar los brazos sobre la cabeza, me ajusté bien la corona de flores y entré en acción. Mientras yo me contorsionaba en la danza, vi que Tupuhoe se reía hasta casi caerse del banquillo y que la música se iba apagando porque cantores y músicos seguían el ejemplo de Tupuhoe.

En este momento todo el mundo quería bailar, lo mismo los viejos que los jóvenes, y pronto reaparecieron el tambor y los que golpeaban el suelo con las manos, marcando el ritmo para una danza desenfrenada. Las muchachas salieron a la pista las primeras e iniciaron el baile a un ritmo que se fue acelerando, hasta un compás salvaje, y entonces todos fuimos invitados a bailar por turno, a la vez que entraban en la pista nuevas parejas de hombres y mujeres, dando golpes con los pies y ondulando las caderas cada vez más rápidamente.

Pero a Erik no había manera de hacerlo salir. Las corrientes de aire y la humedad de la balsa habían revivido su desaparecido lumbago y permanecía sentado como un viejo capitán de buque, tieso y barbudo, fumando su pipa. Las invitaciones y arrumacos de las muchachas no le hacían la menor impresión. Llevaba unos pantalones de piel de carnero que solía usar en las noches más frías en la corriente de Humboldt, y con su gran barba y medio cuerpo desnudo, sentado bajo las palmeras, parecía un fiel retrato de Robinson Crusoe. En vano trataron de tentarlo muchacha tras muchacha, a cual más preciosa. Seguía sentado gravemente, chupando de su pipa, con la guirnalda de flores sobre la maraña de su pelo.

Pero entonces una matrona gorda y musculosa entró en la pista y ejecutó unos pasos de *hula* más o menos graciosos, dirigiéndose resueltamente a donde estaba Erik. Éste se alarmó, pero la matrona le sonrió tentadoramente, y tomándolo de un brazo con firmeza, lo levantó de su banquito. Los cómicos pantalones de Erik tenían la lana por dentro y la piel por fuera, pero en la parte posterior aparecía un pequeño desgarró por donde se proyectaba hacia fuera un poco de lana, como el rabo de un conejo. Erik salió de mala gana, cojeando, con una mano sujetándose los pantalones y con la otra la pipa. Cuando trató de

Muchas figuras enormes y sin terminar están todavía donde fueron comenzadas, en sus nichos, en la pared del cráter de la isla de Pascua, y muestran en diferentes etapas cómo se hacía el trabajo. La figura humana mayor, que estaba ya casi terminada cuando los escultores tuvieron que huir, tenía 22 metros de largo; si hubiera sido concluida y levantada, la cabeza de este coloso de piedra habría estado al nivel de un edificio de ocho pisos. Cada figura estaba esculpida en un solo bloque de piedra, y los nichos de trabajo para los escultores muestran que no laboraban muchos hombres al mismo tiempo alrededor de las estatuas. Echadas de espaldas, con los brazos doblados y las manos colocadas sobre el abdomen, exactamente como los colosos de piedra en Sudamérica, las figuras de la isla de Pascua eran terminadas hasta sus menores detalles antes de ser sacadas del taller y transportadas a los sitios que se les había destinado en diferentes lugares de la isla. En la última etapa, dentro de la cantera, el gigante estaba adherido a la roca sólo por una delgada cresta o arista bajo la espalda; al final, ésta era también cortada, mientras el coloso reposaba sobre grandes piedras. Muchas de estas figuras eran arrastradas al fondo del cráter y erigidas allí mismo, pero cierto número de los mayores colosos eran subidos por la pared del cráter y desde allí transportados a muchos kilómetros de distancia, sobre un terreno difícil, antes de ser erigidos en una plataforma de piedra y de serles puesta sobre las cabezas una colosal piedra volcánica de color rojizo. El transporte podría parecer por sí mismo un misterio, pero su realidad es innegable, como también que los desaparecidos arquitectos del Perú dejaron en las montañas de los Andes colosos de piedra de tamaño igual, lo que demuestra que eran expertos consumados en esta técnica. Aunque los monolitos son mayores y más numerosos en la isla de Pascua y los escultores lograron adquirir en ella un estilo individual, la misma desaparecida civilización levantó gigantescas estatuas similares de figura humana en muchas de las islas del Pacífico más cercanas a América, y en todas partes los monolitos eran llevados al lugar de su emplazamiento desde canteras lejanas. He oído leyendas en las Marquesas sobre la forma en que eran manipuladas las piedras gigantes, y como se corresponden exactamente con las historias indígenas sobre el transporte de los pilares de piedra del enorme portal de Tongatabu, puede colegirse que el mismo

pueblo empleaba idéntico método con las columnas en la isla de Pascua.

El trabajo de los escultores en los nichos les llevaba mucho tiempo, pero sólo eran necesarios algunos expertos. En cambio, el transporte de la estatua una vez terminada era ejecutado con mayor rapidez, pero requería grandes cantidades de gente. La pequeña isla de Pascua era entonces rica en pescado y totalmente cultivada, con grandes plantaciones de batatas peruanas, y los peritos creen que la pequeña isla, en los días de su mayor auge, pudo mantener una población de siete u ocho mil habitantes. Se calcula que se necesitaban alrededor de mil hombres para subir las estatuas desde el cráter por la empinada pendiente hasta el borde, y solamente quinientos para transportarlas por el campo.

Hacían cables fuertes y duraderos trenzando cortezas y fibras vegetales; usando armazones de madera, la multitud tiraba de los colosos y los hacía rodar sobre troncos y piedras que lubricaban con raíces de taro. Es bien conocida la maestría de estos antiguos pueblos en la manufactura de cuerdas y cables en las islas de los Mares del Sur, y más aún en el Perú, donde los primeros europeos encontraron puentes colgantes de más de cien metros, tendidos sobre torrentes y precipicios por medio de cables trenzados, del grosor de la cintura de un hombre.

Cuando los colosos de piedra habían llegado a su emplazamiento y tenían que ser erigidos, se presentaba el segundo problema. La multitud construía un plano inclinado provisional de piedra y arena, y tiraba del gigante por el lado de pendiente más suave, con las piedras por delante. Cuando la estatua había llegado a la parte alta, donde terminaba el suave plano inclinado y principiaba el otro casi vertical, hacíase descender el monolito sobre el borde o arista que separaba ambos planos, de modo que los pies cayeran dentro de un agujero previamente hecho. Como todo este dispositivo quedaba intacto y la cabeza rozaba con su parte posterior la cumbre del plano inclinado, rodaban hacia arriba un cilindro adicional de piedra, que colocaban sobre la cabeza de la estatua, y sólo entonces quitaban la rampa. Algunos planos inclinados como el descrito se encuentran todavía listos para su uso en diferentes lugares de la isla de Pascua, esperando las figuras que nunca llegaron. La técnica era admirable, pero de ninguna manera misteriosa, si dejamos de subestimar la inteligencia de los hombres

de aquellos tiempos y pensamos en la cantidad de tiempo y el inmenso potencial humano de que disponían.

Pero ¿para qué hacían estas estatuas? ¿Y por qué era necesario ir a canteras que quedaban a siete kilómetros de distancia de los talleres del cráter, a fin de encontrar una clase especial de piedra roja para ponerla sobre las cabezas de las figuras? Tanto en Sudamérica como en las islas Marquesas, toda la figura era a menudo de esta piedra roja, y los indígenas iban a grandes distancias para conseguirla. Tanto en el Perú como en la Polinesia era un rasgo muy importante el tocado rojo para personas de alto rango.

Veamos primero a quién representan las estatuas. Cuando los primeros europeos visitaron la isla, vieron misteriosos «hombres blancos» en las playas y, contrariamente a lo que ocurre en esta clase de pueblos, encontraron hombres con luengas barbas; eran los descendientes de mujeres y niños que pertenecían a la primera raza de la isla y que habían sido respetados por los invasores. Los indígenas mismos declaran que algunos de sus antepasados eran blancos y que otros eran morenos. Calculaban con toda precisión que estos últimos habían emigrado de otras islas de la Polinesia unas veintidós generaciones antes, mientras que los primeros habían venido de Oriente en grandes barcas hacía cosa de unas cincuenta y siete generaciones, es decir, entre el año cuatrocientos y el quinientos de nuestra era. A la raza que había venido desde Oriente la llamaban los «orejas largas», porque se alargaban artificialmente las orejas colgándose de los lóbulos pesados aretes hasta hacerlas llegar a los hombros. Estos eran los misteriosos «orejas largas» que fueron asesinados cuando los «orejas cortas» vinieron a la isla. Ahora bien, todas las figuras de piedra de la isla de Pascua tienen las orejas alargadas hasta los hombros, como las tenían los escultores mismos. Es más, las leyendas de los incas en el Perú dicen que el Rey-Sol, Kon-Tiki, gobernaba un pueblo de blancos con barba que eran llamados por los incas «orejones», porque tenían las orejas artificialmente alargadas hasta llegarles a los hombros. Los incas insistían mucho en que habían sido los «orejones» de Kon-Tiki los que erigieron los abandonados colosos en las montañas de los Andes, antes de ser exterminados o arrojados por los incas mismos en la batalla empeñada en una isla del lago Titicaca.

Resumiendo: los «orejones» de Kon-Tiki desaparecieron del Perú hacia Occidente con

amplísima experiencia en el trabajo de esculpir colosales estatuas de piedra, y fue de Oriente de donde llegaron a la isla de Pascua los «orejas largas» blancos de Tiki, que eran a su vez expertos en el mismo arte, el cual aplicaron inmediatamente con absoluta perfección, pues no se encuentra en la isla de Pascua ni el menor rastro de una evolución que culmine en las obras maestras encontradas allí.

Hay a menudo un parecido mayor entre las estatuas de piedra de Sudamérica y las de ciertas islas de los Mares del Sur, que el que existe entre los monolitos de las diferentes islas de esta zona comparados unos con otros. En las islas Marquesas y en Tahití, tales monolitos eran conocidos con el nombre genérico de Tiki, y representaban antepasados venerados en la historia de las islas, a quienes se había conferido el rango de dioses después de su muerte. Aquí reside, indudablemente, la explicación de los curiosos sombreros de piedra roja en los monolitos de la isla de Pascua. Como se ha dicho, en la época de las exploraciones europeas existían esparcidos en todas las islas de la Polinesia individuos y familias enteras de cabello rojizo y piel clara, y los isleños mismos declaraban que eran éstos los que descendían de la primera raza blanca de las islas. En ciertas islas se celebraban festivales religiosos, en los cuales los participantes se pintaban la piel de color blanco y los cabellos de rojo, a fin de parecerse a sus antepasados. En las ceremonias anuales en la isla de Pascua, la persona que encabeza el festival se corta completamente el cabello para poder pintarse de rojo la cabeza. Y los colosales tocados de piedra de las gigantescas estatuas de la isla de Pascua estaban labrados en la forma típica del estilo local de peinado, con un moño redondo en la parte superior, exactamente como el tradicional moño llevado por los hombres en el centro de la cabeza. Las estatuas de la isla de Pascua tienen las orejas largas porque los escultores mismos las tenían alargadas. Les ponían pelucas de una piedra roja especial porque ellos mismos tenían cabellos rojos. Les tallaban la barba proyectada en punta porque los escultores mismos usaban barba. Tenían la fisonomía típica de la raza blanca, con nariz recta y afilada, y labios delgados, porque los escultores no pertenecían a la raza indonesia. Y cuando construían las estatuas con la cabeza grande y las piernas pequeñas, y con las manos puestas sobre el abdomen, era precisamente porque así

Mientras el viejo estaba interesado en hablar de Tiki y rongo-rongo, los jóvenes querían oír del tiburón ballena y el viaje por el mar, pero la comida esperaba y Teka estaba cansado de traducir.

Antes de la comida se permitió a toda la población acercarse y estrechar la mano de cada uno de nosotros; los hombres murmuraban: «*la-ora-na*», y casi nos dislocaban la mano, mientras que las muchachas, aunque tímidas, venían contoneándose coquetamente a saludarnos, y las viejas parlanchinas señalaban nuestras barbas y el color de nuestra piel, cacareando interminablemente. Era fácil ver la más amistosa expresión en todas las caras, de manera que no tenía importancia la batahola lingüística. Si nos decían algo incomprendible en polinesio, les dábamos la respuesta en noruego, y todos nos divertíamos a más no poder. La primera palabra nativa que aprendimos fue la correspondiente a «gusta»; con esto, no teníamos sino que señalar una cosa y decir la palabra para conseguirla al instante; era sencillísimo. Si uno arrugaba la nariz al mismo tiempo que decía la palabra «gusta», quería decir lo contrario, y sobre esta base lo pasamos divinamente.

Tan pronto como fuimos sido presentados a los ciento veintisiete habitantes de la isla, se extendió una gran mesa para los dos jefes y nosotros seis, y las muchachas del pueblo se acercaron trayendo las más deliciosas viandas. Mientras unas arreglaban la mesa y nos servían, otras venían y nos colgaban del cuello guiraldas de flores, poniéndonos también pequeñas coronas en la cabeza. Éstas exhalaban un delicado perfume y refrescaban nuestra frente en aquel calor. Así comenzó una fiesta de bienvenida que sólo terminó cuando salimos de la isla, varias semanas después. Los ojos se nos abrían como naranjas y se nos hacía agua la boca cuando mirábamos las mesas cargadas de jugosos cochinitos, gallinas y patos asados, langostas frescas, platos polinesios de pescado, frutos del árbol del pan, frutas y agua de coco. Mientras atacábamos las viandas, la fiesta era amenizada con las canciones *hula* que cantaba la multitud y con el baile de preciosas muchachas que daban alrededor de la mesa.

Los muchachos se reían y se divertían de lo lindo viendo nuestra apariencia, a cual más absurda, con nuestras grandes barbas y las guiraldas y las coronas de flores. ¡Y cómo tragábamos, como si estuviéramos muertos de hambre! Los dos jefes estaban gozando de la vida con tanta alegría como nosotros mismos.

Después de la comida hubo baile *hula* en grande. La aldea deseaba mostrarnos sus danzas locales. Se trajeron barquitos para Teka, Tupuhoe y nosotros seis, junto a la orquesta, y entonces avanzaron los guitarristas, se sentaron en cuclillas y comenzaron a tocar genuinas melodías de los Mares del Sur. Dos filas de bailarines, hombres y mujeres con susurrantes faldas de hojas de palma prendidas a las caderas, avanzaron deslizándose ondulantes por entre el círculo de espectadores que cantaban en cuclillas. Tenían por director de canto un vivaz y animoso *vahine*; era gordo y le faltaba un brazo, arrancado por un tiburón.

Al principio, los bailarines parecían algo teatrales y nerviosos, pero cuando vieron que los hombres blancos de la *pae-pae* no fruncían las narices ante las danzas de sus antepasados, el baile se fue animando más y más. Algunos de los viejos entraron también al baile; tenían un espléndido sentido del ritmo y podían bailar danzas que evidentemente ya no eran usuales. Cuando el Sol se hundió en el Pacífico, la danza se volvió aún más llena de vida y el aplauso de los espectadores cada vez más espontáneo. Se habían olvidado de que nosotros éramos extranjeros; ahora éramos seis de los suyos que participábamos de la alegría común.

El repertorio era infinito; una exhibición segura a la otra, cada una más fascinante. Finalmente, un grupo de hombres jóvenes se sentó en cuclillas en un estrecho círculo alrededor nuestro y, a una señal de Tupuhoe, comenzaron a golpear rítmicamente el suelo con la palma de las manos. Primero lentamente, después más rápido, y el ritmo se iba haciendo más perfecto, cuando de pronto se le juntó un tambor para acompañarlos y comenzó a tocar a un compás furioso con dos palillos en un bloque de madera ahuecada, que emitía un sonido estridente e intenso. Cuando el ritmo alcanzó el canto, y de repente saltó a la pista una muchacha *hula*, con una guirnalda, de flores alrededor del cuello y flores en una oreja. Seguía el compás de la música con los pies desnudos y las rodillas dobladas, ondulando rítmicamente las caderas y encorvando los brazos sobre la cabeza en el más puro estilo polinesio. Bailaba espléndidamente, y al poco tiempo toda la concurrencia estaba marcando el compás con las palmas. Saltó una nueva muchacha a la pista, y después otra. Se movían con increíble agilidad en perfecto ritmo, deslizándose una tras otra como tres

era un hombre mortal, un gran jefe correo Teka y Tupuhoe, quizá más grande aún.

Estas palabras produjeron entusiasmo y gran contento entre los morenos, y los rumores y movimientos demostraban que mi explicación había caído en buen terreno. Tiki había vivido, esto era lo esencial. Si estaba ahora en el infierno, peor para él. Al fin y al cabo, sugirió Tupuhoe, quizá así tengamos mejor oportunidad de verlo alguna vez.

Tres viejos se adelantaron y quisieron estrecharnos la mano. No cabía duda de que eran ellos los que habían mantenido viva la memoria de Tiki entre su pueblo, y el jefe nos dijo que uno de los tres conocía una enorme cantidad de tradiciones y de baladas históricas del tiempo de sus antepasados. Le pregunté al viejo si entre sus tradiciones existía alguna que señalara la dirección en que habla venido Tiki. No, ninguno de los tres lo había oído. Pero después de larga y cuidadosa reflexión, el más viejo de ellos dijo que Tiki tenía un pariente cercano que trajo consigo y que se llamaba Maui, y que en la balada de Maui se decía que había venido a las islas desde Pura, y *Pura* es la palabra que indica la parte del cielo por donde se levanta el Sol. Si Maui vino de Pura, dijo el viejo, no hay duda de que Tiki vino del mismo sitio. Lo que sí era indudable es que nosotros seis habíamos venido de Pura.

Le dije al viejo que en una isla solitaria cercana a la de Pascua, llamada Maregareva, la población no había aprendido aún el uso de las canoas y que ahora mismo, en nuestro tiempo, continuaban usando grandes *pae-paes* en el mar. Esto no lo sabía el viejo, pero sí sabía que sus antepasados habían usado *pae-paes*, las cuales fueron gradualmente cayendo en desuso hasta no quedar de ellas sino el nombre y la tradición.

—En tiempos más lejanos los llamaban *rongo-rongo*—dijo el más viejo—, mas ésta es una palabra que ya no existe en nuestra lengua. Pero las leyendas más antiguas hablan de rongo-rongo.

Este nombre era interesante, porque *Rongo*, que en ciertas islas se pronuncia *Lono*, era el nombre de uno de los antepasados legendarios mejor conocidos de la Polinesia. Se lo describía expresamente como blanco y rubio. Cuando el capitán Cook llegó por primera vez a Hawai, fue recibido con los brazos abiertos por los isleños, pues pensaron que era su pariente Rongo, quien después de una ausencia de varias generaciones había vuelto de la tierra de sus antepasados en su gran buque, de vela. Y en la isla de Pascua, rongo-rongo es el nombre de los misteriosos jeroglíficos cuyo secreto se perdió con el último «orejón» que sabía leerlos.



estaban acostumbrados a hacerlas en Sudamérica. El único adorno ostentado por las figuras de la isla de Pascua es un cinturón, que no falta nunca, tallado alrededor de la cintura. El mismo cinturón simbólico se encuentra en todas las estatuas de las antiguas ruinas de la ciudad de Kon-Tiki en el lago Titicaca. Es el emblema legendario del dios Sol, el cinturón del arco iris. Había un mito en la isla de Mangareva, según el cual el dios Sol se había quitado su cinturón mágico, que era el arco iris, y había bajado del cielo a Mangareva para poblar la isla con sus niños de piel blanca. El Sol era considerado el más antiguo antepasado en todas estas islas, como lo era en el Perú.

Acostumbráramos sentarnos en cubierta bajo el cielo estrellado y repetir la extraña historia de la isla de Pascua, aun cuando nuestra propia balsa nos llevaba directamente al corazón de la Polinesia, de manera que no veríamos de esta isla remota sino su nombre en la carta. Pero esta isla está tan llena de huellas del Oriente, que hasta su nombre es significativo.

La isla de «Pascua» aparece denominada así en la carta porque un afortunado holandés la «descubrió» un domingo de Pascua, y hemos olvidado que los indígenas mismos que ya vivían allí tenían nombres más significativos e instructivos para su tierra. Esta isla tiene no menos de tres nombres en la lengua polinesia.

Uno de ellos es «Tepito-te-Henua», que significa «ombligo de las islas». Este sugestivo nombre la coloca claramente en una posición especial en relación con las otras islas más occidentales y, según los polinesios, es la más antigua designación de la isla de Pascua. En el lado oriental de la isla, cerca del tradicional sitio de desembarco de los primeros «orejones», hay una esfera de piedra cuidadosamente labrada, a la que llaman «ombligo dorado» y es, a su vez, considerada como el ombligo de la isla misma. Cuando la poética imaginación de los primitivos polinesios hizo labrar este ombligo precisamente en la costa oriental y seleccionaron la isla más cercana al Perú como el ombligo de las miríadas de islas más a Occidente, esto tenía una significación simbólica. Y cuando consideramos que la tradición polinesia se refiere al descubrimiento de las islas como a su «nacimiento», entonces esto es ya más que una sugestión de que la isla de Pascua era considerada como el ombligo simbólico de las islas, es decir, el eslabón de enlace entre ellas y la tierra madre original.

El segundo nombre de la isla de Pascua es «Rapa-Nui», que quiere decir «Gran Rapa». «Rapa-Iti», o «Pequeña Rapa», es otra isla del mismo tamaño que está situada muy lejos al oeste de la isla de Pascua. Ahora bien, es una costumbre muy natural de todos los pueblos llamar a su tierra original «Gran...», y a la que se descubre o habita posteriormente, «Pequeña...» o «Nueva...», aun cuando los lugares sean del mismo tamaño; y en «Pequeña Rapa» los nativos han mantenido muy firmemente la tradición de que los primeros habitantes de la isla vinieron de la «Gran Rapa», isla de Pascua, que es hacia el Oriente la más cercana a América. Esto parece, pues, señalar directamente una inmigración original venida de Oriente.

El tercero y último nombre de esta isla clave es «Mata-Kite-Rani», o sea, «El ojo (que mira hacia) el cielo». A primera vista, esto es un tanto enigmático, puesto que la isla de Pascua es relativamente baja y no mira al cielo más que otras islas más altas; por ejemplo: Tahití, las Marquesas, Hawaii. Pero «Rani», cielo, tiene un doble significado para los polinesios; es también el viejo país original de sus antepasados, la tierra santa del dios Sol, el reino de las montañas abandonado por Tiki, y es muy significativo que ellos hayan llamado justamente a la isla más oriental entre todos los millares de islas en el océano «El ojo que mira hacia el cielo». Y es aún más sorprendente saber que el nombre «Mata-Rani», que significa en polinesio «el ojo del cielo», es también el nombre de un antiguo lugar en el Perú, que está en la costa del Pacífico opuesta a la isla de Pascua, y justamente al pie de la arruinada ciudad de Kon-Tiki en la altiplanicie de los Andes.

La fascinante isla de Pascua nos proporcionaba muchos temas de conversación mientras estábamos sentados en cubierta bajo el cielo estrellado, sintiéndonos copartícipes de toda la prehistórica aventura. Parecía como si, desde los días de Tiki, no hubiéramos hecho sino flotar en el mar bajo el sol y las estrellas buscando tierra.

Ya no teníamos el mismo respeto por las olas y el mar. Los conocíamos y sabíamos sus relaciones con nosotros en la balsa. Hasta el tiburón había entrado a formar parte de nuestra vida diaria; también lo conocíamos a él y sus reacciones. Ya no pensábamos en el arpon de mano y ni siquiera nos movíamos del borde de la balsa cuando un tiburón pasaba a nuestro lado. Al contrario, sentíamos el

deseo de cogerlo con la mano por la aleta dorsal mientras se deslizaba imperturbable al costado de los troncos, y esto se convirtió finalmente en una nueva forma de deporte: la captura de un tiburón sin necesidad de cordel de pescar.

Principiamos muy modestamente. Cogíamos con demasiada facilidad más dorados de los que podíamos comer. Para mantener una forma usual de diversión sin desperdiciar alimento, comenzamos una cómica pesca sin anzuelo, que nos entretenía tanto a nosotros como a los dorados. Amarrábamos a un cordel los peces voladores que no necesitábamos y los arrastrábamos por la superficie del agua; los dorados venían como disparados, cogían el cebo y comenzábamos a tirar cada uno por su lado, en un bonito número de circo; si un dorado abandonaba la presa, venía otro a sustituirlo. Nosotros nos divertíamos y los dorados, al final, se llevaban el pescado.

Entonces comenzamos el mismo juego con los tiburones. Poníamos en el extremo del cordel un gran pedazo de pescado o una bolsa con desperdicios de comida. En lugar de dar-

se la vuelta sobre el dorso como acostumbra, venían con el hocico en alto, fuera del agua, con las mandíbulas abiertas, nadando directamente hacia la carnada. No podíamos resistir la tentación de tirar del cordel en el momento en que el tiburón iba a cerrar la tremenda bocaza, y entonces el engañado bicho nadaba con una indecible expresión de estúpida paciencia y abría otra vez las mandíbulas detrás de los desperdicios que saltaban fuera de la bocaza cada vez que intentaba trágárselos. La cosa terminaba con el tiburón viniendo directamente a los troncos y saltando como un perro pedigüño que implorara la comida que nosotros manteníamos tentadoramente sobre su nariz. Era como dar de comer a un hipopótamo con la boca abierta en un parque zoológico. Un buen día de fines de julio, a los tres meses de estar a bordo de la balsa, hicimos la siguiente anotación en nuestro diario:

«Hemos hecho amistad con el tiburón que nos ha seguido hoy. A la hora de la cena le dimos de comer desperdicios que pusimos dentro de su bocaza abierta. Hacía el efecto



La casa comunal del poblado era un gran edificio de planchas que se levantaba solitario entre las palmeras; allí íbamos a alojarnos los seis blancos. Entramos en ella con la bandera por una pequeña puerta trasera y volvimos a salir por la principal y nos encontramos en una amplia escalinata delante de la fachada. Frente a nosotros, en la plaza, estaba toda la población de la aldea; todos los que podían andar o arrastrarse, mujeres y niños, viejos y jóvenes. Todos estaban impresionantemente serios; aun nuestros entusiastas amigos de la isla de Kon-Tiki estaban de pie y no dieron ninguna señal de habernos reconocido.

Cuando todos estuvimos formados en la escalinata, la asamblea entera abrió simultáneamente las bocas y rompió a cantar... ¡la Marsellesa! Teka, que sabía la letra, dirigía el canto, y lo hacían bastante bien, aparte algún gallo que ciertas mujeres viejas dejaban escapar al atacar las notas altas. Se habían entrenado de firme para esta escena. Las banderas francesa y noruega fueron izadas frente a la escalinata, y con esto el jefe Teka dio por terminada la recepción oficial. Teka se retiró discretamente a un segundo plano y entonces el grueso Tupuhoe se adelantó y se convirtió en el maestro de ceremonias. A una rápida señal suya, toda la asamblea rompió en un nuevo canto. Esta vez salió mejor, porque tanto la música como la letra habían sido compuestas por ellos mismos, y ¡vaya si sabían cantar su propia *hula*! La melodía era tan fascinante en su conmovedora sencillez, con el rugido del mar que le hacía de fondo, que un escalofrío nos recorrió la espalda. Unos pocos individuos dirigían la canción y el coro entero se les juntaba a intervalos regulares. La melodía tenía variaciones, aun cuando las palabras eran las mismas.

«Buenos días, Terai Mateata, a ti y a tus hombres, que han venido a través del mar en *pae-pae* hasta nosotros en Raroia. Sí, buenos días, y ojalá permanezcan largo tiempo entre nosotros y compartan sus recuerdos con nosotros, para que podamos estar siempre juntos aun después de su partida a tierras lejanas. Buenos días.»

Les tuvimos que pedir que cantaran nuevamente la canción, y la asamblea se iba animando más y más a medida que iban perdiendo timidez. Cuando terminaron, Tupuhoe me pidió que dirigiera unas palabras al pueblo diciéndole por qué habíamos venido a través del mar en una *pae-pae*; todos lo estaban esperando. Tenía que hablar en francés para que Teka tradujera palabra por palabra.

La oscura multitud allí reunida que esperaba mis palabras era, desde luego, inculta, pero de una gran inteligencia natural. Yo les dije que había estado antes entre sus compatriotas en las islas del Pacífico y que allí oí hablar de su primer jefe Tiki, que había traído con él a sus antepasados a estas islas desde un país misterioso cuyo emplazamiento ya nadie recordaba. Pero que en una tierra distante llamada Perú, había gobernado una vez un jefe poderoso cuyo nombre era Tiki. El pueblo lo llamaba entonces Kon-Tiki, o Sol-Tiki, porque él decía que era hijo del Sol. Tiki y un cierto número de sus adeptos habían desaparecido un día de su país en grandes *pae-paes*; por eso los seis pensamos que debía ser el mismo Tiki que había venido a estas islas y, como nadie creía posible hacer el viaje a través del mar en *pae-pae*, nosotros habíamos salido del mismo Perú en *pae-pae*, y allí estábamos, demostrando que efectivamente pudo Tiki haber hecho el mismo viaje.

Cuando el pequeño discurso fue traducido por Teka, Tupuhoe era todo fuego y llamas. De un salto se plantó frente a la asamblea en estado de éxtasis. Comenzó a hablar en polinesio, blandiendo sus armas, señalando al cielo y a nosotros y en el torrente de sus palabras repetía constantemente el nombre de Tiki. Hablaba tan rápido que era imposible seguir el hilo de lo que decía, pero toda la audiencia devoraba sus palabras y estaba vivamente excitada. Teka parecía, al contrario, muy confundido cuando tuvo que traducir el discurso.

Tupuhoe había dicho que su padre y su abuelo y los padres de éstos, antes que ellos, habían hablado de Tiki, diciendo que era su primer jefe y que estaba ahora en el cielo. Pero entonces vinieron los hombres blancos y dijeron que las tradiciones de sus antepasados eran mentiras: que Tiki nunca había existido, que no estaba en el cielo porque allí estaba Jehová, que Tiki era un dios pagano y que ya no debían creer en él. Pero ahora nosotros seis habíamos venido en una *pae-pae*. Éramos los primeros blancos que admitíamos que sus padres habían dicho la verdad. Tiki existió, fue un hombre real, pero ahora estaba muerto y en el cielo.

Horrorizado con el pensamiento de haber echado por tierra todo el trabajo de los misioneros, tuve que adelantarme nuevamente y explicar que Tiki había existido; esto era cierto y seguro, como también que ahora estaba muerto. Pero que si estaba en el cielo o en el infierno, yo no lo podría saber. Y volví a repetirle que

fueron irremediablemente arrastrados, mientras ella saltaba a regular velocidad por encima del arrecife y dentro de la laguna. Pareció desconcertarse ligeramente al alcanzar aguas tranquilas, como si oteara a su alrededor en busca de futuras posibilidades. Antes de que comenzara a moverse otra vez y descubriera la salida a través de la laguna, los indígenas habían conseguido amarrar el extremo del cabo a una palmera de la isla. Y allí quedó la «Kon-Tiki» amarrada dentro del inmenso remanso. La embarcación que había viajado por mar y tierra, se había abierto paso a través de la barricada hasta entrar en el interior de la laguna de Raroia.

Al son de alegres gritos de guerra, entre los que resaltaba el estribillo *Keke-te huru-huru*, tiramos de la «Kon-Tiki» en un esfuerzo combinado hasta vararla en la playa de la isla que llevaba su nombre. La marea subió metro y medio sobre el nivel normal del agua en la laguna. Creíamos que la isla entera iba a desaparecer ante nuestros ojos.

Las olas, azotadas por el viento, rompían en toda la extensión de la laguna y no pudimos meter gran cosa de nuestro equipo en las estrechas canoas. Los nativos tenían que regresar a su isla apresuradamente, y Bengt y Herman fueron con ellos para ver a un niño que estaba muriéndose en una cabaña de la aldea. El muchacho sufría un absceso en la cabeza y nosotros teníamos penicilina.

Al día siguiente estuvimos solos los cuatro en la isla Kon-Tiki. El viento del Este era tan fuerte que los indígenas no podían cruzar la laguna, que estaba tachonada de cortantes formaciones de coral y bancos de arena. La marea, que había bajado un poco, volvió a inundar fieramente la laguna en largos escalones de olas que se sucedían velozmente.

Al día siguiente todo estaba en calma otra vez. Pudimos entonces inspeccionar el fondo de la «Kon-Tiki» y cerciorarnos de que los nueve troncos estaban intactos, si bien es cierto que el arrecife había arrancado unos seis centímetros del fondo. Los cabos habían penetrado tan profundamente dentro de la madera, que solamente cuatro de ellos habían sido cortados por los corales. Nos pusimos a limpiar la cubierta. Nuestra orgullosa embarcación tomó un mejor aspecto cuando hubimos quitado todos los escombros, enderezado la caseta, que parecía un acordeón, y empalmado el mástil poniéndolo derecho.

En el transcurso del día reaparecieron las velas en el horizonte; los indígenas volvían

para llevarnos a nosotros y el resto de la carga. Herman y Bengt venían con ellos y nos contaron que se habían preparado grandes festejos en la aldea. Cuando nos íbamos acercando a su isla, fuimos advertidos de que no deberíamos abandonar las canoas hasta que el jefe en persona lo indicara.

Empujados por una fuerte brisa cruzamos la laguna, que tenía aquí siete millas de ancho. Con verdadera tristeza vimos cómo las familiares palmeras de nuestra isla nos decían adiós con el suave movimiento de sus penachos, mientras poco a poco se encogían y esfumaban en la distancia, hasta que la isla entera se convirtió en una mancha indefinible, como las otras del lado oriental. Pero frente a nosotros se iban perfilando otras islas mayores, que crecían por minutos. Y en una de ellas vimos columnas de humo que se levantaban de las cabañas, por entre los troncos de palmera.

El poblado parecía muerto; no se veía ni un alma. ¿Qué se estaba preparando allí? Abajo, en la playa, tras un dique de bloques de coral, estaban de pie dos figuras solitarias, una alta y delgada y la otra rechoncha como un barril. Cuando llegamos los saludamos: eran el jefe Teka y el vicejefe Tupuhoe. La amplia y simpática sonrisa de Tupuhoe nos cautivó a todos. Teka era un cerebro brillante y un diplomático, pero Tupuhoe era un puro hijo de la naturaleza y un carácter angelical, con un sentido del humor y una fuerza primitiva como raras veces es dado encontrar en una misma persona. Con su cuerpo atlético y su fisonomía de rey, era exactamente lo que uno espera encontrar como prototipo de un jefe polinesio. Tupuhoe era el legítimo jefe de la isla, pero Teka había ido adquiriendo gradualmente una posición preponderante, porque sabía hablar francés, contar y escribir, e impedía que la aldea fuera engañada cuando llegaba la goleta de Tahití, para recoger la copra.

Teka explicó que debíamos marchar juntos hasta la casa comunal. Cuando todos los muchachos hubieron desembarcado, nos dirigimos allá formados en procesión, Herman delante, saludando con la bandera puesta en la caña de un arpón, y detrás yo, entre los dos jefes.

La aldea ostentaba en verdad huellas de su comercio con Tahití. Se habían importado en la goleta tablas y planchas de zinc. Mientras algunas cabañas eran de un pintoresco estilo antiguo, hechas de ramas y hojas de palmera tejidas, otras estaban armadas con planchas y clavos como pequeños bungalows tropicales.

de un perro mitad bravo y mitad amigo cuando nadaba a nuestro lado. No se puede negar que los tiburones pueden parecer agradables y de buen natural, mientras no se meta uno dentro de sus mandíbulas. Por lo menos encontramos divertido tenerlos alrededor, excepto cuando estamos bañándonos».

Un día teníamos una bolsa de comida para los tiburones atada con un cabo a una caña de bambú, y ya estábamos listos para la diversión, cuando vino una ola y se llevó la caña. Estaba ésta flotando a unos doscientos metros de la popa cuando, súbitamente, se puso vertical y vino corriendo detrás de la balsa como si intentara regresar a su sitio nuevamente. Cuando la caña de pescar llegó así, levantada, junto a nosotros, vimos un tiburón de tres metros nadando debajo de ella, que sostenía la caña hacia arriba como un periscopio. El tiburón se había tragado la bolsa de comida sin cortar el hilo, y la caña, después de pasarnos lentamente, desapareció hacia adelante.

Pero si bien es verdad que gradualmente fuimos mirando al tiburón con otros ojos, también es cierto que nunca desapareció nuestro respeto por las cinco o seis hileras de dientes afilados como navajas que llevan emboscados en sus enormes mandíbulas.

Otro día Knut se dio involuntariamente una sesión de baño con un tiburón. A nadie le era permitido nadar lejos de la balsa, tanto por el rápido avance de ésta como por el peligro de los tiburones. Pero como ese día el mar estaba extremadamente tranquilo y ya habíamos subido a bordo todos los tiburones que nos habían seguido, se dio permiso para un rápido chapuzón. Knut se zambulló y recorrió una buena distancia antes de salir a la superficie para regresar; en aquel momento vimos desde el mástil una sombra mayor que él que desde la profundidad ascendía directamente hacia el nadador. Le gritamos advirtiéndoselo, con la mayor calma que pudimos, para no asustarlo, y Knut se dirigió a toda prisa hacia el costado de la balsa. Pero la sombra de abajo pertenecía a un nadador mejor, que venía desde las profundidades a gran velocidad sobre Knut. Ambos llegaron a la balsa al mismo tiempo. Ya Knut estaba trepando, cuando un tiburón de dos metros pasó deslizándose bajo su estómago y se detuvo cerca de la balsa. Le tiramos una apetitosa cabeza de dorado, en agradecimiento por no haber mordido.

Generalmente es el olfato y no la vista lo que excita la voracidad del tiburón. Si, para ponerlos a prueba, nos sentábamos con las

piernas en el agua, nadaban hacia nosotros hasta un metro de distancia y luego daban la vuelta tranquilamente sin tocarnos. Pero si el agua tenía el menor rastro de sangre, como cuando habíamos estado limpiando pescado, aparecían rápidamente las grandes aletas dorsales y se juntaban desde largas distancias como enormes moscardas. Si tirábamos al agua entrañas de tiburones que habíamos pescado, los del agua parecían enloquecidos y se lanzaban ciegamente, poseídos de verdadera furia. Devoraban salvajemente el hígado de sus propios congéneres y, si entonces metíamos un pie en el agua, se tiraban como cohetes y aun llegaban a hincar el diente en los troncos, en el sitio donde había estado la supuesta comida.

La última etapa en nuestras relaciones con los tiburones fue tirarles de la cola. Tirar de la cola de los animales es generalmente considerado como una forma inferior de deporte, pero eso debe de ser porque nadie lo ha probado con un tiburón. Éste es, en verdad, un deporte lleno de emociones.

Para asir la cola de un tiburón, teníamos que ofrecerle antes un buen bocado. Para alcanzarlo, no tenía inconveniente en sacar la cabeza un buen trozo fuera del agua. De ordinario, le servíamos la comida en una bolsa que pendía de una caña. Pues servir de comer a un tiburón directamente con la mano, sólo se encuentra divertido la primera vez. Cuando se da de comer a perros u osos domesticados, éstos meten los dientes en la carne y la rasgan hasta sacar un pedazo o llevarse toda la presa; pero si uno toma un dorado grande y lo coloca a una prudente distancia de la cabeza de un tiburón, éste avanza, saca la cabeza y de un golpe cierra la mandíbula, y uno se queda sentado con un pedacito de cola en la mano sin haber sentido el menor tirón. Habíamos experimentado lo difícil que era cortar un dorado en dos con nuestros cuchillos; pero un tiburón, en la fracción de un segundo, deslizando rápidamente sus triangulares dientes de sierra, corta la espina dorsal y todo el resto como si fuera una máquina de cortar embutidos.

Cuando el tiburón daba la vuelta lentamente para volverse a sumergir, sacaba la cola ondulante sobre la superficie y era fácil cogerla. La piel de este animal es áspera al tacto como papel de lija y en la parte más alta de la cola tiene una muesca que parece haber sido especialmente hecha para poderla asir. Si llegábamos a asirla por allí fuertemente, no había forma de que se escapara. Entonces

teníamos que dar un tirón de ella antes de que reaccionara el animal y sacarla lo más que pudiéramos, apretándola contra los troncos. Por uno o dos segundos el bicho parecía no darse cuenta de nada, pero luego comenzaba a forcejear y retorcerse por su parte delantera, sin grandes ánimos, pues parece que sin la ayuda de la cola, el tiburón no puede realizar ningún gran esfuerzo. Las demás aletas sirven sólo para el equilibrio y la dirección.

Después de unos cuantos brincos desesperados, durante los cuales habíamos de mantener bien agarrada la cola, el desconcertado tiburón quedaba de súbito abatido y apático, hasta parecer paralizado del todo cuando el flotante estómago le descendía hacia la cabeza. Cuando el tiburón se había quedado quieto y colgaba yerto, como si dijéramos aguardando los acontecimientos, venía el momento de subirlo, empleando toda nuestra energía. Rara vez conseguíamos sacar más de la mitad del pesado bicho fuera del agua, pero entonces el tiburón parecía despertar y hacía el resto del trabajo por sí mismo. Con violentas sacudidas giraba la cabeza y la levantaba sobre los troncos, y entonces teníamos que tirar con toda nuestra fuerza y saltar muy lejos de su alcance, y esto a toda prisa si queríamos salvar nuestras piernas. Porque en esos momentos el animal estaba de muy mal talante. Dando violentas sacudidas y retorciéndose en furiosos saltos, azotaba la cubierta y la pared de la caseta moviendo la cola como un mazo de herrero. Ahora ya no economizaba la fuerza de sus músculos de acero. Las enormes mandíbulas permanecían totalmente abiertas y las filas de dientes se abrían y cerraban en el aire al acecho de lo que pudieran coger. Ocurría algunas veces que esta terrible danza terminaba cuando el tiburón, más o menos involuntariamente, se caía de la balsa, desapareciendo para siempre después de su vergonzosa humillación, pero era más frecuente que se quedara dando sacudidas a la ventura sobre los troncos de popa, hasta que lográbamos amarrarle un cabo a la raíz de la cola o hasta que cesaba de rechinar sus endemoniados dientes para siempre.

El loro se ponía en el colmo de la excitación cuando subíamos un tiburón a la balsa. Salía apresuradamente de la caseta y trepaba frenético por el mamparo, hasta que encontraba un sitio seguro en el techo de hojas de plátano para mirar desde allí los acontecimientos, meneando la cabeza, aleteando de un lado a otro y chillando sin cesar. Se había convertido desde el principio en un excelente marine-

ro y estaba siempre rebosante de buen humor y alegría. Reconocíamos en él al séptimo miembro de la expedición: seis hombres y un loro verde. El cangrejo «Johannes», a pesar de todo, tenía que contentarse con ser mirado como un comparsa de sangre fría. Por la noche, el loro trepaba hasta la jaula, suspendida del techo de la caseta, pero durante el día vagaba por la cubierta o se lo pasaba colgado de los cabos del aparejo, haciendo los más fascinantes ejercicios de acrobacia.

Empezamos el viaje poniendo tensores en los estayes del mástil, pero como desgastaban los cabos, los reemplazamos por simples nudos corredizos. Cuando los estayes dieron de sí por la acción del sol y el viento, toda la tripulación tuvo que acudir a tesar el mástil, a fin de evitar que la madera de mangle, pesada como el hierro, se inclinara hasta cortar los cabos y cayera. Pero en el momento más crítico, cuando estábamos halando y empujando, el loro comenzó a gritar con voz estridente en su más puro noruego: «¡Cobra! ¡Cobra! jjo, jo, jo, ja, ja, ja!», y se reía hasta desgañarse de su propia gracia, dando a la vez vueltas entre los estayes. Naturalmente, todos reíamos a carcajadas, contagiados de la alegría del séptimo miembro de la tripulación.

Al principio, el loro era uno de los quebraderos de cabeza de los radiotelegrafistas. Estaban a lo mejor sentados en su rincón, felizmente absortos en sus mágicos auriculares, y quizá en contacto con un aficionado. De pronto, los auriculares se quedaban mudos y no percibían el menor sonido por más que ajustaran bobinas y dieran vueltas a los mandos. Seguro que el loro se había entretenido en partir con el pico el alambre de la antena. Esta diversión fue especialmente usual en los primeros días, en que la antena era lanzada al aire con un globo. Pero un día el loro cayó enfermo de cuidado y permaneció durante dos días en su jaula abatido y sin querer probar alimento, a la vez que en sus deyecciones resplandecían dorados pedacitos de alambre de la antena. Entonces los radiotelegrafistas se arrepintieron de sus palabras coléricas, y el loro, de sus travesuras, y en adelante Torstein y Knut fueron sus amigos preferidos y el pájaro ya no quiso dormir sino en el rincón de la radio. La lengua nativa del loro era el español cuando llegó a la balsa, pero Bengt decía que poco a poco su español iba tomando acento noruego, mucho antes aun de que comenzara a imitar las interjecciones favoritas de Torstein en noruego de pura cepa.

—¡Esto no es un barco, sino una *pae-pae*!
—¡*Pae-pae*! —repitieron todos en coro.

Se lanzaron chapoteando a todo correr por el arrecife y treparon todos sobre la «Kon-Tiki». La recorrieron de punta a punta, como niños excitados, tocando los troncos, el tejido de bambú y el aparejo. El jefe estaba tan entusiasmado como los demás; regresó hacia nosotros y repitió en tono admirativo:

—La «Tiki» no es un barco, es una *pae-pae*.

Pae-pae es una expresión polinesia que significa balsa o plataforma, y en la isla de Pascua es el nombre que se da a las canoas. El jefe nos dijo que tales *pae-paes* ya no existían, pero que los más viejos de la aldea podrían relatarnos antiguas tradiciones sobre ellas. Los indígenas rivalizaban en sus gritos de admiración al ver los grandes troncos de la balsa, pero fruncieron el ceño ante nuestros cabos. Decían que cabos como éstos no duraban mucho tiempo en el agua salada y el sol, y nos mostraban con orgullo las amarras de sus propias canoas. Las habían tejido ellos mismos con fibras de coco y estaban como nuevas después de cinco años en el mar.

Cuando vadeamos de regreso a nuestra pequeña isla, ésta fue bautizada con el nombre de «Fenua Kon-Tiki» o isla Kon-Tiki. Era un nombre que todos podíamos pronunciar, al revés de nuestro breves nombres nórdicos, que resultaban impronunciables para nuestros morenos amigos. Se quedaron encantados cuando les dije que podían llamarme Terai Mateata, nombre que me fue impuesto por el gran jefe de Tahití cuando me adoptó como «hijo» la primera vez que estuve en aquellos lugares.

Los isleños sacaron de sus canoas gallinas, huevos y frutos del árbol del pan, mientras otros arponeaban grandes peces en la laguna con unos tridentes, y así tuvimos banquete en el campamento. Les contamos todas nuestras aventuras con la *pae-pae* en el mar, y no se cansaban de oír una y otra vez la historia del tiburón ballena. Y cada vez que llegábamos al momento en que Erik le hundió el arpón en la cabeza, lanzaban los mismos gritos de admiración. Reconocían inmediatamente todos los peces cuando les enseñábamos los dibujos que habíamos hecho de ellos, y nos daban sus nombres en polinesio, pero nunca habían oído hablar del tiburón ballena ni del *Gempylus*.

Por la tarde, conectamos la radio, con gran deleite de toda la reunión. La música religiosa era la que más les gustaba, hasta que, con gran sorpresa nuestra, captamos una emisión

de auténtica música *hula* de los Estados Unidos. Entonces los más vivarachos comenzaron un baile ondulante, curvando los brazos sobre la cabeza, e inmediatamente toda la compañía se esparció moviendo las caderas y bailando al compás de la música. Cuando llegó la noche, todos acamparon alrededor de una hoguera en la playa. Era una gran aventura, tanto para los indígenas como para nosotros mismos.

Cuando nos despertamos al día siguiente, estaban ya todos en pie, friendo pescado recién cogido, y nos tenían preparados seis cocos acabados de abrir para principiar el desayuno.

Aquella mañana las rompientes estaban tornando más fuertes que de ordinario; había arreciado el viento y las olas levantaban grandes masas de espuma al otro lado del arrecife.

—La «Tiki» vendrá hoy a la laguna —dijo el jefe señalando hacia el lugar del entallamiento—. Habrá una marea muy alta.

A eso de las once de la mañana, el agua empezó a fluir dentro de la laguna. Ésta principió a llenarse como un gran estanque y el nivel del agua subió alrededor de toda la isla. Más tarde, comenzó el verdadero flujo de la marea; el agua iba inundando escalón tras escalón y el arrecife se hundía más y más debajo de la superficie. Las grandes masas de agua rodaban a ambos lados de la isla. Arrancaban enormes bloques de coral y levantaban extensos bancos de arena que desaparecían después con el viento, mientras otros nuevos se levantaban en sitios diferentes. Llegaban hasta la playa cañas sueltas de bambú arrancadas del naufragio, y, de pronto, la «Kon-Tiki» comenzó a moverse. Todo lo que teníamos en la playa fue transportado al centro de la isla, fuera del alcance de la marea. Poco tiempo después ya sólo se veían las rocas más altas del arrecife y todas las playas desaparecieron cuando el agua llegó al borde mismo de la maleza. Era escalofriante. Parecía como si todo el mar nos estuviera invadiendo. La «Kon-Tiki» giró sobre sí misma y flotó por unos minutos hasta que fue cogida por otros bloques de coral.

Los nativos se lanzaron al agua nadando y vadeando entre los remolinos hasta que, saltando de banco en banco, llegaron a la balsa. Knut y Erik los siguieron. Teníamos cabos listos en cubierta y cuando la balsa rodó sobre los últimos bloques de coral y quedó liberada del arrecife, los indígenas saltaron a bordo y trataron de detenerla. No conocían su ingobernable tendencia a dirigirse al Oeste; así

un pasaje hacia las islas que rodeaban la laguna de Raroia; este pasaje estaba en la muralla de arrecifes, justamente enfrente de la aldea, de manera que nadie podía penetrar dentro de la laguna sin ser visto por los habitantes del poblado. Por consiguiente, los ancianos del poblado habían llegado a la conclusión de que las luces que veían en el arrecife hacia el Oriente no podían ser producidas por hombres, sino que se trataba de algo sobrenatural. Esta circunstancia había refrenado sus deseos de ir a cerciorarse con sus propios ojos de lo que se trataba. Pero entonces, un fragmento de caja había atravesado flotando la laguna, y en él iban pintados unos signos. Dos de los indígenas, que habían estado en Tahití y aprendieron el alfabeto, descifraron la inscripción y leyeron la palabra «Tiki» en grandes letras negras sobre la plancha de madera. Ya no les quedaron dudas de que en el arrecife había espíritus, pues Tiki era el nombre del fundador de su raza, muerto ya hacía mucho tiempo, como sabía todo el mundo. Pero luego fueron llegando a la playa más despojos arrastrados por el mar, como latas de galletas, cigarrillos, chocolate y una caja con un zapato viejo. Entonces se dieron cuenta de que había habido un naufragio en el lado oriental del arrecife y el jefe envió las dos canoas para buscar a los sobrevivientes cuyo fuego habían visto en la isla.

Incitado por los otros, el hombre moreno que hablaba francés preguntó por qué razón había en la caja la inscripción «Tiki», y les explicamos entonces que «Kon-Tiki» era el nombre de la embarcación y que todo nuestro equipo y carga llevaba la misma marca. Nuestros nuevos amigos expresaron con grandes voces su admiración y sorpresa al saber que toda la tripulación había sido salvada cuando encalló la balsa y que aquella achatada embarcación que estaba destrozada en el arrecife era la que habíamos utilizado para hacer el viaje. Querían meternos inmediatamente en las canoas y llevarnos a la aldea. Les dimos cortésmente las gracias, pero rehusamos, ya que no queríamos salir de allí hasta que hubiéramos sacado la «Kon-Tiki» del arrecife. Miraron con sorpresa a la destartada balsa. ¿Pero es que queríamos poner aquello a flote otra vez? Finalmente, el hombre que hablaba francés dijo enfáticamente que debíamos ir a la aldea con ellos. El jefe había dado órdenes estrictas de no regresar sin nosotros.

Decidimos, pues, que uno de nosotros fuera a entrevistarse con el jefe en calidad de enviado, y que regresara a informarnos sobre

las condiciones de la isla. Ni podíamos dejar la balsa en el arrecife, ni abandonar el equipo que teníamos depositado en nuestra isleta. Bengt fue con los nativos. Las dos canoas fueron empujadas al agua y desaparecieron rápidamente hacia el Oeste con viento en popa.

Al día siguiente, el horizonte parecía un enjambre de velas blancas. Daba la impresión de que los indígenas venían en nuestra busca con todas las embarcaciones disponibles.

Todo el convoy vino dando bordadas, y cuando estuvieron cerca vimos a nuestro buen amigo Bengt rodeado de figuras morenas, saludándonos con su sombrero desde la primera canoa. Nos gritó que el jefe en persona venía con él y los cinco formamos respetuosamente en la playa donde debían desembarcar.

Bengt nos presentó al jefe con gran ceremonia. Nos dijo que el nombre de éste era Tepiuraiarii Teriifaatau, pero que también atendía por Teka. Decidimos llamarle Teka.

El jefe Teka era un polinesio alto y delgado, con ojos extraordinariamente inteligentes. Era una persona muy importante, descendiente de una familia real de Tahití, y no sólo era el jefe de las islas de Raroia, sino también de las de Takume. En Tahití había ido a la escuela, de manera que sabía leer y escribir, y hablaba francés. Me dijo que la capital de Noruega era Cristianía y me preguntó si conocía a Bing Crosby. Nos dijo también que en los diez últimos años sólo habían llegado a Raroia tres barcos extranjeros, pero que la aldea era visitada varias veces al año por la goleta indígena que venía de Tahití a buscar cobra y traer mercancías. Precisamente la estaban esperando ya hacía unas semanas, de manera que podía presentarse en cualquier momento.

Resumiendo, Bengt nos informó que no había un blanco en todo Raroia y que en la isla no existía escuela ni estación de radio, pero que los ciento veintisiete polinesios del poblado habían hecho todo lo posible para prepararnos una estancia confortable y que se disponían a darnos un gran recibimiento el día de nuestra llegada.

La primera petición del jefe fue ver el barco que nos había depositado sobre el arrecife sanos y salvos. Vadeamos, pues, hacia la «Kon-Tiki», seguidos de una fila de indígenas. Cuando llegamos cerca se detuvieron de pronto los indígenas y profirieron grandes exclamaciones, hablando todos a la vez. Los troncos de la «Kon-Tiki» estaban enteramente a la vista, y uno de los indígenas exclamó:

Gozamos del buen humor y de los brillantes colores del loro durante dos meses, hasta que un día entró por la popa una gran ola en el momento en que el loro estaba bajando del mástil por un estay. Cuando descubrimos que nuestro compañero había caído por la borda, era demasiado tarde. No vimos el accidente y la «Kon-Tiki» no podía parar ni dar la vuelta; nada de lo que cayera por la borda tenía probabilidad de ser rescatado, como nos lo habían demostrado numerosas experiencias.

La pérdida del loro tuvo un efecto depresivo en nuestros espíritus la primera noche; sabíamos que podía pasar lo mismo con cualquiera de nosotros durante una solitaria noche de guardia. Hicimos aún más rigurosa la reglamentación de seguridad, pusimos en uso nuevos cabos salvavidas para la guardia nocturna y procuramos asustarnos unos a otros, diciéndonos que no debíamos creernos seguros porque las cosas hubieran salido tan bien hasta entonces. Un paso descuidado, un movimiento impensado o un traspié podían enviarnos a donde fue el loro, aun a plena luz del día.

Habíamos observado varias veces las grandes conchas blancas de los huevos de pulpo, que flotaban como huevos de avestruz o cráneos redondos en las ondas azules. En una sola ocasión vimos un cefalópodo ondulante debajo de los huevos. Veíamos esas bolas de nieve flotando al mismo nivel que nosotros y pensamos al principio que sería cosa sencilla remar en el bote de caucho y cogerlas. Lo mismo pensamos cuando se rompió el cabo de la manga de recoger plancton, y ésta se quedó atrás flotando en nuestra estela. Cada vez que lanzamos el botecito amarrado con un cabo para ir a donde estaba el objeto, vimos con sorpresa que el viento y el mar mantenían el botecito fuera de la estela y que el cabo que lo unía a la «Kon-Tiki» tenía un efecto tan violento de freno en el agua, que nunca pudimos remar directamente hacia un punto dejado atrás. Llegábamos a unos pocos metros del objeto que queríamos recoger, pero entonces el cabo entero estaba ya fuera del agua y la «Kon-Tiki» nos remolcaba hacia el Oeste. «Una vez al agua, para siempre en el agua», era una lección que fue inculcándose gradualmente con tremenda evidencia en nuestras conciencias. Si queríamos seguir unidos a bordo, deberíamos permanecer juntos hasta que la «Kon-Tiki» metiera la proa en tierra al otro lado del mar.

El loro dejó un gran vacío en el rincón de la radio, pero cuando el sol tropical brilló sobre

el Pacífico al día siguiente, el duelo fue de corta duración. En los días subsiguientes pescamos muchos tiburones y constantemente encontrábamos negros y curvados picos de loro, o así lo creíamos nosotros, entre las cabezas de atún y otras curiosidades, al abrir las panzas de los tiburones. Pero después de cuidadoso examen, lo que creíamos que podía ser el pico del loro no era sino restos de pulpos.

Los radiotelegrafistas habían tenido, desde el primer día que llegaron a bordo, una ruda labor en su rincón de trabajo. El primer día ya en la corriente de Humboldt, el agua llegaba hasta las cajas de las baterías, de manera que tuvieron que cubrir con lonas el delicado rincón para salvar lo que se pudiera de la acción destructora del mar embravecido. Luego se les presentó el problema de levantar una antena suficientemente alta en la pequeña balsa; trataron de hacerlo con un papalote, pero al primer golpe de viento éste se precipitaba al agua y desaparecía en la cresta de una ola; entonces intentaron elevarla por medio de un globo, pero el sol tropical terminó por hacer agujeros en el globo y éste se hundió igualmente en el mar. Después vinieron las travesuras del loro y, sobre todo, su labor fue particularmente penosa durante los quince días que estuvimos en la corriente de Humboldt antes de poder salir de la zona muerta de los Andes, en la cual la onda corta estaba tan muda y sin vida como una lata de sardinas vacía.

Pero una noche, repentinamente, se dejó sentir la onda corta, cuando la señal de llamada de Torstein fue captada por un aficionado fortuito de Los Ángeles, que con su transmisor estaba tratando de establecer contacto con otro aficionado en Suecia. El hombre preguntaba qué clase de aparato teníamos, y cuando obtuvo una respuesta satisfactoria, le preguntó a Torstein quién era y dónde vivía. Al decirle Torstein que su casa era una caseta de bambú a bordo de una balsa en el Pacífico, hubo una serie de ruidos extraños que no cesaron hasta que Torstein le dio más amplios detalles. Cuando nuestro aéreo comunicante se hubo recobrado de su asombro, nos dijo que se llamaba Hal, que su mujer se llamaba Anna, que ella era sueca de nacimiento y que haría saber a nuestras familias que estábamos vivos y bien.

Fue extraño para nosotros aquella noche pensar en que un hombre totalmente desconocido llamado Hal, un remoto operador de cine, allá muy lejos, en el torbellino de la ciudad

de Los Ángeles, era la única persona en el mundo, después de nosotros, que sabía donde nos hallábamos y que estábamos bien. Desde aquel momento, Hal, o sea Harold Kempel, y su amigo Frank Cuevas se turnaban todas las noches para tratar de escuchar señales de la balsa, y Herman recibió radiogramas llenos de agradecimiento del jefe del Servicio Meteorológico de los Estados Unidos por sus dos informes diarios en clave de un área de la cual no se recibían datos sino muy rara vez, y de la que no existen estadísticas. Más tarde, Knut y Torstein establecieron contacto casi diariamente con otros aficionados y éstos pasaban nuestros saludos a Noruega por intermedio de un aficionado llamado Egil Berg, de Notodden.

Sólo durante unos días, cuando estábamos justamente en medio del océano, entró demasiada agua salada en el rincón de la radio y la estación dejó de trabajar totalmente. Entonces los operadores se pusieron a trabajar día y noche con soldadores y tornillos, mientras nuestros distantes amigos daban ya la balsa por perdida. Pero una noche, la señal LI-2-B fue nuevamente lanzada al éter y en un instante el rincón de la radio estaba zumbando como un nido de avispas, cuando varios centenares de aficionados echaron mano a sus manipuladores para contestar nuestra señal.

En realidad, uno siempre recibía la sensación de sentarse en un nido de avispas si entraba en el dominio de los radiotelegrafistas. El lugar estaba húmedo por el agua salada que en todas partes se abría camino hacia arriba entre la armazón de madera, y a pesar de la plancha de caucho en que se sentaba el operador, se recibían choques eléctricos tanto en las partes posteriores como en la punta de los dedos si se tocaba el manipulador. Y si uno de los profanos trataba de robar un lápiz del bien surtido rincón, se le ponía de punta el cabello o comenzaban a saltar chispas de la punta del lápiz. Solamente Torstein, Knut y el loro podían moverse impunemente en aquel rincón, y terminamos por poner una plancha de cartón para indicar la zona de peligro al resto de los tripulantes.

Una noche, ya muy tarde, Knut estaba trasteando a la luz del farol y, de pronto, sacudiéndome de una pierna, me dijo que había estado hablando con un aficionado que vivía justamente en las afueras de Oslo, llamado Christian Amundsen. Esto era casi un récord para aficionados, porque el pequeño transmisor que teníamos a bordo, con sus 13 990 kilociclos por segundo, no podía producir más de 6 vatios, más o menos la fuerza de una linterna

eléctrica. Estábamos a 2 de agosto y ya habíamos navegado más de 60 grados alrededor de la Tierra, de manera que Oslo quedaba al otro lado del globo. El rey Haakon iba a cumplir 75 años al día siguiente y le enviamos un mensaje de felicitación directamente desde la balsa. Al día siguiente, cuando Christian se puso otra vez en contacto, nos envió un mensaje de respuesta del Rey deseándonos buena suerte y éxito en todo el viaje.

Otro episodio que recuerdo por su contraste con nuestra vida en la balsa, es el siguiente. Teníamos dos cámaras fotográficas a bordo y Erik llevaba consigo un paquete con materiales para revelar fotografías en el viaje, a fin de que pudiéramos repetir las instantáneas de objetos o episodios que no hubieran salido bien. Después de la visita del tiburón ballena, ya no pudo contenerse por más tiempo y una noche mezcló cuidadosamente los compuestos químicos con agua, en proporciones exactas de acuerdo con las instrucciones, y reveló dos películas. Los negativos parecían fotografías transmitidas por radio; no se veían sino manchas oscuras y arrugas. La película estaba echada a perder. Telegrafiamos a nuestros amigos aficionados pidiéndoles consejo, y nuestro mensaje fue recibido por uno de Hollywood. Éste telefoneó a un laboratorio y poco después nos llamó y nos dijo que nuestro revelador era demasiado caliente; no debíamos usar agua a más de 15 grados si no queríamos que se arrugara el negativo.

Le agradecemos el consejo y nos cercioramos de que la más baja temperatura que teníamos en la vecindad era la de la corriente oceánica misma, o sea 26 grados. Ahora bien, Herman era ingeniero especializado en refrigeración y le dije en broma que bajara la temperatura del agua a 15 grados. Me pidió autorización para usar la botellita de ácido fénico que pertenecía al botecito de caucho, el cual ya teníamos permanentemente inflado, y después de manipular en una tetera que cubrió con un saco de dormir y un jersey de lana, se formó como por arte de birlibirloque nieve en la poblada barba de Herman, quien nos mostró un gran trozo de hielo en la tetera.

Erik reveló nuevamente, esta vez con espléndidos resultados. Aun cuando la magia de las palabras llevadas a través del éter por la onda corta era un lujo desconocido en la época de Kon-Tiki, las ondas largas del océano debajo de nosotros eran las mismas y llevaban lentamente nuestra balsa hacia el Oeste como lo habían hecho entonces, mil quinientos años atrás.

atacados por no menos de ocho grandes morenas. Las vieron venir a través del agua transparente y saltaron sobre un bloque de coral, alrededor del cual se pusieron a dar vueltas los temibles bichos; las viscosas bestias eran gruesas como la pantorrilla de un hombre; tenían manchas negras y verdes como serpientes venenosas, con la cabeza chica, ojos malignos de culebra y dientes de unos treinta milímetros de largo, afilados como leznas. Los hombres desenvainaron sus machetes y lograron decapitar a una y herir a otra cuando sacaba la pequeña cabeza serpenteando para atacarnos. La sangre en el mar atrajo un grupo de pequeñas tintorerías que atacaron a la herida y se comieron a la muerta, mientras Erik y Herman lograban saltar a otro bloque de coral y huir a toda prisa.

El mismo día estaba yo vadeando hacia la isla cuando algo, con un movimiento de relámpago, me asió a ambos lados del tobillo y me apretó sin soltarme. Era un pulpo. No era grande, pero la sensación de sus brazos fríos pegados a mi pierna y la mirada de esos ojuelos en el saco rojo azulado que constituye su cuerpo, era horrible. Sacudí el pie con toda mi fuerza y el bicho, que apenas tendría un metro de largo, se mantuvo adherido. Debí ser la venda que tenía en el pie lo que atrajo su atención. Me arrastré a la playa dando saltos con mi desagradable peso colgando del pie. No me soltó hasta llegar al borde de la arena seca; fue retirándose entonces lentamente en el agua baja, con los tentáculos extendidos y mirándome, como si estuviera listo para un nuevo ataque si así lo quería yo. Le arrojé unos pedazos de coral y desapareció.

Nuestras experiencias en el arrecife no hacían sino sazonar con un poco de pimienta nuestra paradisíaca existencia en la isla. Pero no podíamos pasar aquí el resto de nuestra vida y era ya tiempo de que pensáramos en la forma de regresar al mundo de afuera. Después de una semana, la «Kon-Tiki» se había abierto camino hasta el centro del arrecife, donde estaba reposando sobre terreno seco. Los grandes troncos habían logrado pasar rompiendo anchas losas de coral, en su esfuerzo para abrirse camino hasta la laguna, pero ahora la balsa estaba inmóvil y fue inútil todo lo que hicimos para moverla empujando y halando. Si hubiéramos podido llevarla hasta la laguna, nos habríamos agenciado la manera de reparar el mástil, asegurarlo y dar la vela para navegar dentro de la laguna y explorar el otro lado. De estar habitada alguna de las islas, debía de ser entre las que se

veían al Este, sobre el horizonte, donde el atolón giraba hacia sotavento.

Pasaban los días.

Luego, una mañana llegaron los muchachos a todo correr con la noticia de que habían visto una vela blanca en la laguna. Desde lo alto de los troncos de palmera podíamos ver una manchita extraordinariamente blanca contra el opalino azul de la laguna. Era evidentemente una vela, cerca de tierra, en la ribera opuesta. Podíamos ver que estaba dando bordadas. Un instante después apareció otra.

Fueron creciendo en tamaño; conforme avanzaba la mañana y se acercaban más hacia nosotros. Venían directamente hacia donde estábamos. Izamos la bandera francesa en una palmera y saludamos con la noruega, atada a una caña. Una de las velas estaba ya tan cerca, que pudimos ver que pertenecía a una canoa polinesia. El aparejo era de un tipo más moderno. Dos figuras morenas estaban de pie y a bordo, mirando en nuestra dirección. Los saludamos con la mano, ellos contestaron y navegaron directamente hacia la playa.

—*la-ora-na*—les gritamos saludándolos en polinesio.

—*la-ora-na*—contestaron en coro, y uno de ellos saltó y tiró de su canoa conforme iba vadeando en el bajo arenoso hacia nosotros.

Los dos vestían ropas de hombre blanco, pero eran morenos de cuerpo. Eran fornidos, tenían las piernas desnudas y usaban sombreros de la región para protegerse del sol. Se aproximaron a nosotros con cierta timidez, pero cuando les sonreímos y le estrechamos la mano, cada uno en su turno, sus radiantes caras nos descubrieron las filas de perlas de sus dientes. Lo cual era más elocuente que todas las palabras.

Nuestro saludo en polinesio los había sorprendido y animado en la misma forma en que fuimos engañados por su paisano de Angatau cuando nos dijo en inglés «buenas noches», y nos soltaron una larga perorata en polinesio, antes de darse cuenta de que su discurso se perdía en el vacío. Luego se quedaron sin saber qué decir, y se limitaron a sonreírnos y a señalar en dirección a la otra canoa que venía aproximándose.

En ella había tres hombres, y cuando vadearon hasta la costa y nos saludaron, resultó que uno de ellos hablaba algo de francés. Nos dijeron que había un poblado en una de las islas allende la laguna y que desde ella los polinesios habían visto nuestra hoguera varias noches antes. Ahora bien, no había sino

Los dos operadores trabajaban febrilmente. El sudor les brotaba de la frente, con la misma abundancia que a los que estábamos dándole a la manivela del generador. Principió lentamente a surgir energía en la antena del transmisor y Torstein señaló en estado de éxtasis una aguja que se movía lentamente hacia arriba en la escala de un indicador cuando apretaba la llave del Morse. ¡Empezaba a funcionar!

Nosotros dábamos vuelta a la manivela como locos, mientras Torstein llamaba a Rarotonga. Nadie nos oía. Llamamos a Hal y Frank en Los Ángeles, a la Escuela Naval de Lima, pero nadie parecía escucharnos. Entonces Torstein lanzó al éter un mensaje «CQ», es decir, llamada a todas las estaciones del mundo que nos pudieran oír en la onda especial de aficionados.

Esto dio algún resultado. Una voz tenue comenzó a llegar del éter llamándonos lentamente. Volvimos a llamar y le dijimos que lo oíamos. Entonces la voz lenta dijo en el éter:

—Me llamo Paul, vivo en Colorado. ¿Cómo se llama usted y dónde vive?

Era un aficionado. Torstein cogió el manipulador y mientras nosotros dábamos vuelta a la manivela, contestó:

—Aquí la «Kon-Tiki»; estamos encallados en una isla desierta del Pacífico.

Paul no dio ningún crédito al mensaje. Pensó más bien que era un aficionado de la calle contigua que le estaba tomando el pelo y no volvió a contestar. Nos tirábamos de los cabellos de desesperación. Allí estábamos, sentados bajo las palmeras de una isla desierta en una noche estrellada, y nadie quería creerlo.

Torstein no se dio por vencido; estaba otra vez manipulando su Morse y diciendo incesantemente: «Todos bien, todos bien, todos bien», pues debíamos detener a toda costa la probable expedición de socorro a través del Pacífico.

Entonces oímos muy bajo en el receptor:

—Si todos están bien, ¿por qué se preocupan?

El éter volvió a quedar en silencio, y eso fue todo.

Podríamos haber saltado en el aire de pura desesperación y sacudido todos los cocos de las palmeras, y quién sabe lo que habríamos hecho si Rarotonga y el buen Hal no nos hubieran oído súbitamente. Hal lloraba de alegría, decía él, al volver a oír la LI-2-B. En un momento se desvanecieron todas las preocupaciones. Estábamos otra vez solos y tranquilos en nuestra isla del Mar del Sur, y nos

acostamos cansadísimos en las camas de hojas de palmera.

Al día siguiente nos dedicamos al ocio y a gozar de la vida. Unos se bañaban, otros pescaban, otros fueron a explorar el arrecife en busca de especies marinas raras y los más llenos de energía se dedicaron a limpiar el campamento y hacerlo agradable. En la punta que miraba hacia la «Kon-Tiki» excavamos un agujero en el límite de la arboleda, lo cubrimos de hojas y plantamos un coco del Perú con su palmerita. Al lado erigimos un montículo de trozos de coral, frente al lugar donde la «Kon-Tiki» había tocado tierra.

Durante la noche, la «Kon-Tiki» había sido lanzada aún más adentro y estaba casi en lugar seco; salvo unos cuantos pocitos de agua. Había penetrado un gran trecho dentro del arrecife, por entre grandes bloques de coral que la tenían aprisionada.

Después de tostarse en la arena caliente, Erik y Herman estaban otra vez en forma y ansiosos de recorrer el arrecife hacia el Sur, con la esperanza de llegar a la isla grande que quedaba a ese lado. Los previne más contra las morenas que contra los tiburones y los dos se armaron de sus machetes, que colgaron de sus cinturones como sables. Yo sabía que los arrecifes de coral eran la guarida habitual de unas grandes y terribles morenas, que con sus largos dientes venenosos pueden fácilmente arrancar la pierna de un hombre. Acometen con la velocidad del rayo y son el terror de los indígenas, que, en cambio, no tienen miedo de nadar entre tiburones.

Los dos hombres consiguieron vadear un gran trecho del arrecife, pero de vez en cuando había canales que debían pasar o de un salto o a nado. Llegaron sin novedad a la isla y saltaron a la playa. La isla, larga, estrecha y cubierta de palmeras, se extendía bastante hacia el Sur, entre playas, soleadas al cobijo del arrecife. Siguieron andando a lo largo de la isla hasta alcanzar la extremidad sur. Desde allí pudieron ver que el arrecife continuaba en la misma dirección, cubierto de espuma, hasta otras islas más distantes. Encontraron allí los restos de un gran barco de cuatro paños que se había partido en dos; era un viejo velero español que llevaba railes, los cuales, ya oxidados por el tiempo, estaban esparcidos por todo el arrecife. Regresaron por el otro lado de la isla, pero no encontraron rastro alguno de que jamás hubiera estado habitada.

A su regreso por el arrecife hallaban a cada paso curiosos peces, y estaban tratando de pescar algunos, cuando súbitamente fueron

El tiempo se puso más desigual, con lluvias y chubascos aquí y allá, cuando entramos en el área más próxima a las islas de la Polinesia y los vientos alisios cambiaron su dirección. Habían estado soplando segura y constantemente del Sudeste, hasta que estuvimos bien dentro de la corriente ecuatorial; entonces fueron virando más y más hacia el Este. Alcanzamos nuestra posición más septentrional el 10 de junio, con una latitud de 6° 19' Sur. Estábamos tan cerca del ecuador que parecía como si fuéramos a pasar al norte de las islas del archipiélago de las Marquesas más cercanas a la línea ecuatorial, y seguir en el inmenso mar sin encontrar tierra, pero entonces el viento alisio cambió aún más de Este a Nordeste y nos llevó, iniciando una curva, hacia la latitud del mundo de las islas.

Sucedía a veces que el viento y el mar permanecían sin cambios durante días enteros, y entonces nos olvidábamos totalmente del orden establecido para turnarnos, excepto por la noche, cuando el hombre de guardia estaba solo en cubierta. Pues cuando el viento y el mar eran estables, amarrábamos la espadilla, y la vela de la «Kon-Tiki» permanecía inflada sin necesitar para nada nuestra atención. En noches así, el hombre de guardia podía sentarse a la puerta de la caseta y mirar tranquilamente las estrellas. Si las constelaciones cambiaban de posición en el cielo, debía ir y comprobar si era la espadilla o el viento lo que había cambiado.

Es increíble lo fácil que era gobernar la balsa por las estrellas, después de haberlas visto durante semanas enteras marchando por la bóveda del cielo. Ciertamente que no había gran cosa más que ver en la noche. Nosotros sabíamos dónde teníamos que buscar las diferentes constelaciones, noche tras noche, y cuando íbamos hacia la línea ecuatorial, la Osa Mayor se levantó tan claramente sobre el horizonte del Norte que llegamos a temer la aparición de la estrella polar, que se hace visible cuando uno viene del Sur y cruza el ecuador. Pero en cuanto sopló el alisio del Nordeste, la Osa Mayor volvió a sumergirse.

Los viejos polinesios eran grandes navegantes. Se orientaban de día por el Sol y de noche por las estrellas. Su conocimiento de los cuerpos celestes era sorprendente. Sabían que la Tierra era redonda y tenían nombres para cosas tan abstractas como la línea ecuatorial, los trópicos de Cáncer y Capricornio. En Hawaii recortaban cartas del océano en cortezas de calabazas redondas y en otras islas hacían mapas detallados con ramas teji-

das, a las que pegaban conchas para indicar las islas y algunas ramitas más pequeñas para indicar la dirección de determinadas corrientes marinas. Los polinesios conocían cinco planetas, a los que ellos llamaban estrellas errantes, y las distinguían de las fijas, para las cuales tenían más de doscientos nombres. Un buen navegante en la antigua Polinesia sabía perfectamente en qué parte del cielo debían levantarse las diversas constelaciones y dónde estarían a diferentes horas de la noche, en las distintas épocas del año. Sabían también qué estrellas culminaban sobre las diferentes islas, y algunas de éstas recibían el nombre de la estrella que se levantaba sobre ellas noche tras noche y año tras año.

Además de saber que el cielo estrellado se mueve de Este a Oeste como una gigantesca brújula luminosa, sabían que las diferentes estrellas colocadas justamente sobre sus cabezas les mostraban siempre cuán al Norte o cuán al Sur se encontraban. Cuando los polinesios hubieron explorado y sometido el área de su dominio presente, que es toda la parte de mar más cercana a América, mantuvieron tráfico entre algunas islas durante varias generaciones. Tradiciones históricas cuentan que cuando los jefes de Tahití visitaban Hawaii, que queda a más de dos mil millas al Norte, y varios grados hacia el Oeste, los remeros apuntaban primero hacia el Norte guiándose por el Sol y las estrellas, hasta que las estrellas del cenit les indicaban que habían alcanzado la latitud de Hawaii; entonces viraban en ángulo recto y apuntaban al Oeste, hasta que llegaban lo bastante cerca para poder seguir guiándose por los pájaros y las nubes.

¿De dónde habían obtenido los polinesios sus vastísimos conocimientos astronómicos y su calendario, que estaba calculado con asombrosa exactitud? Ciertamente no de los pueblos de la Melanesia o Malaya, allá en el Oeste, sino de la misma desaparecida civilización de los «hombres blancos y barbudos» que habían enseñado a los aztecas, mayas e incas su inmensa cultura en América, que habían desarrollado un calendario curiosamente similar y un parejo conocimiento astronómico, que en aquel tiempo no tenía su igual ni en la misma Europa. Tanto en la Polinesia como en el Perú, el año natural estaba calculado de modo que principiaba el día en que la constelación de las Pléyades aparece por primera vez en el horizonte, y en ambas regiones esta constelación era considerada como la patrona de la agricultura.

En el Perú, donde el continente, por decirlo así, se precipita hacia el Pacífico, se levantan aún hoy en las arenas del desierto las ruinas de un observatorio astronómico de mucha antigüedad; una reliquia de la misma misteriosa civilización que tallaba colosos de piedra, erigía pirámides, cultivaba batatas y calabazas y principiaba su año con el orto de las Pléyades. Kon-Tiki conocía bien las estrellas el día que se lanzó al océano Pacífico.

El 2 de julio, nuestro vigía nocturno ya no pudo estudiar en calma el cielo estrellado. Teníamos viento fuerte y mar picada, después de varios días de brisa moderada del Nordeste. Ya avanzada la noche, tuvimos una luna brillante y un viento espléndido para la vela. Medimos nuestra velocidad contando los segundos que tardaba en pasar una astilla arrojada al agua en la parte de proa, astilla que dimos en llamar «ficha», y encontramos que estábamos estableciendo un récord de velocidad.

Nuestro promedio de velocidad era de doce a dieciocho «fichas», para usar la jerga corriente a bordo, pero esa noche estuvimos durante algún tiempo a sólo seis «fichas» y la fosforescencia brillaba como nunca en la estela que dejábamos.

Cuatro hombres estaban roncando acostados mientras Torstein manipulaba la llave de Morse y yo estaba de guardia en la espadilla. Un poco antes de la medianoche, vi de pronto una ola de aspecto desacostumbrado que venía rompiendo a popa y que se extendía a todo lo largo de mi campo visual; detrás de ésta pude ver aquí y allá las crestas espumantes de otras dos grandes olas que venían detrás pisando los talones a la primera. De no haber ya pasado el lugar, habría creído que lo que estaba viendo era la rompiente sobre un banco peligroso. Les advertí con un grito cuando la primera ola vino como un inmenso muro barriendo el mar detrás de nosotros, y goberné al mismo tiempo la balsa para hacer frente a lo que venía.

Cuando nos alcanzó, la balsa levantó la popa, escorando, y se encaramó sobre el lomo de la ola que acababa de romper, rugiendo e hirviendo a todo lo largo de la cresta. Cabalgamos por entre el torbellino de la bullente espuma que caía a ambas bandas de la balsa, mientras el lomo de la ola pasaba debajo de nosotros. En ese momento la proa se levantó en el aire y resbalamos con la popa hacia abajo en una profunda depresión. Inmediatamente después llegó la siguiente muralla de agua, que nos levantó en un segundo con gran

violencia, y al llegar a la cresta, las masas de agua rompieron sobre la popa. El resultado fue que la balsa giró, presentando de lleno su costado a las olas, y fue imposible volverla a rumbo con la suficiente rapidez. Llegó la tercera ola, que se erigió entre franjas de espuma como una muralla centelleante que principiaba ya a derrumbarse justamente antes de llegar a nosotros. Cuando cayó, no pude hacer otra cosa sino asirme con toda mi fuerza al saliente de una viga de bambú del techo de la caseta; allí contuve la respiración mientras sentía que éramos arrojados hacia el cielo y todo lo que estaba a mi alrededor era arrastrado entre turbulentos remolinos de espuma. En un segundo, nosotros y la «Kon-Tiki» estábamos otra vez a flote sobre el agua, deslizándonos suavemente en la pendiente posterior de una montaña líquida. Luego, el mar volvió a su estado normal. Las tres grandes olas, altas como murallas, corrían hacia adelante, y a popa, a la luz de la Luna, vi una hilera de cocos que flotaban danzando en la superficie.

La última ola le dio a la caseta un golpe tan violento, que Torstein fue arrojado de cabeza contra el rincón de la radio y todos se despertaron asustados con el ruido, mientras el agua chorreaba entre los troncos y a través del mamparo. En el costado de babor de la cubierta de proa, el tejido de bambú había sido levantado, quedando como un pequeño cráter, y la canasta de inmersión fue aplastada contra la popa; todo lo demás estaba como antes. Nunca pudimos explicarnos satisfactoriamente de dónde vinieron aquellas tres grandes olas, a menos que fueran producidas por movimientos del fondo submarino, que no son raros en esas regiones.

Dos días más tarde tuvimos nuestra primera tormenta. Principió con el total decaimiento del viento alisio y con el reemplazo de las blancas nubes que corrían como plumas llevadas por los alisios en el cielo por la súbita invasión de un banco negro de nubes que vino acumulándose sobre el horizonte desde el Sur. Entonces llegaron rachas de viento de las más inesperadas direcciones, de manera que era imposible para el hombre de guardia mantener el rumbo. Tan pronto como poníamos nuestra popa orientada a la nueva dirección del viento para que la vela se inflara tiesa y segura, venía otra racha de dirección diferente, encogiendo el orgulloso seno de la vela y haciéndola girar y flamear, con peligro para la tripulación y la carga. De pronto, el viento comenzó a soplar de la dirección de donde

dormir, además de otros artículos mojados que habíamos puesto a secar sobre la arena. Un día más en esta soleada isla y todo estaría seco. Los telegrafistas tuvieron también que abandonar su tarea, para esperar a que el sol del día siguiente secara el interior del aparato. Tomamos los sacos de dormir y les dimos vuelta del revés, mirando a quién pertenecía el más seco. Bengt ganó, pues el suyo no chorreó agua cuando le dio la vuelta. ¡Qué bueno era poder dormir en seco!

Cuando despertamos a la mañana siguiente, estaba levantándose el Sol. La vela estaba hundida y llena de agua de lluvia, clara como el cristal. Bengt se hizo cargo de esta riqueza; luego se fue cachazudamente hacia la laguna y trajo algunos curiosos peces que atrapó en los canales, para el desayuno.

Aquella noche Herman sintió dolores en el cuello y la espalda, en el sitio en que se había lastimado antes de salir de Lima, y Erik tuvo un retorno de su desaparecido lumbago. Por lo demás, todos habíamos salido del viaje sobre el arrecife sorprendentemente bien librados; teníamos tan sólo pequeñas lastimaduras y cortes, con excepción de Bengt, que sufrió un fuerte golpe en la frente cuando cayó el mástil y le produjo una ligera conmoción. Mi aspecto era singular, pues tenía los brazos y las piernas llenos de excoriaciones y morados, por la presión que hice contra los cabos. Pero nadie se sentía tan mal como para no tomar un rápido baño en la cristalina laguna antes del desayuno. Era una laguna inmensa. A lo lejos aparecía azul y rizada por viento alisio, y era tan ancha que apenas podían ver entre la bruma las copas azuladas de las palmeras que crecían en una cadena de islas que marcaban la curva del atolón por el otro lado. Pero aquí, a sotavento de las islas, los vientos alisios pasaban rozando sobre los penachos de las palmeras haciéndolas balancearse; y la laguna era un espejo inmóvil que reflejaba su belleza. El agua, muy salada, era tan pura y clara, que los abigarrados corales a tres metros de profundidad parecían tan cerca de la superficie que temíamos cortar los pies mientras nadábamos. El agua estaba llena de preciosos peces de colores. Era un mundo maravilloso, que invitaba a la aventura. El agua estaba lo suficientemente fría para refrescarse y el aire era tibio y seco por el mucho sol. Pero hoy no teníamos tiempo para gozar de esto; debíamos regresar a la playa muy pronto, pues Rarotonga podía dar alarmantes noticias si no oía nada de la balsa al término del día.

Puestos sobre trozos de coral, teníamos bobinas y otros accesorios de radio secándose al sol, y Torstein y Knut seguían atornillando y armando. Pasó todo el día y la atmósfera se hizo más y más febril. Todos abandonamos lo que estábamos haciendo y nos apiñamos junto a la radio con la esperanza de poder ayudar en algo. Debíamos estar en el aire antes de las diez de la noche, porque en ese momento pasaría el límite de las treinta y seis horas, y el aficionado de Rarotonga enviaría llamadas pidiendo aviones y expediciones de socorro.

Pasó el mediodía, pasó la tarde y se puso el Sol. ¡Si el hombre de Rarotonga no se precipitara! Las siete, las ocho, las nueve. La tensión era tremenda. El transmisor no daba el menor signo de vida, pero el receptor, un NC-173, principió a dejarse oír al principio de su escala y oímos una música muy tenue. Pero aún no en la onda de aficionados. Algo era, sin embargo; quizá se trataba de una bobina húmeda que estaba comenzando a secarse por dentro. El transmisor seguía mudo como una piedra; había cortocircuitos y chispas por todas partes. Quedaba menos de una hora. ¡No íbamos a conseguirlo!

Abandonamos el transmisor grande y probamos con el pequeño, el de sabotaje, procedente de la guerra. Habíamos intentado hacerlo trabajar varias veces durante el día, sin resultado alguno. Quizá ahora estaría más seco. Las baterías estaban todas perdidas y le procuramos energía eléctrica dándole vueltas a un generador de mano. Era un trabajo pesado y los cuatro legos en materia de radio nos turnamos todo el día haciendo girar la infernal maquina.

Las treinta y seis horas habían pasado muy pronto; recuerdo que alguien susurró: «Faltan siete minutos; cinco minutos...» Y desde entonces nadie volvió a mirar el reloj. El transmisor estaba tan mudo como antes, pero el receptor iba aumentando su capacidad hacia la onda conveniente. De repente, sonó en la frecuencia del hombre de Rarotonga y oímos que estaba en contacto constante con la estación de Tahití. Al poco rato, escuchamos el siguiente fragmento de mensaje de Rarotonga:

—...Ningún avión de este lado de Samoa. Estoy seguro...

Y aquí se apagó otra vez. Nuestra nerviosidad era intolerable. ¿Qué estarían preparando allá? ¿Habrían comenzado ya a enviar aviones y expediciones de socorro? Lo que sí era seguro es que en todas direcciones estarían cruzando el aire mensajes sobre nosotros.

CAPÍTULO VIII

ENTRE POLINESIOS

Nuestra pequeña isla estaba deshabitada. No tardamos en conocer cada grupo de palmeras cada playa, pues nuestro paraíso apenas tenía doscientos metros de extremo a extremo y su punta culminante estaba a menos de dos metros sobre el nivel de la laguna.

Sobre nuestras cabezas, de las copas de las palmeras, colgaban grandes racimos de cocos verdes, con su gruesa corteza que aísla del sol tropical la linfa fresca; no íbamos, pues, a padecer sed durante la primeras semanas. Había también cocos en sazón, un enjambre de cangrejos y toda clase de peces en la laguna. Lo pasaríamos bien.

En el lado norte de la isla encontramos los restos de una vieja cruz de madera sin pintar, casi enterrada en la arena de coral. Desde aquí, y mirando al Norte, se divisaba todo el flanco del arrecife, hasta los restos del naufragio que habíamos visto de cerca cuando veníamos derivando hacia nuestro encalladero. Más al Norte aún, a través de una bruma azulada, alcanzamos a ver las copas de las palmeras de otra isleta. La isla situada más al Sur era muy frondosa y quedaba más cerca. No se advertían signos de vida en ninguna de ellas, pero por el momento teníamos muchas otras cosas en que pensar.

«Robinson» Hesselberg llegó cojeando bajo su gran sombrero de paja, con los brazos llenos de cangrejos; Knut hizo fuego con un poco de madera seca y a los pocos minutos teníamos cangrejos y leche de coco con café como complemento.

—Se siente uno bien en tierra firme, ¿verdad, muchachos? —dijo Knut, contentísimo.

Él era el único que ya había hecho esta experiencia durante el viaje. Mientras hablaba, dio un traspíe y derramó media tetera de agua hirviente casi sobre los pies de Bengt. Todos nos tambaleábamos algo el primer día de pisar tierra firme después de ciento y un días en la balsa, y de repente dábamos contra los troncos de las palmeras, porque asegurábamos los pies tratando de contrarrestar una ola que no venía.

Cuando Bengt nos entregó nuestros respectivos cubiertos, Erik se sonrió. Recuerdo

que después de la última comida a bordo me había inclinado sobre la borda para lavar mis cubiertos como siempre, y que entonces Erik, mirando el arrecife, dijo: «Yo no me tomo la molestia de lavar esto». Cuando encontró sus cosas en la caja de la cocina, estaban tan limpias como las mías.

Después de la comida y de estar un buen rato tendidos en la playa, nos pusimos todos a montar el remojado aparato de radio. Debíamos arreglarlo rápidamente, a fin de que Knut y Torstein pudieran llamar al hombre de Rarotonga, antes de que diera la triste noticia de nuestro fallecimiento.

La mayor parte del equipo de radio había sido ya traído a tierra. Entre las cosas que estaban flotando junto al arrecife, Bengt encontró una caja, a la que echó mano. Un fuerte choque eléctrico lo hizo saltar en el aire: no cabía duda de que el contenido pertenecía a la sección de radio. Mientras los operadores destornillaban, acoplaban y armaban, nosotros montamos el campamento.

Entre los escombros del naufragio encontramos la empapada lona de la vela y la arrastramos a la isla. Allí la pusimos a secar entre dos palmeras, en un claro que miraba hacia la laguna, y aseguramos los otros extremos con cañas de bambú que venían flotando desde el lugar del naufragio. Un espeso seto de floridos matorrales nos dio soporte para la vela, de modo que teníamos techo y tres paredes, además de una magnífica vista sobre la laguna y el perfume de las flores que impregnaban nuestro olfato. Realmente era magnífico estar allí; todos nos encontrábamos de buen humor y gozábamos de nuestra tranquilidad. Hicimos las camas con hojas de palmas, quitando las piedras de coral que asomaban entre la arena y nos molestaban. Antes de que cayera la noche disponíamos ya de un espacioso y cómodo alojamiento; sobre nuestras cabezas veíamos la cara barbuda del viejo Kon-Tiki. Ya no hinchaba el pecho con el viento del Este detrás de sí; ahora se estaba quieto, con la espalda vuelta a las estrellas que centelleaban sobre la Polinesia.

En la maleza que nos rodeaba estaban colgadas las banderas y nuestros sacos de

venía el mal tiempo, y mientras las negras nubes rodaban sobre nosotros, la brisa fue convirtiéndose en un fortísimo ventarrón que creció hasta volverse casi un huracán.

En el curso de un tiempo increíblemente corto, las olas llegaron por todas partes a tener cinco metros de alto, a la vez que crestas aisladas zumbaban a siete u ocho metros sobre los senos del mar, de manera que las teníamos al nivel del mástil cuando la balsa estaba en el fondo de las depresiones. Todos los tripulantes tuvieron que acudir a cubierta, agachados previsoramente, mientras el viento sacudía las paredes de bambú y silbaba y aullaba en todo el aparejo.

Para proteger el aparato de radio extendimos lonas sobre el mamparo de popa y el costado de babor de la caseta. Se aseguró toda la carga suelta y arriamos la vela, colocándola, enrollada, sobre la cubierta. Cuando el cielo se cubrió completamente, el mar se volvió negro y amenazador y por donde se volviera la vista no se veían sino las crestas blancas de las olas que reventaban. Largas franjas de espuma muerta quedaban como estrías en el ancho lomo de las grandes olas, y en todos los lugares donde las cimas de las olas se habían reventado y hundido, se veían manchas verdes, como heridas, espumando largo tiempo sobre el azul negro del mar. Las crestas volaban en el momento de romperse y caían sobre la superficie como una ducha de sal. Cuando la lluvia tropical comenzó a caer sobre nosotros en chubascos casi horizontales y barrió la superficie del mar, invisible para nuestros ojos, el agua que corría sobre nuestras cabezas y espaldas tenía sabor salobre, mientras dábamos traspiés por la cubierta, desnudos y ateridos, vigilando que todo a bordo estuviera en orden para capear el temporal.

Cuando la tormenta empezó a cernirse sobre el horizonte, eran visibles en nuestras caras la ansiedad y la tensión de la espera. Pero cuando estuvo ya sobre nosotros con toda su fuerza y vimos que la «Kon-Tiki» se lo tomaba todo con despreocupación y buen humor, la tormenta se convirtió para nosotros en una nueva y excitante forma de deporte y gozábamos con la furia desencadenada a todo nuestro alrededor. La balsa dominaba con facilidad increíble la marejada, levantándose sola sobre las cumbres de las grandes olas como un corcho, mientras todo el peso del agua enfurecida estaba siempre unos cuantos centímetros más abajo. El mar tiene mucho de común con las montañas en un tiempo

así; era como estar en despoblado en una tormenta, en lo más alto de unas montañas grises y desnudas. Aun cuando estábamos en el mismo corazón de los trópicos, mientras la balsa se deslizaba hacia arriba y hacia abajo en la humeante desolación del mar, nos imaginábamos siempre estar esquiando por las pendientes de las colinas entre masas de nieve y aristas de piedra. El entonces timonel tenía que mantener los ojos muy abiertos en semejante tiempo. Cuando pasaban las más escarpadas olas por la parte proel de la balsa, la parte popel de los troncos quedaba en el aire, pero un segundo después volvía a caer para levantarse de nuevo con la ola siguiente. Las olas venían cada vez más tan cerca una de otra, que la de atrás nos alcanzaba cuando la otra todavía estaba manteniendo nuestra proa en el aire; entonces las compactas sábanas de agua se desplomaban sobre el hombre de guardia en un terrorífico torbellino, pero un instante después la popa estaba otra vez en alto y la inundación desaparecía como entre los dientes de un tenedor.

Nosotros habíamos calculado que de ordinario, en un mar tranquilo, donde, por lo general, pasan siete segundos entre una y otra de las olas más altas, embarcábamos doscientas toneladas de agua por la proa cada veinticuatro horas; mas esto apenas se podía notar porque se escurría entre las piernas del timonel y desaparecía enteramente otra vez entre los troncos. Pero en una fuerte tormenta como ésta, caían a bordo más de diez mil toneladas de agua en nuestra popa cada veinticuatro horas, considerando que cada cinco segundos la carga variaba desde unos cuantos galones a dos o tres metros cúbicos y a veces mucho más. A menudo las olas estallaban a bordo con estruendo ensordecedor, de manera que el timonel estaba con el agua hasta la cintura y sentía como si estuviera abriéndose paso contra la corriente de un río torrencial. La balsa parecía quedarse temblando por un momento, pero la tremenda carga que gravitaba sobre su popa desaparecía nuevamente en grandes cascadas.

Herman pasaba todo el tiempo afuera, con su anemómetro, midiendo las ráfagas huracanadas, las cuales duraron veinticuatro horas. Después fueron decayendo gradualmente hasta convertirse en una fuerte brisa, con chubascos por todas partes, que continuaban manteniendo el mar como si hirviera alrededor de nosotros; mientras tanto seguíamos avanzando hacia el Oeste. Para obtener mediciones precisas del viento entre aquellas

montañas de agua, Herman tenía que subir, cuando podía, al tembloroso mástil, donde hacía esfuerzos inauditos por mantenerse.

Cuando el tiempo moderó, vimos como si todos los grandes peces que nos rodeaban sufrieran un paroxismo de furor. El agua de alrededor estaba llena de tiburones, atunes, dorados y algunos aturdidos bonitos; todos retorciéndose por debajo de la balsa y en las olas cercanas. Era una lucha incesante de vida o muerte. Los dorsos de los grandes peces se arqueaban sobre el agua y se precipitaban como cohetes, unos a la caza de los otros por pares, y el agua próxima a nosotros quedó repetidamente teñida de sangre espesa. Los combatientes eran principalmente atunes y dorados, y éstos venían en grandes bandadas que se movían más vivaz y rápidamente que de costumbre. Los atunes eran los atacantes; a menudo un pez de ochenta a cien kilos daba un salto en el aire llevando en la boca la sangrienta cabeza de un dorado. Pero aun cuando algunos dorados aislados escapaban llevando detrás de sí a un atún en furiosa persecución, el grueso del banco de dorados no cedía terreno, a pesar de que se veía a algunos con grandes heridas en el pescuezo. Una y otra vez los tiburones parecían también ciegos de rabia, y los vimos luchar con grandes atunes, los cuales encontraban en el tiburón un enemigo superior.

No se veía ni uno solo de los pacíficos peces pilotos. O habían sido devorados por los furiosos atunes, o se hallaban escondidos en los huecos bajo la balsa, o habían escapado del campo de batalla. Desde luego, no nos atrevimos a meter la cabeza dentro del agua para ver.

Tuve una desagradable sorpresa, y no pude dejar de reírme más tarde de mi completo atolondramiento, cuando me hallaba a popa obedeciendo a una exigencia de la naturaleza. Estábamos ya acostumbrados a sufrir pequeñas mojaduras en el trasero, pero parecía contrario a toda razonable probabilidad que pasara algo más, cuando, inesperadamente, recibí un golpe por detrás, con algo grande, frío y muy pesado que subió a pegarme, como si fuera la cabeza de un tiburón. Al instante, subí rápido por el estay del palo con la sensación de llevar un tiburón colgado de mis partes traseras, antes de que pudiera reponerme del susto. Herman, que, sentado a la espadilla, se doblaba de risa, pudo decirme al fin que un gran atún me había dado un golpe de costado en mis desnudeces con algo así como ochenta kilos de pescado. Más

tarde, cuando Herman y después Torstein estaban de guardia, el mismo pez trató de saltar varias veces por la popa con las olas, y dos veces el enorme bicho estuvo ya sobre los troncos de popa, pero cada vez consiguió escaparse antes de que le echáramos el guante, por lo resbaladizo de su cuerpo.

Después de esto, un atontado bonito subió a la balsa con una ola, y con éste y un atún cogido la víspera decidimos ponernos a pescar, para poner orden en el sanguinario caos que nos rodeaba.

Nuestro diario dice:

«Primero enganchamos un tiburón de dos metros, que subimos a bordo. Tan pronto como volvimos a echar el anzuelo, se lo tragó un tiburón de dos metros y medio, al que también izamos. Cuando volvimos a echar el cebo, cogimos un nuevo tiburón de dos metros, pero apenas lo habíamos izado hasta el borde de la balsa, se escapó. Volvimos a largar el anzuelo y un tiburón de dos metros y medio nos dio una ruda batalla; teníamos ya la cabeza sobre los troncos, cuando los cuatro alambres de acero se partieron y el animal desapareció en las profundidades. Nuevo anzuelo al agua y subimos otro tiburón del mismo tamaño. En aquel momento era peligroso seguir pescando en los resbalosos troncos de popa, porque los tres tiburones, mucho tiempo después de que los creíamos muertos, continuaban de cuando en cuando levantando la cabeza y mordiendo en el aire. Arrastramos los tiburones por la cola y los llevamos hacia proa, colocándolos en cubierta, y poco tiempo después cogimos un gran atún, el cual nos dio una pelea más fuerte que la que había dado cualquiera de los tiburones que estaban a bordo. Era tan pesado y gordo, que ninguno de nosotros pudo levantarlo por la cola.

«El mar seguía lleno de lomos furiosos. Pescamos otro tiburón, que se escapó cuando lo estábamos subiendo, y enseguida cogimos otro de dos metros, que logramos meter a bordo, y después otro más pequeño. Luego cogimos uno de dos metros, y cuando el anzuelo volvió al mar, cobramos otro de dos metros y medio.»

Por cualquier parte de la cubierta que fuéramos encontrábamos grandes tiburones que obstruían el camino, azotaban aquélla convulsivamente con la cola y daban contra la caseta al volverse para morder en el aire. Cansados y agotados como estábamos ya al ponernos a pescar después de aquellas noches de tormentas, nos quedamos como atontados sin saber cuáles estaban muertos,

cada marca que dejaban mis pies descalzos en la arena virgen que se extendía hasta el pie de los troncos. A los pocos minutos nos encontramos ya bajo la sombra de las palmeras y fui hasta el centro mismo del pequeño islote. Verdes cocos pendían de los penachos de las palmas y había matorrales totalmente cubiertos de unas flores blancas que exhalaban un perfume tan delicioso, que sentía como si fuera a desvanecerme. En el centro de la isla, dos mansas golondrinas de mar volaron a la altura de mi hombro; eran tan blancas, que parecían arrancadas de una nube. Pequeñas lagartijas huían debajo de mis pies, pero los habitantes más importantes de la isla eran unos cangrejos ermitaños rojos que caminaban pesadamente por todas partes, llevando conchas de caracol del tamaño de un huevo adheridas a la parte blanda trasera.

Me sentía abrumado. Caí de rodillas y metí profundamente las manos en la seca y caliente arena.

El viaje había terminado. Todos estábamos a salvo. Habíamos encallado en una isleta

deshabitada del Mar del Sur. ¡Y qué isla! Torstein llegó, tiró un saco que traía y se tendió de espaldas en la arena, mirando las copas de las palmeras y los blancos pájaros que estaban describiendo silenciosos círculos sobre nosotros. En el acto estuvimos los seis echados allí en la arena. Herman, siempre lleno de energía, trepó a un cocotero y bajó un racimo de cocos verdes. Los cortamos con nuestros machetes, como si hubieran sido huevos, y dejamos correr en nuestras gargantas la más deliciosa de las bebidas del mundo: el agua dulce y fresca del fruto aún sin masa de la palmera. En el arrecife, allá lejos, seguía tronando el monótono tamboreo de los guardianes en las puertas del Edén.

Confortablemente tendidos en el suelo, sonreíamos a las blancas nubes que los vientos alisios llevaban siempre hacia Occidente. Ya no seguiríamos más a su merced. Ahora estábamos en una isla firme, inmóvil, en la Polinesia.

Y mientras nos estirábamos en la arena, las rompientes allá fuera seguían con su estruendo como un tren que fuera y viniera, una y otra vez, a lo largo de todo el horizonte.



En el agua profunda de la laguna, dentro del arrecife, vimos algo que brillaba con el sol. Cuando vadeamos para recoger el objeto, nos encontramos sorprendidos con dos latas de conservas vacías. No era exactamente lo que habíamos esperado encontrar, y nos quedamos más sorprendidos aún cuando vimos que eran nuevas y que tenían la etiqueta «piña», en los mismos caracteres que las de las nuevas raciones que estábamos probando en nuestro viaje. Eran indudablemente dos de nuestras latas que habíamos tirado al mar después de nuestra última comida a bordo de la «Kon-Tiki». Las habíamos seguido a poca distancia.

Permanecíamos de pie sobre cortantes bloques de coral, mas en el fondo desigual estábamos a veces metidos en el agua hasta el tobillo y otras hasta el pecho, según que pisáramos en las aristas, en el lecho formado por las corrientes o en los canales. Las anémonas y corales daban a todo el arrecife la apariencia de un jardín de rocas cubiertas con musgo y cactus y plantas fosilizadas, rojas y verdes, amarillas y blancas. No había color que no estuviera presente, ya fuera en el coral o en las algas, en los caracoles marinos y conchas o en la variedad de peces fantásticos que nadaban por todas partes. En los canales más profundos había pequeños tiburones de un metro o metro y medio de largo que venían a curiosarnos, pero no teníamos sino que golpear el agua con las manos para espantarlos y mantenerlos a distancia.

Donde habíamos encallado no existían sino pocetas de agua y húmedos bancos de coral; más allá se extendía en calma la laguna azul. La marea estaba bajando y a cada momento surgían más corales alrededor de nosotros, a la vez que la turbulenta superficie, que tronaba al otro lado sin interrupción, se iba hundiendo, por así decirlo, un piso más abajo. No sabíamos lo que pasaría después en el estrecho arrecife, cuando volviera a subir la marea. Era, pues, urgente salir de allí.

El arrecife se extendía como la muralla de una fortaleza semisumergida hacia el Norte y hacia el Sur. En el extremo sur había una isla larga densamente cubierta por un alto palmar. Y a unos quinientos o seiscientos metros al Norte había otra isla también cubierta de palmeras, pero considerablemente más pequeña; quedaban dentro del arrecife, con las altas copas de sus palmas destacándose contra el cielo, y tenía una arena blanca como la nieve en las playas del lado de la laguna. La isla entera parecía una gran canasta de flores o,

tal vez mejor, un concentrado y diminuto paraíso. Escogimos ésta.

Herman estaba junto a mí, radiante con toda su barbada faz. No decía una palabra, solamente extendía la mano y reía quedamente. La «Kon-Tiki» quedaba allá lejos sobre el arrecife, rodeada de la espuma del mar. Era un despojo, pero un despojo honorable. Veíase toda destrozada en su cubierta, pero los nueve troncos de balsa de la selva de Quevedo en el Ecuador estaban intactos como siempre. Ellos nos habían salvado la vida. El mar se llevó una pequeña parte de nuestra carga, pero nada de lo que habíamos acondicionado en la caseta. Nosotros mismos despojamos a la balsa de todo lo que tenía algún valor y lo pusimos pronto a salvo sobre las oleadas de coral, en la parte interior del arrecife. Desde que salté fuera de la balsa eché de menos los peces pilotos que nadaban delante de nuestra proa. Ahora los grandes troncos de balsa estaban sobre el arrecife, con quince centímetros de agua, y oscuros caracoles de mar evolucionaban debajo de ellos. Los peces pilotos habían desaparecido. Los dorados también se fueron. Sólo había ahora unos chatos peces desconocidos con colores de pavo real y colas romas que nadaban curiosamente entre los troncos. Habíamos llegado a un mundo nuevo. «Johannes» también había abandonado su hueco y probablemente hallado otro escondrijo.

Eché una última mirada entre los escombros y vi una pequeña palmerita en una canasta achatada. Salía de uno de los lados de un coco y medía unos cuarenta y cinco centímetros; por el otro lado aparecían dos raíces. Fui vadeando hacia la isla con el coco en la mano. Un poco delante, vi a Knut, que iba alegremente llevando bajo el brazo un modelo de la balsa, que había fabricado con gran trabajo durante el viaje. Muy poco después pasamos a Bengt. Era un mayordomo espléndido. Con un gran chichón en la frente y su gran barba goteando agua, caminaba inclinado empujando una caja que danzaba en el agua cada vez que las rompientes dejaban pasar una corriente dentro de la laguna. Levantó orgullosamente la tapa. Era la caja de la cocina; llevaba allí el «Primus» y los utensilios de cocina en perfecto orden.

No olvidaré nunca este camino sobre el arrecife hacia la paradisíaca isla cubierta de palmeras, que iba agrandándose a medida que nos acercábamos. Cuando llegué a la soleada playa, me quité los zapatos y metí los desnudos pies en la arena tibia y seca. Gozaba con

cuáles podían aún moverse en convulsiones y morder al acercarnos a ellos y cuáles estaban aún perfectamente vivos y al acecho de un descuido nuestro, con sus verdes ojos de gato. Cuando tuvimos a bordo nueve grandes tiburones echados en todas direcciones, estábamos tan cansados de tirar de los pesados cables y luchar con las contorsiones de las fieras, que abandonamos la pesca después de cinco largas horas de faena.

Al día siguiente había menos dorados y atunes, pero tantos tiburones como antes. Principiamos a pescar y a subirlos a bordo, pero nos detuvimos pronto, porque advertimos que la sangre fresca que corría fuera de la balsa no hacía sino atraer más y más tiburones. Los tiramos, pues, todos al mar, y lavamos la cubierta, limpiándola completamente de sangre. Las esteras de bambú estaban destrozadas por los dientes y la áspera piel de los tiburones, de manera, pues, que tiramos al agua las más destruidas y ensangrentadas y las reemplazamos con otras nuevas de bambú amarillo dorado, de las que teníamos algunos rollos amarrados a la cubierta proel.

Durante varias tardes, cuando nos retirábamos, vimos en nuestra imaginación voraces mandíbulas abiertas y tuvimos metido en las narices el olor a sangre y carne de tiburón. Hubiéramos podido comer tiburón, pues sabe a merluza si se le quita el amoníaco sumergiendo la carne veinticuatro horas en agua de mar, pero el bonito y el atún eran infinitamente mejores.

Aquel día, por primera vez, oí decir a uno de los compañeros que sería muy agradable poderse estirar a su gusto en el verde césped de una isla llena de palmeras; empezaba a estar harto de no ver otra cosa que pescado y mar gruesa.

El tiempo había calmado otra vez, pero ya no fue nunca tan constante ni de confiar como antes. Violentas e imprevisibles rachas de viento traían esporádicamente consigo grandes chubascos que veíamos llegar con alegría, pues una buena parte de nuestra provisión de agua había comenzado a corromperse y sabía a repugnante agua de pantano. En lo fuerte del chaparrón, recogíamos agua del techo de la caseta y nos parábamos desnudos en cubierta para darnos el lujo de lavar con agua dulce la sal de nuestros cuerpos.

Los peces pilotos habían vuelto nuevamente y nadaban en los sitios de costumbre, pero no habríamos podido decir si eran los mismos que habían regresado después de la sangrien-

ta batalla o si eran nuevos adeptos que se nos pegaron en el calor del combate.

El 21 de julio volvió a amainar el viento por completo. Había una opresión y una absoluta quietud en la atmósfera y por experiencias anteriores sabíamos muy bien a qué atenernos.

Tras unas violentas rachas del Este, Oeste y Sur, el viento refrescó y se convirtió en una constante brisa del Sur, donde negros y amenazadores nubarrones volvían a amontonarse rápidamente sobre el horizonte. Herman estaba todo el tiempo afuera, midiendo con su anemómetro hasta 18 metros y más por segundo. De pronto, el saco de dormir de Torstein cayó al agua, y lo que pasó en los segundos siguientes se necesita mucho menos tiempo para hacerlo que para decirlo. Herman trató de coger el saco, dio un paso en falso y cayó al agua. Oímos un ahogado grito pidiendo ayuda entre el ruido de las olas y vimos su cabeza, y un brazo que hacía señales, al mismo tiempo que junto a él ondulaba un vago objeto de color verde. Herman estaba luchando por su vida, tratando de regresar a la balsa a través de una gran ola que lo había arrastrado de la banda de babor. Torstein, que estaba en la espadilla, y yo, a proa, fuimos los primeros en darnos cuenta del accidente y nos quedamos helados de terror. Gritamos: «¡Hombre al agua!» con toda la fuerza de nuestros pulmones, al mismo tiempo que corríamos al salvavidas más cercano. Los otros no habían oído el grito de Herman por el ruido del mar, pero en un abrir y cerrar de ojos había movimiento y baráunda en cubierta. Herman era un excelente nadador y aunque nosotros nos dimos cuenta enseguida de que su vida estaba en juego, teníamos la esperanza de que se las compondría para regresar al costado de la balsa antes de que fuera demasiado tarde.

Torstein, que estaba más cerca, cogió el tambor de bambú donde estaba el cabo que usábamos para el botecito salvavidas, y fue ésta la única vez en todo el viaje en que el cabo se atascó al desenrollarlo. Todo pasó en unos segundos. En ese momento, Herman estaba ya al mismo nivel de la popa de la balsa, pero separado unos cuantos metros, y su última esperanza era nadar hacia la pala de la espadilla y asirse de ella. Al fallarle el extremo de los troncos, se dirigió a la espadilla, pero tampoco la pudo alcanzar y fue a parar justamente donde la experiencia nos había enseñado que no podíamos recuperar nada de lo que allí cayera. Mientras Bengt y yo lanzábamos el bote, Knut y Erik tiraron el salvavidas; éste estaba

siempre listo, colgado en una esquina del techo de la caseta y amarrado a un cabo largo. Esta vez el viento era tan fuerte que, cuando lo lanzamos, de un soplo lo devolvió a bordo. Después de unos cuantos lanzamientos sin éxito alguno, Herman estaba ya bastante lejos de la espadilla, nadando desesperadamente para mantenerse a la velocidad de la balsa, pues la distancia se agrandaba con cada racha. Él se daba cuenta de que la separación iría inexorablemente en aumento, pero puso una débil esperanza en el botecito, que ya habíamos lanzado al mar. Sin el cabo que actuaba como un freno, hubiera quizá sido posible llevar el bote de caucho hasta el nadador, pero ¿cómo regresaría el botecito hasta la «Kon-Tiki»? Éste ya era otro cantar. Sin embargo, tres hombres en un bote de caucho tienen alguna posibilidad de salvarse; un hombre al agua no tiene ninguna.

De pronto, vimos a Knut tirarse de cabeza al agua. Llevaba el chaleco salvavidas en una mano y se mantenía así muy bien a flote. Cada vez que la cabeza de Herman aparecía en una ola, desaparecía la de Knut, y cuando aparecía éste, desaparecía el otro; pero llegó un momento en que vimos las dos cabezas a la vez: habían nadado el uno hacia el otro y ambos estaban ahora sostenidos por el salvavidas. Knut hizo señales con el brazo y como ya habíamos subido el bote, los cuatro nos asimos al cabo del salvavidas y comenzamos a halar desesperadamente de él, con los ojos fijos en un gran objeto oscuro que era visible justamente detrás de ellos. Esta misma bestia misteriosa que levantaba un enorme triángulo verde negruzco fuera de la superficie, sobre la cresta de las olas, fue causa de que casi le diera un síncope a Knut cuando la vio, al ir al encuentro de Herman. Sólo éste sabía que el triángulo no pertenecía ni a un tiburón ni a ningún otro monstruo marino: era la esquina inflada del saco impermeable de dormir que había sido la causa del accidente. Este saco no permaneció mucho tiempo a flote después de que hubieron subido los dos hombres sanos y salvos a la balsa. Sea lo que fuere lo que tiró del saco y lo sumergió súbitamente en las profundidades, se había perdido por poco una presa mucho mejor.

—Menos mal que no estaba yo dentro —dijo Torstein aferrándose a la espadilla, cerca de donde se había escapado el saco.

Por lo demás, no hubo muchos chistes aquella noche. Durante mucho tiempo después, todos notábamos un escalofrío por el cuerpo entero cuando recordábamos los trá-

gicos momentos vividos aquella tarde. Pero esos escalofríos eran mitigados por el pensamiento, lleno de gratitud, de que todavía estábamos juntos los seis a bordo.

La misma noche, Herman y los demás nos superamos en decirle a Knut frases agradables, llenas de agradecimiento.

En realidad, no tuvimos mucho tiempo para pensar en lo que acababa de suceder, pues a medida que el cielo se ennegrecía sobre nuestras cabezas, las rachas de viento crecían en intensidad, y antes de que llegara la noche, teníamos una nueva tormenta encima. Acordamos poner el cinturón salvavidas a popa, firme a un largo cabo, de manera que pudiéramos tener algo detrás de la espadilla hacia donde nadar si uno de nosotros volvía de nuevo a caer en medio de un chubasco. Al llegar la noche, se volvió todo negro, ocultando la balsa y el mar. Danzando salvajemente arriba y abajo y hacia las bandas, no oíamos en la oscuridad sino el ruido de la tormenta ululando en los mástiles y la jarcia, mientras el viento huracanado presionaba con fuerza aplastante sobre los elásticos mamparos de la caseta, hasta el punto de que temimos la arrancara de cuajo. Afortunadamente, estaba cubierta con lonas y bien amarrada. Sentíamos la «Kon-Tiki» meciéndose con las olas espumantes, mientras los troncos se movían arriba y abajo al compás del oleaje como las teclas de un instrumento musical. A cada rato nos sorprendíamos de que no aparecieran surtidores de agua a través de las anchas rendijas del piso, pero éstas sólo actuaban como fuelles por los que subiera y bajara un aire húmedo.

Durante cinco días consecutivos, el tiempo varió entre tormenta furiosa y moderado temporal; el mar parecía como excavado en profundos valles llenos del vapor de las olas grisazuladas, las cuales parecían tener el lomo achatado bajo las embestidas del viento. Al quinto día, el cielo se abrió para dejarnos ver retazos de azul, y la siniestra capa de negros nubarrones empezó a dar paso al cielo claro, victorioso al fin. Habíamos salido del temporal con la espadilla aplastada y la vela rasgada; los tablonés de las orzas se habían medio desprendido y golpeaban entre los troncos como palancas de hierro, pues todos los cabos que las tenían ajustadas bajo el agua se habían aflojado. Sólo nosotros y la carga estábamos sin novedad.

Después de las dos tormentas, la «Kon-Tiki» se había debilitado en sus articulaciones. La tensión sufrida sobre el empinado

movió. Yo grité, con la vaga esperanza de localizar a los otros, y oí la tranquila voz de Bengt diciéndome que todos estaban a bordo. Permanecían echados, aferrados a los cabos detrás de la enredada barricada que había formado el duro tejido de lo que fuera cubierta de bambú.

Todo esto había sucedido en el transcurso de unos segundos; la «Kon-Tiki» acababa de salir de la infernal caldera arrastrada por la resaca, cuando una nueva montaña de agua vino sobre la balsa. Por última vez grité: «¡Agárrense!», con toda la fuerza de mis pulmones, en medio del fragor, y eso fue todo lo que hice. Me aferré a los cabos y desaparecí debajo del agua, que pasó sobre mí en dos o tres segundos interminables. Ya esto era suficiente para mí. Vi los extremos de los troncos golpeando y saltando contra un empinado escalón del arrecife de coral sin que logran subir sobre él; enseguida volvimos a ser arrastrados por la succión. Vi también a los dos hombres extendidos sobre el techo de la caseta, pero ya nadie volvió a sonreír. Detrás del caos de bambú, oí una calmada voz que decía: «Esto no marcha.»

Yo me sentía igualmente descorazonado. Como la perilla del mástil se inclinaba más y más sobre babor, me encontré de pronto colgado de un cabo flojo fuera de la balsa. Vino la ola siguiente. Cuando hubo pasado, yo estaba muerto de agotamiento y mi solo pensamiento era volver a los troncos y colocarme detrás de la barricada. Al retirarse la resaca, vi por primera vez el rugoso arrecife rojo, desnudo, emboscado debajo de nosotros, y percibí a Torstein de pie, pero agachado, sobre los brillantes corales rojos, asido a un pedazo de cabo que colgaba del mástil. Knut, que estaba a popa, se disponía ya a saltar. Le grité que todos debíamos permanecer en los troncos, y Torstein, que había sido barrido de la balsa por la presión del agua, volvió otra vez a trepar como un gato.

Dos o tres olas más rodaron sobre nosotros con fuerza decreciente, y no recuerdo lo que pasó entonces, excepto que el agua parecía hervir fuera y dentro y que yo seguía hundiéndome más y más abajo, hacia el arrecife rojizo sobre el cual íbamos siendo arrojados. Entonces, ya no vi sino crestas de espuma llenas de sal, que se arremolinaban en un torbellino, pero conseguí volver a la balsa, donde todos nos fuimos a la parte posterior de los troncos, que era la que más había montado sobre el arrecife.

Al mismo tiempo, Knut se agachó y saltó al arrecife, cogido al cabo que estaba suelto a popa. Mientras se retiraba la resaca, él vadeó unos treinta metros a la carrera, sentando los pies en terreno firme con el cabo en la mano, y cuando vino la siguiente ola, llegó hasta él ya muerta y retrocedió desde la parte plana del arrecife en un ancho reflujo.

En ese momento, Erik se arrastró fuera de la maltrecha caseta, calzado con sus zapatos. Como la caseta no había sido barrida al mar por la borda, sino simplemente achatada bajo las lonas, Erik permaneció echado entre las cajas y la carga, y había oído los estampidos de trueno estallar sobre su cabeza, mientras los mamparos de bambú se curvaban hacia adentro.

Bengt había sufrido una ligera contusión cuando cayó el mástil, pero consiguió meterse dentro de la aplastada caseta y se tendió al lado de Erik. Todos debíamos haber hecho lo mismo, de haber sabido con anticipación cuán firmemente resistirían los embates de las olas las incontables amarras y el tejido de bambú adherido a los troncos.

Erik ya estaba listo en el extremo de los troncos y, cuando se retiró la ola, saltó también a tierra. El turno siguiente era de Herman, y luego de Bengt. Cada vez era empujada la balsa un poco más, y cuando llegó el turno de Torstein y el mío propio, la «Kon-Tiki» estaba ya tan adentro del arrecife que no había necesidad de abandonarla y nos pusimos a trabajar en el salvamento.

En aquel momento nos encontrábamos a unos veinte metros de aquel endemoniado escalón del arrecife donde se quebraban las olas, unas tras otras, en largas líneas de asalto. Los pólipos de coral habían crecido en tal forma, que sólo las crestas de las olas muy altas podían enviarnos una pequeña corriente de agua y pasarnos a la laguna interior, llena de peces. Allí dentro estaba el verdadero mundo del coral, exhibiéndose en las más extrañas forma y colores.

A gran distancia, sobre el arrecife, encontraron los otros el bote de caucho, bastante lleno de agua pero todavía flotando. Lo vaciaron y llevaron al lugar del naufragio, donde lo cargamos hasta el tope con lo más importante del equipo, como el transmisor de radio, provisiones y botellas de agua. Llevamos todo esto hasta un enorme bloque de coral que estaba aislado en el interior del arrecife como un gran meteorito, y enseguida regresamos a la balsa en busca de más carga. No podíamos saber qué nos iba a deparar el mar cuando empezaran las corrientes de la marea.

antes de que el cerebro consienta en desasirse. Entonces sentí que toda la montaña de agua iba pasando y aflojando de mi cuerpo su garra endemoniada. Cuando toda la montaña había pasado rugiendo después de su ensordecedor estallido, vi a Knut todavía a mi lado, agachado y aferrado a sus cabos. Vista de atrás, la inmensa ola parecía plana y gris; al precipitarse adelante, barrió el techo de la caseta, que emergía del agua, y allí estaban prendidos los tres, aferrados con la misma desesperada energía contra el techo, mientras pasaba la montaña verde.

Estábamos todavía a flote.

En un instante, reasegué mi posición con brazos y piernas, retorciéndolos en el sólido cabo. Knut se desprendió y con un salto de tigre se juntó a los otros en las cajas, donde la caseta absorbía la presión. Oí sus voces de ánimo, pero al mismo tiempo vi cómo se le vantaba una nueva muralla verde y se acercaba para caernos encima. Les grité previniéndoselo, al mismo tiempo que me encogía y me hacía lo más pequeño posible. En un segundo, todo el infierno estaba otra vez sobre nosotros y la «Kon-Tiki» desaparecía completamente bajo las masas de agua. La ola tiraba y empujaba con toda la fuerza que podía ejercer sobre un pequeño y miserable cuerpo humano. A esta segunda ola siguió una tercera.

En este momento oí un grito de triunfo de Knut, que se había aferrado a la escala de gato:

—¡Miren la balsa, aguantan!

Después de aquellas tres olas, sólo el doble mástil y la caseta habían sido ligeramente doblados. Tuvimos otra vez una sensación de triunfo sobre los elementos, y el júbilo de la victoria nos dio nuevas fuerzas.

Pero allí atrás venía levantándose una nueva ola, más alta y fiera que las otras, y otra vez les grité advirtiéndolos, al mismo tiempo que trepaba en mi cabo tan alto como pude en mi apresuramiento. Desaparecí de costado dentro de la muralla verde que se levantaba altísima sobre nosotros. Los otros, que estaban delante y me vieron desaparecer, calcularon la altura de la montaña de agua en ocho metros y que la cresta espumante pasaba unos cinco metros sobre la parte verde vidriosa por donde yo había desaparecido. Luego la inmensa ola alcanzó a los demás, y ya no tuvimos todos sino un solo pensamiento: ¡agarrarse, agarrarse, agarrarse!

Esta vez debíamos de haber chocado ya contra el arrecife. Yo sentí sólo la tirantez del cabo, que parecía estirarse y aflojarse bruscamente. Pero, desde mi posición, no podía

decir si los golpes venían de abajo o de arriba, colgado como estaba. La inmersión entera duró sólo unos segundos, pero demandaba más energía y resistencia de las que habitualmente se tienen en el cuerpo. Hay en el mecanismo humano más reservas de las que residen sólo en los músculos. Yo tenía mi determinación: si había que morir, lo haría en esta posición, como un nudo en el cabo. La ola siguió adelante con un rugido y, cuando hubo pasado, se hizo visible un triste espectáculo: la «Kon-Tiki» había sufrido una total transformación, como al golpe de una vara mágica. La embarcación que habíamos conocido durante semanas y meses en el mar, ya no era la misma. En unos cuantos segundos, aquel agradable mundo nuestro se había convertido en los despojos de un naufragio.

No vi más que un hombre a bordo además de mí mismo. Estaba pegado al techo de la caseta, con los brazos extendidos a ambos lados, y la caseta misma había sido aplastada como un castillo de naipes hacia la popa y el costado de estribor. La figura inmóvil era Herman. No había otro signo de vida, mientras tronaba la montaña de agua por encima del arrecife. El brazo de estribor del mástil había sido roto como un palillo, y la parte superior, en su caída, había penetrado a través del techo de la caseta en tal forma, que el mástil y toda su jarcia estaban inclinados en un ángulo oblicuo sobre el arrecife, por el costado de estribor. A popa, el lugar donde trabajaba la espadilla había girado en sentido longitudinal, el travesaño estaba roto y la espadilla hecha astillas. Los rompeolas de la proa se habían destrozado como débiles cajas de tabacos y toda la cubierta estaba levantada y arrojada como papel mojado contra el mamparo proel de la caseta, junto con cajas, latas, lonas y toda clase de carga. Por todas partes salían cañas de bambú y cabos, y el efecto general era el del más completo caos.

Sentí correr un escalofrío por todo mi cuerpo. ¿De qué me había servido agarrarme con tal desesperación? Si perdía un solo hombre aquí, a la llegada, todo resultaría inútil, y por el momento no había a la vista sino una sola figura humana después del último golpe. En aquel momento apareció la curvada figura de Torstein fuera de la balsa; estaba colgado como un mono de los cabos que pendían de la parte alta del mástil, y se las compuso para trepar otra vez a la balsa, donde se abrió paso entre los escombros hasta la caseta. Herman levantó en ese momento la cabeza y me hizo una forzada mueca de aliento, pero no se

lomo de las olas había estirado todos los cabos, y el trabajo continuo de los troncos había hecho penetrar aquéllos dentro de la suave madera de balsa. Nos alegramos mucho de haber seguido la costumbre de los incas y no haber usado cables de alambre, los cuales habrían aserrado los troncos como palillos de dientes durante la tormenta. Y si hubiéramos usado madera de balsa seca como yesca desde el principio, la balsa habría naufragado haría mucho tiempo, desapareciendo bajo nuestros pies enchumbada por el agua del mar. Era la savia dentro de los troncos frescos lo que actuaba como impregnación e impedía que se metiera el agua en la porosa madera.

Los cabos se habían aflojado tanto, que era peligroso meter el pie entre dos troncos, pues podía ser comprimido por un movimiento violento de éstos. A proa y a popa, donde no había piso de bambú, teníamos que doblar las rodillas cuando estábamos de pie con las piernas separadas entre dos troncos. Los troncos de la popa eran resbalosos como cáscaras de plátano, por el musgo y las algas, y aunque el roce de los pies había abierto un sendero a través de ese verdor y habíamos puesto una ancha tabla donde el hombre de guardia pudiera tenerse, no era fácil conservar el equilibrio cuando una ola grande alcanzaba la balsa. Al costado de babor, uno de los nueve gigantes golpeaba contra los travesaños con un sonido sordo, de día y de noche. Surgieron también nuevos y alarmantes crujidos de los cabos que unían por su parte superior a los dos mástiles; en efecto, los pies de éstos trabajaban independientemente el uno del otro, pues descansaban en dos troncos distintos. Ajustamos la espadilla con largas tablas de mangle bien amarradas, y con Erik y Bengt como maestros veleros, la «Kon-Tiki» levantó nuevamente la cabeza e infló el pecho en una ancha comba hacia la Polinesia, mientras la espadilla danzaba detrás en un mar que el magnífico tiempo había hecho suave y apacible. Pero los tablones de las orzas nunca volvieron a ser lo que fueron; ya no tomaban la presión del agua con toda su fuerza, sino que cedían, colgando flojos debajo de la balsa. Era inútil también tratar de inspeccionar los cabos del fondo de la balsa, porque estaban completamente cubiertos de plantas marinas. Al levantar la cubierta de bambú, sólo encontramos rotos tres de los cabos principales, y esto fue debido a que habían estado expuestos a la continua fricción de la carga que los aprisionaba. Era evidente que los troncos habían absorbido una gran cantidad de agua, pero la carga también se había

aliviado, y una cosa compensaba la otra. Teníamos ya consumida la mayor parte de nuestras provisiones y del agua potable, así como también casi todas las pilas secas de la radio.

Sin embargo, después de la última tormenta, era evidente que podríamos seguir juntos y flotar perfectamente durante la corta distancia que nos separaba de las islas situadas frente a nosotros. Ahora bien, el otro gran problema era cómo iba a terminar el viaje.

La «Kon-Tiki» iría inexorablemente hacia Occidente hasta que su proa tocara roca sólida o algún objeto que detuviera finalmente su deriva. Nuestro viaje no terminaría hasta que todos desembarcáramos sanos y salvos en una de las numerosas islas de la Polinesia que teníamos por delante.

Quando pasamos la última tormenta, era totalmente incierto a dónde iría a parar la balsa; estábamos a igual distancia de las islas Marquesas y del archipiélago de Tuamotú, y en tal posición, que podíamos fácilmente pasar entre los dos grupos de islas sin siquiera poder echarle una mirada a ninguna de ellas. La más cercana de las Marquesas quedaba a trescientas millas al Noroeste, y la más próxima del grupo de Tuamotú, a trescientas millas al Sudoeste, y el viento y la corriente eran inseguros, con una dirección general hacia el Oeste, es decir, hacia el amplio portillo abierto entre los dos archipiélagos.

La isla más próxima hacia el Noroeste era nada menos que Fatu Hiva, la montañosa isleta cubierta de selva donde yo había vivido en una cabaña construida sobre pilares en la playa y donde había oído al viejo contarme vívidas historias del héroe ancestral Tiki. Si la «Kon-Tiki» llegaba a esa misma playa, yo iba a encontrar allí muchos conocidos, aunque era difícil que entre ellos estuviera el viejo. Debía de haber partido hacía mucho tiempo, con la esperanza de volver a juntarse con Tiki. Si la balsa hacía rumbo hacia la cadena de montañas de las islas Marquesas, yo sabía que las pocas que constituyen el grupo estaban muy separadas y que el mar rompía continuamente contra los acantilados verticales, y que tendríamos que estar con los ojos muy abiertos para dirigirnos a la entrada de uno de los pocos valles que siempre terminan en pequeñas playas.

Si, al contrario, se dirigía hacia los arrecifes de coral del grupo de las Tuamotú, allí las numerosas islas quedan muy cerca unas de otras y cubren una gran extensión del mar, pero este grupo es también conocido como el «archipiélago bajo» o «peligroso», porque toda la formación ha crecido enteramente

sobre pólipos de coral y consiste en traidores arrecifes sumergidos y atolones cubiertos de palmeras, que se levantan sólo dos o tres metros sobre la superficie del mar. Peligrosos arrecifes en forma de anillo se extienden como protección alrededor de cada atolón y son una amenaza para los que navegan en toda esa área. Pero aunque los atolones de Tuamotú estén formados de pólipos de coral y las islas Marquesas sean restos de volcanes extintos, ambos grupos están habitados por la misma raza polinesia, y las familias reales de ambos miran a Tiki como su antepasado original.

El 3 de julio, cuando todavía estábamos a mil millas de la Polinesia, la naturaleza misma se encargó de decirnos, como lo había hecho en su época con los primitivos navegantes de las balsas del Perú, que frente a nosotros había realmente tierra, en alguna parte del mar. Hasta que estuvimos a mil millas fuera de la costa del Perú, notamos la presencia de pequeños grupos de fragatas. Estas aves desaparecieron más o menos a los 100° Oeste, y luego ya no vimos sino pequeños petreles, que viven en el mar. Pero el 3 de julio, las fragatas reaparecieron a los 125° Oeste, y desde entonces en adelante encontramos pequeños grupos, ya fuera volando muy alto en el cielo, o deslizándose al ras de las crestas de las olas, donde cazaban peces voladores cuando saltaban al aire escapando de los dorados. Como estas aves no venían desde América detrás de nosotros, probablemente tenían sus nidos en otras tierras de enfrente.

El 16 de julio, la naturaleza se descubrió aún más claramente. Aquel día cobramos un tiburón de tres metros, que arrojó del estómago una enorme estrella de mar aún no digerida, la cual, evidentemente, había sido engullida en alguna costa cercana a estos mares.

Exactamente al día siguiente, tuvimos el primer visitante que venía sin duda de las islas de la Polinesia.

Fue un gran momento a bordo el de avistar dos grandes aves marinas en el horizonte; eran dos bubias que venían del Oeste y descendieron muy bajo, volando sobre nuestro mástil. Tenían una envergadura de metro y medio, y dieron varias vueltas a nuestro alrededor; luego plegaron las alas y se posaron sobre el mar a nuestro lado. Unos dorados se dirigieron apresuradamente hacia el lugar e hicieron un reconocimiento inquisitivo, pero ninguna parte atacó a la otra. Éstos fueron los primeros mensajeros vivos que vinieron a darnos la bienvenida desde la Polinesia. No regresaron a sus leja-

nas viviendas por la noche, sino que descansaron en el mar, y después de medianoche los sentíamos aún dando vueltas sobre el mástil, lanzando roncos chillidos.

Los peces voladores que caían a bordo eran ahora de una especie mucho mayor. Los reconocí, por haberlos visto antes en expediciones de pesca con los indígenas de Fatu Hiva. Durante tres días y tres noches nos dirigimos directamente hacia Fatu Hiva, pero surgió entonces un fuerte viento del Nordeste y nos empujó hacia el Sudoeste en dirección a los atolones de Tuamotú. Habíamos sido empujados fuera de la corriente subecuatorial, y las otras corrientes oceánicas ya no podían inspirarnos confianza. Un día estaban allí, otro desaparecían; ellas podían correr como ríos invisibles, ramificándose sobre el ancho mar. Si las corrientes eran rápidas, descendía la temperatura alrededor de un grado y el mar se volvía más picado. Conocíamos cada día su dirección y su fuerza por la diferencia entre las previsiones de Erik y la medición posterior de la posición real.

En la antesala de la Polinesia, el viento nos abandonó, dejándonos en menos de un pequeño brazo de la corriente, que con gran alarma nuestra tenía su curso en dirección al Antártico. El viento nunca amainó del todo; jamás dejamos de notarlo durante todo el viaje; cuando era muy débil, dábamos cuanta lona se podía encontrar para recoger el menor sopló. No hubo un solo día en que nos moviéramos hacia atrás, en dirección a América, y la singladura menor fue de nueve millas, en tanto que nuestro promedio de travesía fue de cuarenta y dos millas y media por día.

Los vientos alisios, al fin y al cabo, no iban a tener la descortesía de fallarnos en el último tramo. Comparecieron de nuevo a su puesto y empujaron y ayudaron a la destartada balsa, que estaba preparando su entrada a una nueva y extraña parte del mundo.

Cada día que pasaba venían mayores bandadas de aves marinas, que parecían dar vueltas sin rumbo en todas direcciones. Una tarde, cuando el Sol estaba ya para hundirse en el mar, notamos que las aves habían recibido un ímpetu violento. Volaban hacia el Oeste, sin poner atención ni a nosotros ni a los peces voladores debajo de ellas. Desde la parte alta del mástil podíamos ver, a medida que se aproximaban, que todas iban volando exactamente al mismo rumbo. Quizá ellas veían desde allá arriba algo que nosotros no podíamos vislumbrar. Quizá volaban por instinto; en cualquier caso, iban con un plan: directamente

»Son los restos de un naufragio lo que se ve sobre el arrecife. Estamos ahora tan cerca que podemos ver la tranquila y brillante laguna detrás de él y los perfiles de otras islas al otro lado de la laguna.»

Apenas se había escrito esto, cuando el sordo estruendo de las olas se acercó otra vez; venía de toda la barrera y llenaba el aire de un trágico redoble de tambores, como preludiando el último acto de la «Kon-Tiki».

«9:50. Ya muy cerca, flotando a lo largo del arrecife. Sólo unos cien metros. Torstein está hablando con el hombre de Rarotonga. Todo listo. Debo ya cerrar el libro. Todos con la moral muy alta; el desembarco se presenta difícil, pero ¡venceremos!»

Unos minutos más tarde largamos el ancla y tocó fondo. Como esperábamos, la «Kon-Tiki» viró sobre sí misma y puso su popa hacia las rompientes; nos mantuvo allí durante unos minutos de inapreciable valor para nosotros, mientras Torstein manipulaba su radio como un loco. Estaba hablando con Rarotonga. Las olas reventaban atronadoramente, lanzando espuma en el aire, y el mar se levantaba y bajaba con gran furia. Todos los tripulantes estaban trabajando en cubierta y Torstein había enviado su mensaje. Había dicho que estábamos yendo contra los arrecifes de Raroia y pidió a Rarotonga que estuviera a la escucha cada hora en la misma longitud de onda. Si nosotros permanecíamos en silencio por más de treinta y seis horas, Rarotonga debía hacerlo saber así a la Embajada de Noruega en Washington.

Las últimas palabras de Torstein fueron:

«O. K., nos quedan cincuenta metros. Allá vamos. Adiós.»

Entonces cerró la estación, Knut guardó los papeles y ambos salieron a cubierta tan rápidamente como pudieron para juntarse al resto de nosotros, porque se veía a las claras que el ancla estaba cediendo.

Las olas se volvían más y más grandes, con depresiones profundas entre ellas, y sentimos que la balsa era lanzada arriba y abajo, arriba y abajo, cada vez a mayor altura.

Se volvió a dar la orden: «¡Agarrarse; no importa la carga; agarrarse!»

Estábamos ahora tan cerca de la catarata interior, que ya no oíamos el continuo rugido a lo largo de los arrecifes. Ahora sólo percibíamos el estruendo aislado de las olas cada vez que la más cercana se estrellaba contra las rocas.

Todos estaban listos, cada uno prendido al cabo que creía más seguro. Sólo Erik se me-

tió en la caseta en el último momento. Había una parte del programa que aún no había cumplido: no encontraba sus zapatos.

Nadie estaba a popa, pues era allí donde se iba a recibir el primer choque. Tampoco eran seguros los dos estayes que venían desde la parte alta del mástil hasta la popa, porque si el palo caía, podrían quedarse colgando fuera de la balsa sobre el arrecife. Herman, Bengt y Torstein se subieron a unas cajas que habían sido fuertemente amarradas ante el mamparo proel de la caseta, y mientras Herman estaba prendido de los cabos que bajaban de lo más alto del techo, los otros dos se habían cogido de los cabos que bajaban del mástil y que antes habían servido para izar la vela. Knut y yo escogimos los estayes de proa del palo, porque si el mástil y la caseta y todo lo de a bordo era barrido, pensamos que ese cabo de proa permanecería siempre dentro de la balsa, ya que ahora las olas nos venían por adelante.

Cuando nos dimos cuenta de que las olas ya habían hecho presa en la balsa, cortamos el cabo del ancla y nos quedamos libres. Una ola se levantó debajo de nosotros y sentimos que la «Kon-Tiki» era lanzada al aire. Había llegado el momento supremo; corríamos sobre el lomo de la ola a una velocidad tremenda; nuestra desvencijada balsa crujía y gemía, retemblando bajo nuestros pies. La excitación hacía hervir nuestra sangre. Recuerdo que, no ocurriéndome otra cosa mejor, levanté un brazo y grité: «¡Hurra!», con toda la fuerza de mis pulmones. Esto me producía un cierto alivio y, al fin y al cabo, no hacía daño a nadie. Probablemente pensaron los otros que me había vuelto loco, pero todos aprobaron y sonrieron con entusiasmo. Corríamos con las olas que se precipitaban detrás de nosotros. Era el bautismo de fuego de la «Kon-Tiki». ¡Todo saldría bien!

Pero nuestra exaltación se enturbió súbitamente. Una nueva ola creció altísima detrás de nosotros, como una centelleante pared de vidrio verdoso; en el momento en que nos hundíamos, vino enroscándose como una garra gigantesca y en el mismo segundo en que la vi, inmensamente alta sobre mí, sentí un choque violento y quedé sumergido entre torrentes de agua. Sentí la succión en todo mi ser con una fuerza tan inmensa, que tuve que poner todos mis músculos a su máxima tensión y decirme a mí mismo: «¡Agárrate! ¡Agárrate!» Yo creo que en semejantes situaciones de desesperación, cuando el resultado es tan evidente, pueden ser arrancados los brazos

películas y otras cosas que no resistirían un remojo en agua salada. Toda la caseta de bambú la cubrimos con lonas, y éstas fueron amarradas con cabos sumamente fuertes.

Cuando vimos que había desaparecido la última esperanza, levantamos la cubierta de bambú y cortamos con nuestros machetes los cabos que sostenían las orzas de deriva. Fue faena difícil levantar los tablonés, pues estaban cubiertos de una espesa capa de robustas lapas. Con las orzas retiradas, la balsa no tenía más calado que el ancho de los troncos sumergidos y, por consiguiente, seríamos más fácilmente levantados sobre los arrecifes. Sin las orzas y con la vela arriada, quedó la balsa de costado y a merced completa de las olas y del viento.

Amarramos el cabo más largo que teníamos a un ancla improvisada y afirmamos el otro extremo al soporte de babor del palo; así la «Kon-Tiki» entraría en el remolino con la popa avante cuando el ancla fuera lanzada. El ancla consistía en latas de agua vacías que habíamos rellenado con baterías de radio gastadas, chatarra pesada y pedazos de mangle que se proyectaban en forma de cruz.

Orden número uno, que fue a la vez la primera y la última: «¡Aferrarse a la balsa!» Suciedera lo que sucediere, debíamos agarrarnos a la balsa y dejar a los nueve grandes troncos que aguantaran la colisión contra el arrecife. Bastante teníamos nosotros con soportar todo el peso del agua. En caso de saltar al mar, seríamos irremediamente presa de la tremenda succión que nos lanzaría en uno y otro sentido contra los cortantes arrecifes. El bote de caucho zozobraría por las encrespadas olas o, cargado con el peso de todos nosotros; sería hecho trizas contra las aristas de coral. Pero los troncos de madera, tarde o temprano, serían arrojados a la costa, y nosotros con ellos, con tal que nos mantuviéramos bien agarrados.

En segundo lugar se ordenó a todos los tripulantes que se calzaran los zapatos por primera vez en cien días y tuvieran listos los chalecos salvavidas. Esta última precaución, sin embargo, de poco valía, pues si un hombre caía al agua no iba a morir ahogado, sino destrozado. Tuvimos tiempo también para meternos en el bolsillo nuestros pasaportes y los pocos dólares que nos quedaban. En realidad, no era la falta de tiempo lo que más nos turbaba.

Aquellas horas fueron de terrible ansiedad, durante las cuales íbamos avanzando paso a paso, de costado, contra los arrecifes. Reina-

ba a bordo una gran calma. Todos íbamos de la caseta a cubierta y viceversa, silenciosos o lacónicos, ocupados en nuestros cometidos. La seriedad de nuestra expresión no dejaba duda de que todos sabíamos lo que nos esperaba y, al mismo tiempo, la falta de nerviosidad demostraba que todos habíamos adquirido gradualmente una inmovible confianza en la balsa. Si nos había traído a través del mar, nos llevaría también con vida hasta la costa.

Dentro de la caseta había un completo caos de carga y cajas de provisiones, fuertemente aseguradas. A Torstein apenas le quedaba sitio en el rincón donde mantenía funcionando el transmisor de onda corta. Estábamos ahora a más de cuatro mil millas marinas de nuestra primitiva base del Callao, desde donde la Escuela Naval del Perú había mantenido un constante contacto con nosotros, y más lejos aún de Hal y Frank y los demás aficionados de radio en los Estados Unidos. Pero por una afortunada casualidad, el día anterior nos pusimos en contacto con un inteligente aficionado, que tenía un equipo de radio en Rarotonga, en las islas Cook, y nuestros operadores, contra su costumbre, habían convenido en ponerse en contacto con él a primera hora de la mañana. Durante todo el tiempo que tardamos en acercarnos más y más al arrecife, Torstein estuvo manipulando la radio y llamando a Rarotonga.

Las anotaciones en el cuaderno de bitácora de la «Kon-Tiki» dicen:

«8:15. Vamos aproximándonos lentamente a tierra. Podemos ver a simple vista los troncos aislados de las palmeras en el interior, por el costado de estribor.

»8:45. El viento ha cambiado en una dirección aún más desfavorable, de manera que no nos queda la menor esperanza de escapar. No hay nerviosidad a bordo, pero sí febriles preparativos en cubierta. Hay algo sobre el arrecife delante de nosotros que parecen ser los restos de un barco de vela, pero quizá no es sino un montón de maderos.

»9:45. El viento nos está llevando directamente hacia la penúltima isla que se ve detrás del arrecife. Ahora el conjunto del banco de coral es visible con toda claridad. Desde aquí parece una muralla pintada con manchas blancas y rojas que apenas sobresale de la superficie, como un cinturón alrededor de todas las islas. A todo lo largo del arrecife se levantan al aire grandes masas de espuma. Bengt está sirviendo una magnífica comida caliente. ¡La última antes de la suprema acción!

al hogar, a la isla más cercana, a la isla donde nacieron.

Metimos la espadilla a una banda e hicimos un rumbo exacto al que habían seguido las aves al desaparecer. Aun después de oscurecido, oíamos el grito de las rezagadas volando sobre nosotros bajo el cielo estrellado, exactamente al mismo rumbo que ahora estábamos siguiendo. Era una noche maravillosa; la Luna estaba casi llena, por tercera vez en el curso del viaje de la «Kon-Tiki».

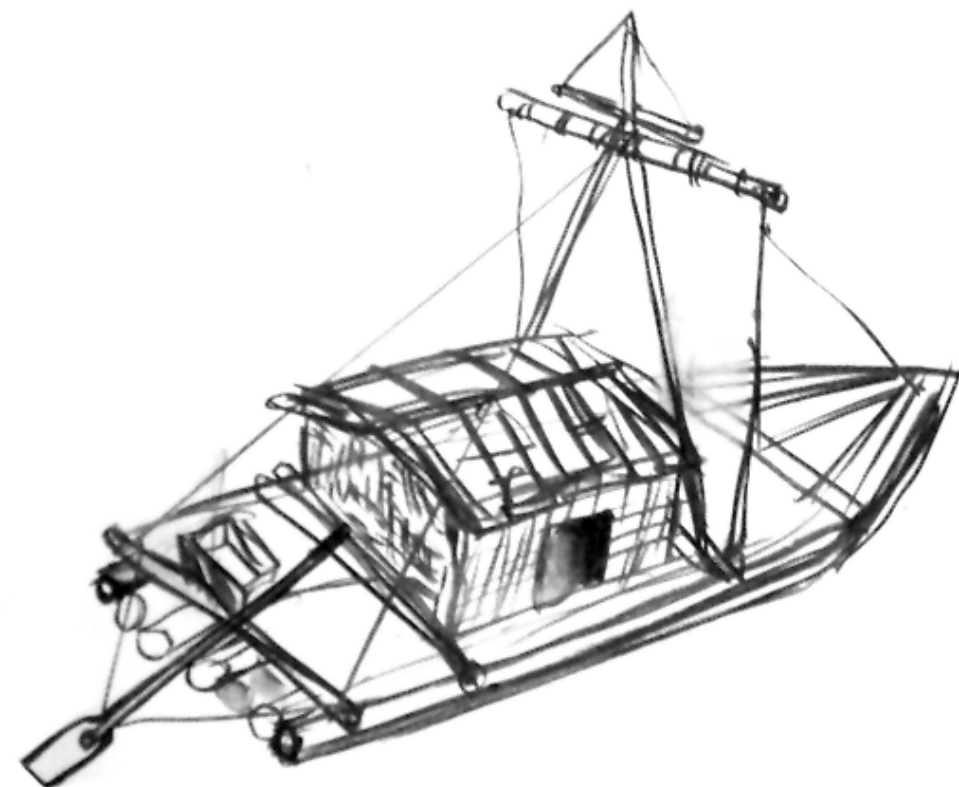
Al día siguiente, las aves fueron aún más numerosas, pero ya no necesitábamos esperar el anochecer para encontrar nuestro camino. Esta vez habíamos descubierto una curiosa nube estacionaria sobre el horizonte. Las otras nubes eran pequeñas como plumas o vellones de lana, y aparecían por el Sur y pasaban sobre la bóveda del cielo llevadas por los alisios hasta desaparecer por Occidente. Así había yo aprendido a distinguir las nubes empujadas por los alisios en Fatu Hiva y así las habíamos visto sobre nosotros noche y día a bordo de la «Kon-Tiki». Pero aque-

lla nube solitaria en el horizonte hacia el Sudoeste no se movía; se levantaba simplemente como una inmóvil columna de humo, mientras las de los alisios pasaban cerca. Cumulonimbus se llama en latín este tipo de nubes. Los polinesios no sabían esto, pero sí que debajo de estas nubes hay tierra. Porque cuando el sol tropical tuesta la arena, se crea una columna de aire caliente que sube y hace que el vapor contenido se condense arriba, en una capa más fría de la atmósfera.

Arrumbamos hacia la nube hasta que desapareció con la caída del Sol. El viento era fresco y, con la espadilla bien ajustada, la «Kon-Tiki» seguía su rumbo sin ayuda, como tantas veces había hecho con buen tiempo. El trabajo del timonel era ahora estar arriba en la plataforma del mástil, ya brillante por el uso, y otear el horizonte por si avistaba el menor indicio de tierra.

Toda aquella noche hubo en el cielo una gritería ensordecedora, procedente de los pájaros que volaban sobre nosotros.

La Luna estaba casi en plenilunio.



CAPÍTULO VII

HACIA LA ISLA DE LOS MARES DEL SUR

En la noche anterior al 30 de julio, una nueva y extraña atmósfera reinaba a bordo de la «Kon-Tiki». Quizá era el clamor ensordecedor de todas las aves marinas que, volando sobre nosotros, nos indicaban que algo nuevo se estaba preparando. Los chillidos de los pájaros ponían una nota de excitación y de ambiente terrestre, después del monótono crujir del aparejo, único sonido que durante tres meses nos había acompañado, sobrepuesto al eterno rumor del mar. La Luna parecía mayor y más redonda que nunca al deslizarse por encima del puesto de vigía del mástil. En nuestra fantasía la veíamos reflejar copas de palmeras y encendidos idilios; no era su luz tan plateada cuando sólo iluminaba los fríos peces en alta mar.

A las seis bajó Bengt del mástil, despertó a Herman y le pasó el turno; cuando éste trepó al crujiente e inclinado mástil, ya había comenzado a romper el día; diez minutos después ya estaba otra vez bajando por la escalera de gato y tirándome de una pierna.

—¡Ven y échale una mirada a tu isla!

Tenía la cara radiante y me levanté de un salto, seguido de Bengt, que todavía no se había acostado. Subimos uno detrás del otro lo más alto que pudimos, hasta el sitio en que se cruzaban los palos. Había muchos pájaros alrededor de nosotros y se reflejaba sobre el mar un desmayado vedo azul violeta, como una última reliquia de la noche que partía. Hacia Oriente, por todo el horizonte había comenzado a extenderse un resplandor rojizo, y más allá, hacia el Sudeste, se iba formando gradualmente un fondo rojo sangriento sobre el que se destacaba débilmente una desmayada sombra, como una breve raya de lápiz azul trazada sobre la línea del horizonte.

—¡Tierra...! ¡Una isla!

La devoramos ansiosamente con los ojos y despertamos a los otros, que salieron dando traspiés y mirando en todas direcciones, como si pensarán que ya nuestra proa iba a embarrancar en una playa. Chillonas aves marinas formaban como un puente en el cielo en dirección a la isla distante, que se levantaba nítida contra el horizonte a medida que se agrandaba el rojizo telón de fondo y se volvía dorado con

la salida del Sol y la llegada de la plena luz del día. Nuestro primer pensamiento fue que la isla no estaba donde debía, y como ésta no podía haberse movido, la balsa había sido seguramente cogida por una corriente de dirección Norte en el transcurso de la noche. No teníamos más que echar una mirada al mar para advertir inmediatamente, por el rumbo de las olas, que en la negrura de la noche habíamos perdido nuestra oportunidad.

Desde el sitio en que nos encontrábamos, el viento no nos permitiría arrumbar la balsa hacia la isla. El área entera del archipiélago de Tuamotú estaba llena de fuertes corrientes locales que se retorcián en todas direcciones al chocar contra tierra; y muchas cambiaban de rumbo al encontrarse con las poderosas corrientes ocasionadas por la marea al entrar en las lagunas y salir de ellas, pasando sobre los arrecifes que las circundan.

Maniobramos con la espadilla, aunque sabíamos que era inútil. A las seis y media se levantó el Sol sobre el mar y trepó directamente hacia el cenit, como hace en los trópicos. La isla quedaba a unas cuantas millas de distancia y tenía la apariencia de una baja franja de arbolado que se arrastraba a lo largo del horizonte. Los árboles estaban apretujados detrás de una estrecha playa de color claro, tan baja, que desaparecía a intervalos detrás de las olas. Según los cálculos de Erik, esta isla era Puka Puka, el puesto más avanzado del grupo de las Tuamotú. El Derrotero de las Islas del Pacífico 1940, nuestras dos diferentes cartas y las observaciones de Erik daban en total cuatro posiciones distintas para esta isla, pero como no había otras en toda la vecindad, no había duda de que la que estábamos viendo era Puka Puka.

No hubo a bordo ningún exagerado estallido de entusiasmo. Después que se hubo metido la espadilla y orientado la vela, todos formamos un grupo silencioso, encaramados en el mástil o parados en la cubierta, mirando hacia la tierra que se había levantado de pronto en el centro de este mar infinito y soberano. Al fin teníamos una prueba tangible de que durante todos estos meses nos habíamos movido realmente; no habíamos

Mientras soplaba el viento del Norte nos deslizábamos lenta pero seguramente hacia el Sur, a lo largo de la muralla de arrecifes de coral emboscados bajo el horizonte. Pero una tarde el viento amainó, y, cuando volvió a levantarse, soplaba del Este. Según la posición calculada por Erik, estábamos ya tan al Sur que cabía la esperanza de poder rebasar el extremo meridional de los arrecifes de Raroia. Trataríamos, pues, de bordearlo y de refugiarnos a sotavento antes de que el viento nos echara contra los otros bancos de coral que venían después. Cuando cerró la noche, cumplimos cien días a bordo.

Ya muy avanzada la noche, me desperté inquieto y nervioso. Había algo raro en el movimiento de las olas. La «Kon-Tiki» no se movía exactamente en la forma acostumbrada. Nos habíamos vuelto sensibles al menor cambio de ritmo en los troncos. Pensé inmediatamente en la succión de alguna costa cercana y estuve continuamente fuera, en cubierta, y arriba en el mástil. Nada se veía, sino el mar. Pero no podía conciliar el sueño. Pasaba el tiempo.

Al amanecer, poco antes de las seis, Torstein bajó a toda prisa del mástil y nos dijo que se podía ver enfrente una larga fila de islotes cubiertos de palmeras. Ante todo, metimos la espadilla para dirigirnos lo más al Sur que pudiéramos. Lo que Torstein había visto debía de ser la cadena de diminutas islas de coral que, como un collar de perlas, se extiende detrás de los arrecifes de Raroia. Seguramente nos había cogido una corriente de dirección Norte.

A las siete y media apareció una cadena de islotes cubiertos de palmeras a lo largo de todo el horizonte occidental. La más austral quedaba más o menos frente a nuestra proa y, desde allí, se podían ver islas y pequeños palmares sobre todo el horizonte de estribor, hasta que desaparecían como punticos en dirección Norte. La más cercana estaba a cuatro o cinco millas de nosotros.

Una inspección desde el mástil nos mostró que, aun cuando la proa de la «Kon-Tiki» apuntaba hacia el último islote de la cadena, el abatimiento era tan grande que no estábamos avanzando en la dirección a que señalaba nuestra proa, sino que abatíamos diagonalmente y en dirección al arrecife. Con orzas de deriva fijas podríamos haber tenido todavía alguna esperanza de pasar libremente, pero nos estaban siguiendo varios tiburones cerca de la popa, de manera que era imposible meterse debajo de la balsa y ajustar los tablones flojos con cabos nuevos.

Ahora veíamos claramente que no nos quedaba sino unas cuantas horas más a bordo de la «Kon-Tiki». Debíamos aprovecharlas para preparar el inevitable naufragio contra los arrecifes de coral. Se instruyó a cada hombre en lo que tenía que hacer cuando llegara el momento; a cada uno se le fijó su propia y limitada esfera de responsabilidad, para que nada se hiciera atropelladamente y nadie obstruyera el trabajo de los otros cuando llegara la hora en que el valor de cada segundo es inapreciable. La «Kon-Tiki» cabeceaba arriba y abajo, arriba y abajo, mientras el viento nos forzaba inexorablemente hacia adelante. No había duda de que allí estaba el torbellino de olas originado por el arrecife; unas avanzaban mientras otras retrocedían después de batir inútilmente la muralla circundante.

Todavía andábamos con toda la vela, en la esperanza de podernos zafar en el último momento. Conforme nos acercábamos, abatiendo de costado, vimos desde el mástil como toda la cadena de islas cubiertas de palmeras estaba conectada con un arrecife de coral, parte sobre el agua y parte bajo la superficie, que se extendía como un dique contra el cual se estrellaban las olas, levantando al cielo turbulentas masas de espuma blanca. El atolón de Raroia tiene forma oval y mide cuarenta kilómetros de diámetro, sin contar los arrecifes adyacentes de Takume. En toda su longitud da cara al mar hacia Oriente, de donde veníamos nosotros dando tumbos. El arrecife mismo, extendido sin interrupción de horizonte a horizonte, tiene solamente un paso de algunos centenares de metros y detrás de él hay una cadena de idílicos islotes rodeando la tranquila laguna interior.

Con los más encontrados sentimientos veíamos el azul del Pacífico brutalmente convertido en un torbellino de espuma frente a nosotros, todo a lo largo del horizonte. Yo sabía lo que nos aguardaba. Había visitado antes el grupo de Tuamotú y pude ver, desde mi seguro puesto en tierra, el imponente espectáculo que se desarrolla hacia Oriente cuando el oleaje del Pacífico rompe de súbito contra los arrecifes de coral. Fueron apareciendo gradualmente nuevos arrecifes e islas hacia el Sur. Probablemente estábamos frente al centro de la gran muralla coralina.

A bordo de la «Kon-Tiki» se hacían todos los preparativos para el término del viaje. Todo lo que tenía algún valor fue llevado dentro de la caseta y asegurado fuertemente. Los documentos y papeles fueron empaquetados dentro de sacos impermeables, junto con las

Knut y sus acompañantes podían ver las lejanas señales luminosas de la balsa cuando las olas levantaban las canoas. Las largas y finas canoas polinesias, reforzadas con afilados flotadores laterales, cortaban el agua como cuchillos, pero a Knut le pareció una eternidad hasta que sintió al fin bajo sus pies los sólidos troncos redondos de la «Kon-Tiki».

—¿Te divertiste en tierra? —le preguntó Torstein.

—¡Oh...! ¡Había que ver las muchachas bailando el *hula*! —dijo Knut bromeando.

Dejamos la vela arriada y la espadilla sobre la balsa; los seis nos metimos en la cabina y dormimos como las piedras de la playa de Angatau.

Durante tres días flotamos en el mar sin ver tierra. Estábamos derivando directamente hacia los terribles arrecifes de Takume y Raroia, los cuales, juntos, bloqueaban cuarenta o cincuenta millas de mar abierto enfrente. Hicimos esfuerzos desesperados para dirigir la balsa hacia el Norte y escapar así de los peligrosos obstáculos, y las cosas parecían estar yendo bien cuando, una noche, el vigía entró apresuradamente en la caseta y nos despertó a todos.

El viento había cambiado y nos impelía directamente hacia los arrecifes de Takume. Se había puesto a llover y no teníamos visibilidad alguna. El arrecife no podía estar muy lejos. En plena noche celebramos un consejo

de guerra. La cuestión era ahora cómo salvar nuestras vidas. Perdida la esperanza de abrirnos paso al Norte, debíamos tratar de doblar el extremo Sur. Cazamos la vela y guarnimos la espadilla, y principiamos una peligrosa navegación empujados por el inseguro viento del Norte. Si volvía a levantarse viento del Este antes de haber rebasado el frontón de las cincuenta millas de arrecifes, seríamos arrojados sin remedio contra las rompientes.

Convinimos en todas las medidas que teníamos que tomar en caso inminente de naufragio. Deberíamos permanecer a bordo de la «Kon-Tiki» a toda costa. No intentaríamos subir al mástil, de donde podíamos ser sacudidos como fruta podrida, pero sí debíamos aferrarnos a los estayes de éste cuando las olas cayeran sobre nosotros. Dejamos el bote de caucho suelto en cubierta y amarramos a él un pequeño transmisor de radio en su caja impermeable, una reducida cantidad de provisiones, botellas de agua y equipo médico de urgencia. Todo esto sería arrojado a la playa independientemente de nosotros, caso de que pudiéramos franquear sanos y salvos los arrecifes, pero con las manos vacías. A popa de la «Kon-Tiki» amarramos un larguísimo cabo con un flotador, que también sería arrojado a la costa, con objeto de poder halar de la balsa si ésta quedaba encallada en las rocas. Tomadas estas disposiciones, volvimos a acostarnos y dejamos la vigilancia al timonel, bajo la lluvia.



estado balanceándonos en el centro del mismo eterno horizonte circular. A nosotros nos parecía como si la isla fuera móvil y hubiera entrado de pronto en el círculo vacío del mar azul, en cuyo centro teníamos nuestro domicilio permanente; era como si la isla estuviera derivando lentamente hacia el Este, dentro de nuestro propio dominio. Nos embargaba una cálida y tranquila satisfacción, por haber efectivamente alcanzado la Polinesia, mezclada con una vaga y momentánea desilusión por tener que rendirnos a nuestra impotencia y limitarnos a mirar la isla, que aparecía allí como un espejismo, mientras seguíamos nuestra eterna peregrinación sobre el mar hacia Occidente.

Poco después de la salida del Sol, se levantó una espesa columna de humo sobre las copas de los árboles a la izquierda del centro de la isla. La seguimos con los ojos y pensamos que los indígenas estaban levantándose y preparando su desayuno. No sabíamos entonces que los puestos de observación de los isleños nos habían descubierto y estaban haciendo señales para invitarnos a desembarcar. A eso de las siete nos alcanzó un vago perfume de madera quemada de borao, que cosquilleaba nuestras saladas narices. Esto despertó en mí, inmediatamente, dormidos recuerdos de las hogueras en las playas de Fatu Hiva. Media hora más tarde nos llegó el franco olor de madera verde y de selva. La isla había empezado a encogerse y quedaba muy a popa, y por eso recibíamos apagadas rachas de brisa desde ella. Durante un cuarto de hora, Herman y yo estuvimos subidos al mástil aspirando el tibio aroma de follaje y verdor. ¡Esto era la Polinesia! Un rico y delicioso perfume de tierra seca, después de noventa y tres días de sal, danzando entre las olas. Bengt estaba roncando otra vez dentro de su saco de dormir. Erik y Torstein meditaban, echados de espalda dentro de la caseta, y Knut entraba y salía olfateando el perfume de las hojas verdes y escribía notas en su diario.

A las ocho y treinta, Puka Puka se hundió en el mar hacia popa, pero hasta las once pudimos ver, subidos en el mástil, una pálida raya azul sobre el horizonte hacia el Oriente. Después, esto también desapareció y se levantó hacia el cielo un altísimo cumulonimbo que permaneció inmóvil, único indicio que quedaba de Puka Puka. Desaparecieron las aves; ellas van con preferencia a barlovento de las islas, para tener el viento a su favor al atarde-

cer, cuando regresan con el buche lleno. Los dorados habían disminuido también notablemente y bajo la balsa no había sino unos cuantos peces pilotos.

Esa noche, Bengt dijo que echaba de menos una mesa y una silla, porque estaba cansado de leer echado, dando vueltas sobre la espalda o sobre la barriga. Por lo demás, se alegraba de que nos hubiese fallado la isla, porque aún le faltaban tres libros por leer. A Torstein le vino de repente el antojo de comer manzanas y yo desperté en la noche sintiendo un delicioso y concreto olor a bistec con cebollas. Pero resultó ser sólo el de una camisa sucia.

Al día siguiente localizamos dos nuevas nubes que se levantaban como el vapor de dos locomotoras en el horizonte. La carta nos mostró que el nombre de las islas que las producían eran Fangahina y Angatau. La nube de Angatau quedaba mucho más favorable a nosotros, dada la dirección en que soplab el viento, de manera que hicimos rumbo hacia ella; amarramos fuertemente la espadilla y gozamos de la paz y libertad maravillosas del Pacífico. Era tan bella la vida aquel día en la cubierta de la «Kon-Tiki», que nos embebíamos ávidamente de todas las impresiones, con la certeza de que pronto terminaría el viaje, cualquiera que fuera el final que nos aguardara.

Durante tres días y tres noches dirigimos la balsa hacia la nube de Angatau; el tiempo era espléndido; la espadilla por sí sola mantenía el rumbo y esta vez la corriente no nos hizo ninguna mala pasada. A la cuarta mañana, Torstein relevó a Herman después de la guardia de cuatro a seis, y éste le dijo que creía haber visto el perfil de una isla baja a la luz de la Luna. Cuando el Sol se levantó poco después, Torstein metió la cabeza dentro de la caseta y gritó:

—¡Tierra a la vista!

Todos nos precipitamos a cubierta, y lo que vimos nos hizo izar todas nuestras banderas. Primero la noruega a popa, después la francesa en la perilla del palo, porque nos dirigíamos hacia una colonia francesa. Luego una colección entera de banderas ondeaban con el fresco viento alisio: la norteamericana, la británica, la peruana y la sueca, además de la bandera del Club de los Exploradores, para que no hubiera duda alguna a bordo de que la «Kon-Tiki» estaba engalanada. Esta vez, la situación de la isla era ideal; exactamente en nuestro rumbo y un poco más alejada de lo que había estado Puka Puka cuando cuatro días antes surgió

ante nuestros ojos al amanecer. Al levantarse el Sol por la popa, pudimos ver un claro destello verde que se alzaba muy alto sobre el turbio cielo de la isla. Era el reflejo de la tranquila laguna verde, en el interior del circular arrecife. Algunos de estos atolones bajos lanzan espejismos de esta clase a una altura de muchos miles de pies, indicando su posición a los navegantes muchos días antes de que la isla misma sea visible en el horizonte.

Hacia las diez nos hicimos cargo de la espadilla; debíamos decidir ahora hacia qué parte de la isla nos convenía encaminarnos. Podíamos ya distinguir las copas individuales de árboles y ver las filas de sus troncos brillando al sol y destacándose sobre el fondo sombreado del denso follaje.

Sabíamos que en alguna parte, entre nosotros y la isla, existía un peligroso banco sumergido, al acecho de cualquier cosa que se acercara a la inocente isleta; esos arrecifes quedan justamente debajo del profundo y libre oleaje que viene rodando de Oriente, y cuando las enormes masas de agua pierden el equilibrio al pasar sobre el banco, se levantan hacia el cielo para desplomarse atronadoras y espumantes sobre el escarpado arrecife de coral. Muchos barcos han sido cogidos en la terrible succión y han perecido estrellados contra los sumergidos arrecifes del grupo de las Tuamotú.

Desde el mar no podíamos ver nada de esta trampa insidiosa. Continuábamos adelante, siguiendo la dirección de la corriente; veíamos solamente el lomo curvado y brillante de las olas que venían una tras otra, desapareciendo rumbo a la isla. Tanto los arrecifes como el espumante aquelarre que se desarrollaba sobre ellos, quedaban escondidos detrás de las filas crecientes y continuas de enormes y anchas olas que corrían delante de nosotros. Pero a ambos extremos de la isla, donde se mostraba la playa de perfil, tanto al norte como al sur, veíamos que a unos cientos de metros de tierra el mar era una sola masa blanca e hirviente que saltaba en el aire.

Enmendamos nuestro rumbo de tal modo que rozáramos apenas la caldera infernal, a la altura de la punta sur, esperando que al llegar allí nos sería posible gobernar la balsa a lo largo del atolón, hasta quedar a sotavento de la punta, o bien que, antes de rebasar la isla, daríamos con un lugar lo bastante somero para poder detenernos con ayuda de un ancla improvisada, y esperar allí a que un cambio de viento nos llevara a sotavento de la isla.

A mediodía pudimos observar con los anteojos que la vegetación de la isla consistía en verdes cocoteros que juntaban sus copas en lo alto, dando sombra a una compacta y lujuriente maleza. En la playa y esparcidos en la arena había grandes bloques de coral. Por lo demás, no había signo de vida, como no fuera unos pájaros blancos que se levantaban de entre los penachos de las palmeras.

A las dos de la tarde nos habíamos acercado tanto, que empezamos a bordear la isla, junto al frontón exterior de los traicioneros arrecifes. A medida que nos acercábamos, percibíamos el rugido de las rompientes como una ininterumpida catarata contra los arrecifes, y muy pronto su estruendo llegó a ser como el de un interminable tren expreso que corriera paralelo a nosotros, a unos pocos centenares de metros por el costado de estribor. Ya podíamos ver también la blanca nube de agua pulverizada que de vez en cuando saltaba muy arriba en el aire, detrás de los encrespados lomos de las olas, allí donde «el tren» pasaba rugiendo.

Dos hombres a la vez hacían guardia en la espadilla; como ellos quedaban detrás de la caseta, ésta les impedía ver hacia proa. Erik, en su calidad de piloto, estaba de pie sobre la caja de la cocina y daba desde allí órdenes a los hombres que manejaban la pesada espadilla. Nuestro plan era mantenernos tan cerca del peligroso arrecife como fuera prudente. Desde lo alto del mástil ejercíamos una continua vigilancia, en busca de un portillo o abertura en el arrecife, por el que pudiéramos escurrirnos con la balsa. La corriente nos estaba llevando a lo largo de toda la longitud del arrecife; hoy jugaba limpio. Los tablones de las orzas, aunque estaban flojos, nos permitían gobernar a unos veinte grados del viento a ambas bandas y éste estaba soplando paralelo al arrecife.

Mientras Erik dirigía nuestro rumbo en zigzag y hacía sus virajes tan cerca del arrecife como era prudente en vista de la succión, Herman y yo salimos en el bote de caucho unidos a la balsa por un largo cabo. Cuando la balsa daba la vuelta hacia dentro, nosotros borneábamos detrás de ella y llegábamos tan cerca de los atronadores arrecifes, que podíamos ver la muralla verde vidriosa de agua que iba rodando hacia la isla, y veíamos también como, al regolfar las olas, el arrecife quedaba expuesto al aire, recordando una destrozada barricada de hierro oxidado. Hasta donde alcanzaba la vista a lo largo de la costa, no se divisaba ni brecha ni portillo. Erik ajustaba la

por guía, debían encontrar su rumbo remando contra el viento y el mar hasta que volvieran a ver la hoguera. Los recompensamos ampliamente con provisiones y cigarrillos y otros obsequios, y cada uno nos estrechó la mano con todo su corazón en un último gesto de amigable despedida.

Se veía claramente que sentían ansiedad por nuestra suerte; señalaban hacia el Oeste, indicándonos que estábamos arrumbando en dirección a peligrosos arrecifes; el jefe tenía lágrimas en los ojos y me besaba tiernamente en la mejilla, por lo que me alegraba ahora de haberme dejado crecer la barba. Finalmente saltaron a sus canoas, y nosotros, los seis camaradas, nos quedamos en la balsa otra vez solos, pero juntos.

Dejamos que la balsa siguiera sola su destino y escuchamos las aventuras de Knut.

Éste había ido de la mejor buena fe hacia tierra con el jefe, a bordo del botecito de caucho. El propio jefe estaba sentado a los remos, enfilando la abertura de los arrecifes, cuando con gran sorpresa vio Knut las señales que se le enviaba desde la «Kon-Tiki», ordenándole regresar; trató de explicar al remero su significado para dar vuelta, pero éste se negó a obedecer. Entonces Knut trató de coger los remos, pero el hombre le apartó las manos, y no era aquél un lugar apropiado para pelear, junto a los atronadores arrecifes. Pasaron por la abertura de éstos y se encontraron en un segundo al otro lado, y siguieron hasta que el botecito fue llevado por una ola y depositado en un gran bloque de coral en la isla misma. Una multitud de nativos tomaron el bote y lo arrastraron hacia arriba en la playa, y Knut se quedó solo bajo los árboles rodeados de un enjambre de isleños que hablaban una jerga desconocida. Hombres morenos de piernas desnudas, mujeres y niños de todas las edades se agolparon a su alrededor, tocándole el material de la camisa y de los pantalones. También ellos usaban destrozadas vestimentas europeas, pero no había ni un solo hombre blanco en la isla.

Knut escogió a los más vivarachos y les explicó que deseaba llevarlos en el bote. Entonces se le acercó un hombre alto y gordo que caminaba contoneándose; Knut supuso que era el jefe, porque llevaba en la cabeza una vieja gorra de uniforme y hablaba con voz alta y llena de autoridad. Todos le abrieron paso. Knut le explicó en noruego y en inglés que necesitaba más hombres antes de que el viento se llevara la balsa. El hombre puso una cara radiante, pero no entendió nada; a pesar

de sus vehementes protestas, Knut fue llevado por una multitud entusiasta y chillona hacia el centro de la aldea. Allí fue recibido por una abigarrada mezcolanza de cerdos, perros y lindas muchachas que venían con frutas frescas. Se veía claramente que los nativos se proponían facilitarle una estada de lo más agradable, pero Knut no estaba dispuesto a dejarse seducir. Él pensaba tristemente en la balsa que estaba desapareciendo hacia Occidente. Las intenciones, de los indígenas eran clarísimas: deseaban ansiosamente nuestra compañía, y además sabían que a bordo de los buques de los blancos hay siempre muchas cosas buenas. Si podían quedarse con Knut en tierra, nosotros seguramente tendríamos que volver en su busca con nuestra extraña embarcación. Ningún barco dejaría un hombre blanco detrás en una isla tan apartada como Angatau.

Después de algunas curiosas experiencias, Knut se escapó y corrió hacia el bote, rodeado de admiradores de ambos sexos; su lenguaje internacional y sus gesticulaciones no podían ya dejar de ser comprendidos, y se dieron cuenta de que quería y debía regresar esa misma noche a su extraña embarcación, la cual parecía tener mucha prisa en seguir hacia el Oeste.

Entonces los nativos intentaron un truco: por señas le dieron a entender que el resto de nosotros estaba ya desembarcando al otro lado de la punta. Knut se quedó unos minutos desconcertado, pero en ese momento se oyeron voces en la playa, donde mujeres y niños estaban manteniendo vivo el fuego de la hoguera. Las tres canoas habían regresado y los hombres traían la nota para Knut. Éste se encontraba, pues, en situación desesperada; tenía en las manos instrucciones de no hacerse a la mar solo, y los indígenas se negaban rotundamente a acompañarlo.

En ese momento se produjo una ruidosa y acalorada discusión entre todos los indígenas. Los que acababan de regresar y que habían visto la balsa, comprendían perfectamente que era inútil retener a Knut en la costa con la esperanza de que todos los otros volvieran en su busca. El resultado fue que las promesas y amenazas de Knut en todos los idiomas indujeron a los tripulantes de tres canoas a acompañarlo mar afuera en persecución de la «Kon-Tiki». Se hicieron, pues, a la mar en la noche tropical, remolcando el bote de caucho, mientras los nativos permanecían inmóviles junto a la hoguera agonizante, viendo como sus nuevos y rubios amigos desaparecían tan rápidamente como llegaron.

ver la brillantez de su disco tras las copas de las palmeras en la costa, pero el cielo parecía turbio y medio nublado. Los indígenas comenzaron a murmurar y oímos que cambiaban palabras entre sí. De pronto observamos que una de las canoas había lanzado el remolque al agua y desaparecido. Los hombres de las otras tres canoas estaban cansados y asustados, y ya no tiraban con toda su fuerza. La «Kon-Tiki» volvía a derivar hacia el mar abierto.

Poco después, las tres amarras restantes se aflojaron y las canoas volvieron al costado de la balsa. Uno de los nativos subió, y con un firme movimiento de cabeza dijo quedamente: —*luta* (a tierra).

Miraba con ansiedad la hoguera, que desaparecía por largos períodos y sólo brillaba de cuando en cuando, como en destellos. Ahora estábamos moviéndonos más ligeros. Ya no se oían las rompientes, sólo el mar mugía como de costumbre y todos los cabos a bordo de la «Kon-Tiki» crujían y gemían.

Abastecimos plenamente de cigarrillos a los indígenas y apresuradamente emborroneé una nota para que la llevaran a Knut, si lo encontraban. Decía así:

«Toma dos indígenas en una canoa y remolca el bote. NO REGRESES solo en el bote.»

Confiábamos en que los solícitos isleños estuvieran dispuestos a traer con ellos a Knut, si es que creían prudente hacerse a la mar, pues en caso contrario habría sido locura de Knut aventurarse solo entre las olas para alcanzar la balsa fugitiva.

Los indígenas tomaron el pedazo de papel, saltaron a sus canoas y desaparecieron en la noche. Lo último que oímos fue la voz estridente de nuestro primer amigo que, desde las sombras, nos decía cortésmente:

—¡Buenas noches!

Hubo un murmullo de aprobación de parte de los menos hábiles lingüistas y después todo quedó en silencio, tan libre de todo ruido o sonido como cuando flotábamos a dos mil millas de toda tierra.

Era enteramente inútil que los cuatro intentáramos hacer algo con los remos en mar abierto bajo la tremenda presión del viento, pero continuamos enviando nuestras señales desde el mástil.

Ya no osábamos enviar la señal «Regresa»; nos limitábamos a emitir destellos regulares. La oscuridad era absoluta. La Luna aparecía sólo ocasionalmente entre las pequeñas aberturas del banco de nubes. Era segu-

ramente el cumulonimbo de Angatau, que estaba suspendido sobre nosotros.

A la diez de la noche perdimos toda esperanza de volver a ver a Knut; nos sentamos en silencio al borde de la balsa y comenzamos a comer unas galletas a la vez que nos turnábamos para lanzar destellos desde el mástil, el cual parecía una esquelética proyección contra la débil penumbra, sin la vela con la faz de «Kon-Tiki.»

Decidimos mantener las señales durante toda la noche, puesto que no sabíamos qué había sido de Knut, ni dónde estaba. Rechazábamos la idea de que hubiera sido cogido por la rompiente; él siempre caía de pie, ya fuera en aguas profundas o en las rompientes; estaba vivo, sin duda alguna. Lo único malo era que lo hubiéramos dejado entre los polinesios, fuera de todo contacto, en una isla del Pacífico. Era realmente desconsolador que, después de aquel inmenso viaje, todo lo que hubiéramos logrado fuera acercarnos a una remota isla de los Mares del Sur, desembarcar un hombre y seguir otra vez adelante. Apenas los primeros polinesios habían subido a bordo sonriendo, cuando tuvieron que escapar, sintiéndose cogidos por la incontenible carrera de la «Kon-Tiki» hacia el Oeste. Era para darse a todos los diablos. ¡Y aquella noche los cabos crujían de un modo tan horrible! Nadie daba señales de querer dormir.

Eran las diez y media; Bengt estaba bajando del mástil para ser relevado cuando, de pronto, todos tuvimos un sobresalto. Habíamos oído claramente voces en el mar, dentro de la impenetrable oscuridad. Allí estaban otra vez; hablaban en polinesio. Gritamos en la negrura de la noche con toda la fuerza de nuestros pulmones. Ellos contestaron y percibimos la voz de Knut entre las otras. Nos volvimos locos de entusiasmo. Desapareció nuestro cansancio; desapareció la inmensa nube. ¿Qué importaba ahora haber perdido Angatau? Había otras islas en el mar. Ahora los nueve grandes troncos de balsa, tan aficionados a viajar, podrían llevarnos donde quisieran, mientras los seis estuviéramos otra vez juntos a bordo.

Tres canoas emergieron de la oscuridad, flotando en la ondeada superficie, y Knut fue el primero que saltó a la querida y vieja «Kon-Tiki», seguido de seis hombres morenos. No había tiempo para explicaciones; los nativos debían recibir obsequios y reemprender su aventurado regreso a la isla. Sin ver ni luz ni tierra alguna, con sólo unas cuantas estrellas

vela, cazando las escotas de babor y arrollando las de estribor, mientras los timoneles maniobraban en el mismo sentido, de modo que la «Kon-Tiki» volvía a poner la proa otra vez hacia fuera, saliendo de la zona de peligro, hasta su próxima virada hacia los arrecifes.

Cada vez que la «Kon-Tiki» se arrimaba a los arrecifes y maniobraba para volver a despegarse de ellos, los del bote estábamos con el alma en un hilo, pues nos acercábamos tanto que sentíamos acelerarse el latido del mar y hacerse más intenso y fiero. Y cada vez nos parecía que Erik había ido demasiado lejos, y que ahora no había esperanza de sacar a la «Kon-Tiki» fuera de la rompiente que nos arrastraba contra los endiablados arrecifes. Pero Erik se despegaba cada vez con una hábil maniobra, y la «Kon-Tiki» volvía a ganar el mar abierto, fuera de las garras de la succión. Todo el tiempo estuvimos deslizándonos tan cerca de la isla, que distinguíamos todos los detalles de la costa, pero ésta era para nosotros como un paraíso cerrado por la espumante fosa interpuesta entre la balsa y la isla.

Alrededor de las tres, se abrió el bosque de palmas en la playa y a través de una ancha brecha pudimos divisar una laguna azul y cristalina. Mas el anillo de arrecifes permanecía tan compacto como siempre, rechinando siniestramente entre la espuma sus dientes de un rojo sangriento. No había paso alguno, y el bosque se volvió a cerrar, mientras nosotros seguíamos afanándonos a lo largo de la isla con el viento a la espalda. Después la cortina de palmeras se fue adelgazando y nos dio la oportunidad de ver el interior del anillo de coral. Este consistía en la más bella y brillante laguna de agua salada que imaginarse pueda, como un gran lago silencioso en las montañas, rodeado de palmas ondulantes y con lindas playas para bañistas. La seductora isla, llena de verdes palmas, formaba un amplio y suave anillo de arena alrededor de la hospitalaria laguna, pero había un segundo anillo que rodeaba toda la isla, la herrumbrosa espada que defendía las puertas del Edén.

Todo el día estuvimos navegando en zigzag a lo largo de Angatau, teniendo su belleza al alcance de la mano, casi al otro lado de la puerta de la caseta. El sol caía sobre las palmas y todo era alegría en la paradisíaca isla. Como nuestras maniobras se convirtieron gradualmente en rutina, Erik tomó su guitarra y allí en cubierta, bajo un enorme sombrero peruano, se puso a cantar canciones sentimen-

tales de las islas del Sur, mientras Bengt servía una excelente comida al borde de la balsa. Partimos un viejo coco del Perú y bebimos por los cocos frescos que colgaban de los árboles allá dentro. Toda la atmósfera —la paz sobre el brillante vergel de verdes palmas que se inclinaban hacia nosotros, la paz de los blancos pájaros que volaban sobre los abanicos de los cocoteros, la paz sobre la laguna de cristal, la suave playa de arena, el maligno y rojo arrecife, el rugir del cañón y el redoble de tambores en el aire—, el conjunto entero nos impresionaba de modo abrumador a los seis que habíamos llegado del mar. Una impresión que jamás se borraría de nuestra memoria. Ya no había duda de que habíamos llegado al otro lado; nunca podríamos encontrar una isla del Mar del Sur más genuina. Desembarcáramos o no, habíamos llegado a la Polinesia; el inmenso mar quedaba detrás de nosotros para siempre.

Este solemne día, a la vista de Angatau, era el nonagesimoséptimo a bordo y, cosa extraña, fueron noventa y siete días los que calculamos en Nueva York como el tiempo mínimo requerido para llegar a la isla más cercana de la Polinesia en condiciones teóricamente ideales.

A las cinco, pasamos ante dos cabañas techadas con hojas de palma que se levantaban entre los árboles de la costa, pero no había en ellas humo ni ningún otro signo de vida.

A las cinco y media nos dirigimos otra vez hacia los arrecifes; ya estábamos llegando cerca de la extremidad occidental, y teníamos que dar una última mirada en busca de pasaje antes de que rebasáramos la isla. Estaba ya tan bajo el Sol, que nos cegaba cuando mirábamos enfrente de nosotros, y vimos un pequeño arco iris donde el mar rompía contra los arrecifes, unos cuantos cientos de metros más allá de la última punta. Veíamos la isla ya en silueta. En la playa interior, distinguimos un grupo de manchas negras inmóviles. De pronto, una de ellas avanzó lentamente hacia la orilla, a la vez que otras corrían rápidamente hacia el borde del bosque. ¡Eran personas! Dirigimos la balsa tan cerca de los arrecifes como nos atrevimos, y como el viento había caído, pensamos que estábamos en un tris de ponernos a sotavento de la isla. Entonces vimos que lanzaban una canoa y que dos individuos se embarcaban y comenzaban a remar al otro lado de los arrecifes; después de un tiempo viraron hacia fuera y vimos como el mar la levantaba muy alto sobre las olas, en el momento en que se lanzaba por un pasaje

en los escollos y se dirigía directamente hacia nosotros.

El paso del anillo de arrecifes estaba, pues, allí, y allí, sin duda, nuestra última esperanza. En aquel momento pudimos ver también toda la aldea extendida entre los troncos de las palmas. Pero ya las sombras se iban alargando.

Los dos hombres de la canoa nos hicieron señas con la mano. Les contestamos con expresivos gestos, y ellos aumentaron su velocidad. Era una canoa polinesia tripulada por dos hombres morenos que vestían camiseta y remaban sentados mirando hacia proa. Naturalmente, teníamos que contar con nuevas dificultades de lenguaje. Yo era el único de los de a bordo que conocía y recordaba algunas palabras aprendidas en las Marquesas durante mi estancia en Fatu Hiva, pero el polinesio es un idioma difícil de retener cuando no se practica, como allá en nuestros países nórdicos.

Sentimos cierto alivio, sin embargo, cuando la canoa se pegó al costado de la balsa y los dos hombres subieron a bordo, porque uno de ellos, gesticulando con toda la cara y levantando una mano oscura, dijo en inglés:

—¡Buenas noches!

—Buenas noches —contesté con sorpresa—. ¿Hablas inglés?

El hombre se sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Buenas noches —repetía—. Buenas noches.

Éste era todo su vocabulario en idiomas extranjeros y, desde luego, le llevaba una gran ventaja a su más modesto compañero, que se había quedado detrás y sonreía impresionado con la sabiduría de su amigo.

—¿Angatau? —le pregunté, señalando la isla.

—H'Angatau —dijo moviendo la cabeza afirmativamente.

Erik también la movió con orgullo. Había estado en lo cierto; nos encontrábamos precisamente donde el Sol le había indicado.

—Maimai hee iuta —intenté decirle. Por lo que había aprendido en Fatu Hiva, esto quería decir aproximadamente: «Queremos ir a tierra.»

Ambos señalaron inmediatamente hacia el invisible pasaje y metimos la espadilla, resuellos a jugarnos la partida.

En aquel mismo instante, fuertes rachas de viento llegaron desde el interior de la isla. Una pequeña nube de lluvia se extendía sobre la laguna. El viento amenazaba empujarnos

fuera del arrecife y vimos que la «Kon-Tiki» no obedecía a la espadilla con el ángulo suficiente para acertar con el portillo de los arrecifes. Tratamos entonces de encontrar fondo, pero el cabo del ancla no era bastante largo. Debíamos entonces echar mano de los remos, lo más rápidamente posible, antes de que nos dominara el viento. Arriamos la vela y cada uno de nosotros cogió su remo. Quise darle un remo adicional a cada uno de los indígenas, que estaban en ese momento saboreando los cigarrillos con que los habíamos obsequiado. Los indígenas se limitaron a mover enérgicamente la cabeza señalando el paso con aire perplejo. Les hice señas de que todos debíamos remar y repetí las palabras «Queremos ir a tierra». Entonces el más adelantado de los dos se agachó y haciendo el ademán de dar vuelta a una manivela, dijo:

—¡Brrrrrrrr...!

No había duda alguna de que indicaba que hiciéramos arrancar el motor. Creían que estaban en la cubierta de un buque tremendamente cargado. Los llevamos a popa y les mostramos que entre los troncos no teníamos hélice ni rueda de paletas. Quedaron mudos de asombro, e inmediatamente empuñaron los remos y comenzamos a remar cuatro hombres a cada banda, sentados en los troncos exteriores. Al mismo tiempo el Sol se hundía en el mar detrás de la punta y arreciaban las rachas del interior de la isla. Parecía que no nos movíamos ni un centímetro. De pronto los indígenas pusieron cara asustada, saltaron a su canoa y desaparecieron. Cayó la oscuridad y nos encontramos otra vez solos, remando desesperadamente para no ser llevados nuevamente mar afuera.

Al hacerse de noche sobre la isla, vinieron cuatro canoas danzando desde detrás del arrecife y al poco rato teníamos una multitud de polinesios a bordo, todos deseando estrecharnos la mano y obtener cigarrillos. Con tanta gente a bordo, conoedora del lugar, no había peligro. No nos dejarían volver mar adentro, ni perdersen de vista. ¡Esta noche dormiríamos en tierra!

Amarramos rápidamente cabos de la popa de la canoas a la proa de la «Kon-Tiki» y las cuatro fuertes canoas se desplegaron en formación en abanico, como un equipo de perros halando un trineo. Knu saltó al bote de caucho y ocupó un puesto entre las canoas, como otro perro de tiro, mientras el resto de nosotros seguía dando febrilmente a los remos, sentados en los troncos exteriores de la

«Kon-Tiki». Así se entabló, por primera vez, una lucha contra el viento del Este, que habíamos tenido por tanto tiempo y tan a gusto a la espalda.

La oscuridad fue profunda hasta que se levantó la Luna y con ella un viento fresco. En tierra, los habitantes de la isla habían recogido maleza y encendido una gran hoguera para mostrarnos la dirección del paso a través de los arrecifes. El estruendo de las rompientes nos rodeaba en la oscuridad como el rugido incesante de una catarata que crecía más y más fuerte cada vez.

No podíamos ver el equipo que nos estaba remando en las canoas de proa, pero les oíamos cantar alegres canciones guerreras en polinesio, con toda la fuerza de sus pulmones. Y cada vez que moría el canto, se oía la voz solitaria de Knut entonando canciones del folklore noruego entre el coro de polinesios. Para completar el caos, los de la balsa comenzamos a cantar: «Como soy tan infeliz, tengo grano en la nariz...» Y todos, blancos y morenos, aferraban a los remos entre cantos y risas.

Estábamos rebosantes de optimismo. ¡Noventa y siete días! ¡Habíamos llegado a la Polinesia! Habría fiesta en la aldea aquella noche. Los indígenas gritaban y resoplaban de entusiasmo. En Angatau no había sino un desembarco al año, cuando la goleta de Tahití venía a recoger copra. ¡Vamos, pues, a tener fiesta de veras esta noche, alrededor de la hoguera.

Pero el enfurecido viento soplaba porfiadamente. Remamos hasta que nos dolieron todos los miembros. Manteníamos nuestro terreno, pero el fuego de la hoguera no parecía acercarse y el estruendo de la rompiente era el mismo que antes. Gradualmente cesaron todos los cantos; todo fue aquietándose; estábamos exhaustos de tanto remar; el fuego no se movía, parecía solamente danzar arriba y abajo cuando la balsa caía y se levantaba con las olas. Habían pasado tres horas y eran ya las nueve de la noche. Fuimos perdiendo terreno lentamente. Estábamos agotados.

Hicimos comprender a los indígenas que necesitábamos mayor ayuda de tierra y ellos nos explicaron que si bien tenían mucha gente en la isla, sólo poseían, en cambio, aquellas cuatro canoas de mar.

Entonces apareció de entre la oscuridad Knut en el bote de caucho. Tenía una idea: él podía ir remando en el botecito y traer más gente. Bien apretados, en el bote cabían cin-

co o seis hombres más. Esto era muy arriesgado, porque Knut no conocía el lugar; no podría «sentir» el camino hacia la abertura del arrecife de coral en aquella oscuridad. Entonces propuso llevar consigo al jefe de los indígenas, que podía señalarle la ruta. A mí no me parecía tampoco muy seguro este plan, porque el hombre no tenía experiencia en maniobrar un tosco bote de caucho a través del estrecho y peligroso pasaje, pero le pedí a Knut que trajera al jefe, quien estaba sentado remando en la oscuridad delante de nosotros, a fin de saber su opinión. Era ya un hecho que no podríamos impedir nuestra lenta deriva hacia el mar abierto.

Knut desapareció en la oscuridad para buscar al jefe. Como pasaba mucho tiempo y no regresaba, le gritamos que viniera, pero no obtuvimos más respuesta que un cacareo en coro de los polinesios que estaban remando en las canoas. Knut había desaparecido en la oscuridad y sólo entonces comprendimos lo sucedido. En aquella baraúnda, ruido y alboroto, Knut, interpretando mal mis instrucciones se había ido con el jefe hasta la costa. Todos nuestros gritos fueron inútiles, por cuanto en aquel momento Knut no sentía sino el estruendo de la barrera de coral, que apagaba todos los otros ruidos.

Tomamos rápidamente una lámpara Morse y un hombre subió al mástil y comenzó a lanzar incesantemente el siguiente mensaje: «Regresa, regresa».

No regresó nadie.

Como ahora nos faltaban dos hombres, contando el que estaba haciendo señales continuamente en el mástil, nuestra deriva iba en aumento y el resto de nosotros estábamos realmente cansados. Tiramos astillas al agua y vimos que nos movíamos, lenta pero seguramente, en dirección contraria. El fuego en la playa se iba achicando y el ruido de las rompientes se apagaba lentamente; y cuanto más nos alejábamos de la pantalla de palmas, más firmemente nos cogía el eterno viento del Este. Bien lo conocíamos; ahora era casi como había sido en alta mar. Lentamente nos fuimos dando cuenta de que toda esperanza estaba perdida. Volvíamos mar adentro. Pero no debíamos aflojar en nuestro esfuerzo, teníamos que poner un freno a la deriva hasta que volviera Knut. Pasaron cinco, diez minutos, media hora; la hoguera era más y más pequeña, y algunas veces desaparecía cuando caíamos en un seno de las olas. Las rompientes se oían apenas, como un murmullo distante. En este momento estaba saliendo la Luna y podíamos